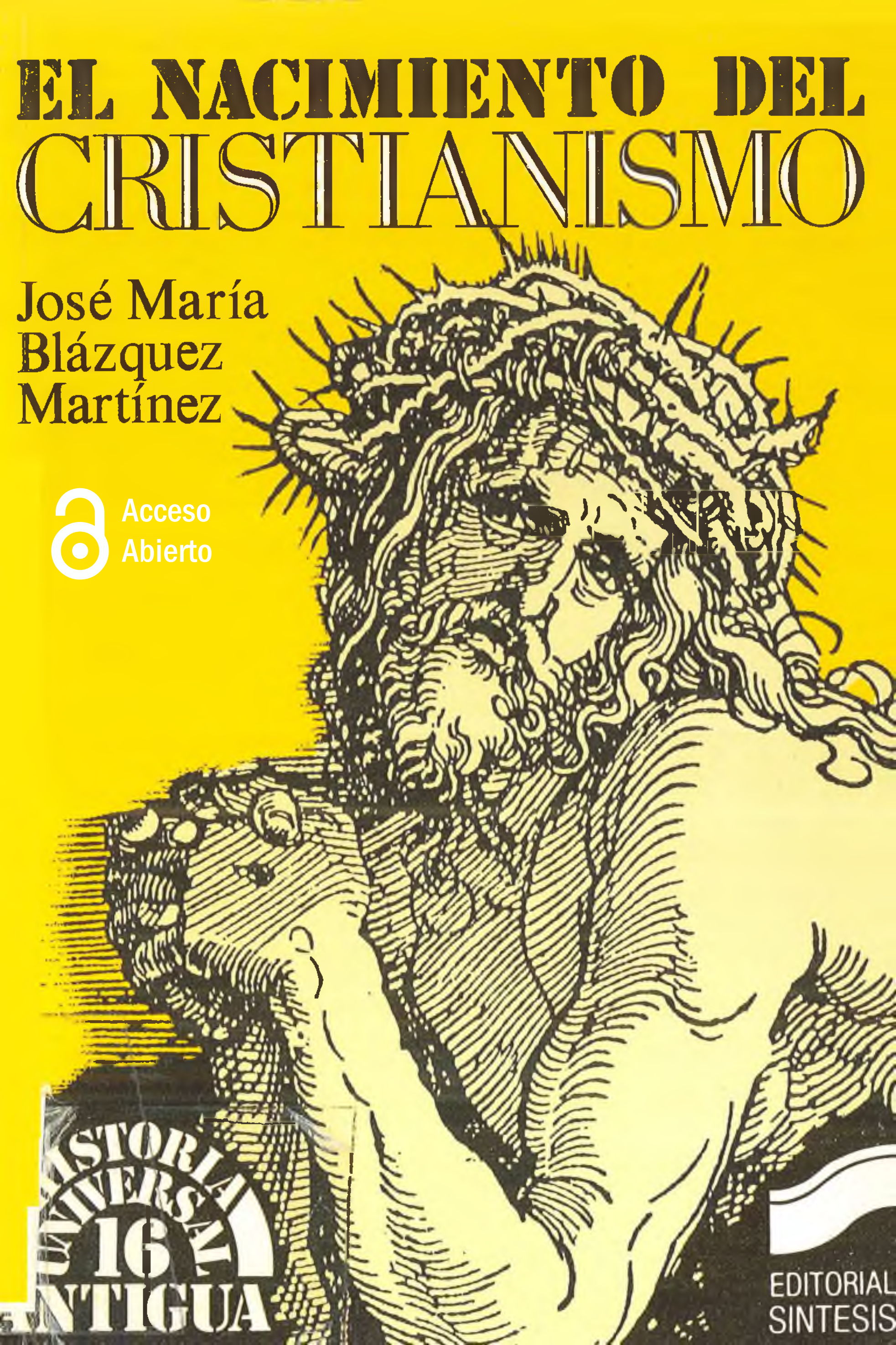

EL NACIMIENTO DEL
CRISTIANISMO
José María
Blázquez
Martínez
Acceso
Abierto
HISTORIA
UNIVERSAL
16
ANTIGUA
EDITORIAL
SINTESIS

EL NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO

J. M. BLÁZQUEZ




HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA

Primera reimpresión: mayo 1996

Diseño de cubierta: JV Diseño Gráfico

Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono (91) 593 20 98

Depósito legal: M. 8.632-1996
ISBN: 84-7738-085-6

Impresión: Lavel, S. A.
Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Prólogo

Los orígenes del cristianismo siempre han apasionado al hombre culto y más aún al de hoy. No hay posibilidad de entender la cultura occidental de cualquier época, sea en lo religioso, en lo artístico, en lo económico, en lo social o en lo político, sin tener un claro concepto del cristianismo y su evolución a través de los siglos. Ni siquiera el Islam —de tanta importancia para el mundo medieval y moderno— puede entenderse en toda su dimensión si no se poseen ideas claras del cristianismo.

El cristianismo es un fenómeno religioso del Imperio Romano que lo configuró poderosamente en sus más variados aspectos durante sus últimos siglos, cuando se ponían los cimientos de la Edad Media.

Interesa, pues, para conocer bien los orígenes del cristianismo —tanto la persona de su fundador como el nacimiento de la Iglesia— encuadrarlo en el ambiente judío de finales del helenismo en el que se registraron fenómenos religiosos tan importantes que lo condicionaron. Así, la aparición de la literatura apocalíptica y apócrifa que, extendida en el judaísmo no oficial, hizo sentir su influencia en la predicación de Jesús y en las creencias de la Iglesia más primitiva. Al mismo tiempo en el judaismo existieron cuatro sectas con las que el cristianismo y su fundador se relacionaron de una u otra forma.

Es fundamental conocer también el ambiente pagano —religioso y filosófico— y la religiosidad popular del Imperio en el que el cristianismo creció y con el que se relacionó.

Para una recta interpretación del cristianismo es importante igualmente conocer cómo fue juzgada esta religión por el pueblo, los intelectuales y el Estado, la evolución de este juicio a lo largo de los cuatro siglos del Imperio así como la respuesta del cristianismo a la interpretación que de él se hacían los paganos. Un estudio comparativo de la nueva religión con ciertas religiones mistéricas permitirá captar la esencia específicamente cristiana.

El cristianismo sufrió desde sus primeros momentos un fuerte proceso de helenización que dió un tinte griego al mensaje doctrinal y

permitio que fuera fácilmente asimilado por la intelectualidad pagana del Imperio pero que introdujo también cambios sustanciales en una religión que en sus orígenes era semita.

A lo largo de los primeros siglos, el cristianismo evolucionó en aspectos fundamentales tales como su predicación, su jerarquía, su culto, etc., al tiempo que perfilaba cada vez más claramente su dogma, no sin muchas disputas y luchas feroces dentro de la Iglesia.

El cristianismo primitivo tuvo un fuerte carácter social, desempeñando en este sentido un papel fundamental, en una época en la que el Estado se desentendió totalmente de la beneficencia y de la asistencia social.

La conversión de Constantino ocasionó un viraje radical en el cristianismo al convertirse en religión de Estado, interviniendo activamente el poder civil en las disputas teológicas de la Iglesia, zanjadas en algunas ocasiones por los propios emperadores que, como Constantino, Teodosio o Justiniano, desconocían los problemas teológicos. Por otra parte, también desde Constantino, la Iglesia, beneficiada por el trasvase de todos los privilegios de la religión pagana, inició un rápido proceso de enriquecimiento.

El cristianismo acabó triunfando sobre el culto oficial pagano y sobre las religiones mistéricas porque respondió mejor a las profundas necesidades espirituales y materiales del hombre de los últimos siglos del Imperio.

A todos estos temas trata de atender la presente monografía que hemos querido que sea a la vez científica y divulgativa para que pueda ser leída con provecho por toda persona culta interesada en la materia. Desde estas páginas expresamos nuestro deseo de haberlo conseguido.

J. M. Blázquez
Dpto. de Historia Antigua
Universidad Complutense de Madrid

Introducción

En este libro se encuadra el cristianismo como fenómeno religioso dentro del ambiente cultural y espiritual de los cuatro primeros siglos del Imperio Romano.

En el cuadro sinóptico adjunto, se han señalado los principales acontecimientos culturales y políticos de la historia de Roma que coinciden con los diferentes hechos de la historia del cristianismo.

En contra de lo que frecuentemente sucede, el cristianismo no puede ser desligado del acontecer histórico dentro del cual vive, evoluciona y crece, dado que carecería de todo sentido no solamente su historia, sino también su triunfo y su significado. Es propio del historiador conocer —como afirmaron los dos grandes historiadores griegos Tucídides y Polibio— las causas profundas que explican los hechos históricos, en este caso las causas que llevaron al triunfo de la Iglesia.

El libro concluye con las disposiciones de Teodosio que convirtieron al cristianismo en la única religión lícita del Imperio.

Dada nuestra condición de historiador es nuestro propósito estudiar el cristianismo como una más de las muchas religiones que existían dentro del Imperio.

Fechas	*Historia romana*	*Historia cristiana*	*Historia cultural*
14	14-37: gobierno de Tiberio.		
30		Crucifixión de Jesús.	
37	37-41:gobierno de Calígula.	Martirio de Esteban. Conversión de Pablo.	
			50-62: Cartas de Pablo.
54	54-68: gobierno de Nerón.		
64	Incendio de Roma.	Persecución de Nerón. Martirio de Pedro.	
			70-80: Redacción de los evangelios sinópticos.
81	81-96: gobierno de Domiciano.		
			c. 90: Redacción de los *Hechos de los Apóstoles.*

Fechas	Historia romana	Historia cristiana	Historia cultural
95		Persecución de Domiciano.	c. 95: Redacción del *Apocalipsis* y del *Cuarto Evangelio.*
111	111-113: Plinio, gobernador de Britania.	Rescripto de Trajano sobre los cristianos.	*Cartas de Policarpo.*
125		Rescripto de Hadriano sobre los cristianos.	Nacen Apuleyo y Luciano. *Apologías* griegas y latinas.
202		Septimio Severo prohíbe el proselitismo judío y cristiano.	*Vida de Apolonio de Tiana.* Comienzos de las catacumbas.
205			*Tradición apostólica*, de Hipólito, y *De principiis*, de Orígenes.
235	Comienzos de la anarquía militar.	Muerte de Hipólito.	Iglesia de Dura-Europos.
249	Gobierno de Decio.	Persecución de Decio.	*Contra Celso*, de Orígenes.
253	*256-260: gobierno de* Valeriano.	Persecución de Valeriano. Martirio de Cipriano. Edicto de tolerancia de Galieno.	
270	270-275: gobierno de Aureliano.		*Contra los cristianos*, de Porfirio.
293	Comienza la Tetrarquía.	Inicio de la Gran Persecución.	
305			*Adversus nationes*, de Arnobio.
306-312		Persecución de Maximino Daia.	*Institutiones divinas*, de Lactancio.
311	Enfermedad de Galerio.	Edicto tolerancia de Galerio.	Sarcófagos con frisos.
313	Victoria de Licinio en Oriente.	Edicto de Milán.	
324	Victoria de Constantino *sobre Licinio.*		*H.ª eclesiástica*, de Eusebio.
325		Concilio Nicea.	
351-361	Gobierno de Constancio.	Apoyo del emperador a los arrianos.	
361	361-363: Gobierno de Juliano.	Juliano prohíbe a los cristianos ejercer la enseñanza.	*Contra los galileos*, de Juliano.
379	379-395: Gobierno de Teodosio.		
380		Fin del arrianismo.	
385			*Historias* de Ammiano Marcelino.
388		Choque entre Ambrosio y Teodosio.	
391		Leyes de Teodosio contra los paganos.	

1.

El marco histórico

Es imposible conocer bien la personalidad del fundador del cristianismo, si no se tiene una idea muy clara del marco histórico en que éste vivió.

1.1. Palestina bajo la dinastía ptolemaica

Palestina formaba parte del gran imperio creado por Alejandro Magno; después pasó al reino de los Ptolomeos, al desmembranarse el imperio a la muerte de su fundador. La política seguida por los Ptolomeos en sus relaciones con los judíos, consistió en respetar sus formas peculiares de vida y de religión. Al mismo tiempo penetró en Palestina el influjo de la cultura, la educación y los modos de vida típicos del helenismo.

1.2. Palestina bajo los Seléucidas

Palestina se incorporó al dominio de la monarquía de los seléucidas, en el año 198 a. de C., después de la batalla de Paneas, gobernando el imperio Seléucida Antíoco III, el Grande (223-187 a. de C.). Según cuenta el historiador judío Josefo en sus *Antigüedades judaicas*, Antíoco III confirmó a los judíos sus antiguos privilegios, reconstruyó Jerusalén destruida por la guerra, proporcionó todo lo necesario para el culto, restauró el santuario, permitió que los judíos se rigieran por sus antiguas leyes y costumbres y eximió a los servidores del templo a pagar

impuestos. A los que quisieran repoblar Jerusalén, les liberó de contribuciones durante tres años. Todos estos privilegios prueban la importancia que por razones políticas daba Antíoco III a los judíos asentados es una de las zonas más conflictivas de su reino, en lucha siempre con el de los Ptolomeos de Egipto.

Poco a poco, durante el reinado de Antíoco III, la helenización de Palestina se fue haciendo más profunda, lo que motivó un movimiento de repulsa en el sector más ortodoxo del judaísmo. Esta tensión alcanzó su apogeo en el año 175 a. de C.; la sociedad judía quedó entonces dividida en dos bloques. El sumo sacerdote Onías III se oponía a la penetración del helenismo, apoyado en los sectores antisirios de la sociedad judía. Su oponente era su hermano, Jasón, que acaudillaba la facción filohelena.

1.3. La persecución religiosa de Antíoco IV: antecedentes

Antíoco IV, Epífanes, subió al trono después del asesinato de Seleuco, mientras los partidarios de Jasón negociaban con el rey la deposición de Onías como sumo sacerdote del tempo de Jerusalén y su sustitución por su hermano Jasón.

Se le prometió al nuevo rey Seléucida regalos de oro y continuar la helenización de Jerusalén, lo que consistía principalmente en la construcción de un gimnasio, en las proximidades del templo, donde los jóvenes judíos recibían educación espiritual a la moda griega y donde se practicaba el deporte tan caro a los helenos.

Esta política de helenización se complicó con el hecho de que Menelao, del linaje de los Tobíadas, compró la dignidad sacerdotal al más alto precio, y desposeyó a Jasón de su cargo, quien lo había desempeñado durante tres años. Estos acontecimientos motivaron, probablemente, la secesión de un grupo de sacerdotes fieles al sumo sacerdote, que se creía descender de Aarón y de Sadoq, como ordenaba la Ley. Onías fue asesinado por instigación de Menelao, mientras Jasón se refugió al oriente del río Jordán.

Durante la campaña de Antíoco IV en Egipto, circuló en Jerusalén el rumor de que el monarca seléucida había sido asesinado. Jasón aprovechó la ocasión para apoderarse de esta ciudad y ocupó de nuevo la dignidad de sumo sacerdote tras expulsar a Menelao quien encontró auxilio en Antíoco IV. El rey seléucida, al volver de Egipto, se apoderó por la fuerza de Jerusalén, saqueando los tesoros del templo. La ciudad santa fue incendiada, fortificándose después una parte de ella.

El rey seléucida impulsó, esta vez mediante procedimientos violentos, el proceso de helenización para borrar las peculiaridades del

pueblo de Israel. Antíoco IV pretendía unificar cultural y religiosamente su Imperio, razón por la que suprimió el culto del santuario, ordenando que se profanasen los sábados y las solemnidades, que se edificasen altares y santuarios a los ídolos, que se sacrificasen cerdos y prohibiendo que se circuncidase a los niños. El templo de Jerusalén se consagró a Zeus Olímpico y el santuario de Garizím a Zeus Xenios, con lo que se hizo pública la aparición de Zeus en la figura de Antíoco IV.

Muchos judíos prefirieron permanecer fieles a la Ley, huyendo o escondiéndose. Hubo mártires, como la madre sacrificada ante el rey con sus siete hijos. El sacerdote Matatías fue quien comenzó la resistencia activa, iniciando con sus seguidores una guerra de guerrillas contra las tropas sirias. Muerto en ella, le sucedió al frente de la revuelta su hijo Judas, de quien recibió el nombre de movimiento de los Macabeos.

1.4. Los Macabeos

Judas aspiraba a una guerra total contra los sirios. Logró varias victorias sobre ellos, aprovechando que el ejército sirio estaba ocupado en la lucha contra los partos, en la frontera oriental del imperio. En el año 164 a. de C. marchó contra Jerusalén, logrando encerrar al ejército sirio en la fortaleza del Acra; Judas Macabeo consagró de nuevo el templo y restableció el culto en él. Esta consagración extendió la convicción entre los judíos de que Jahve había castigado a su pueblo por sus pecados pero que después le había salvado.

Dichos acontecimientos motivaron en Israel la irrupción de nuevas corrientes ideológicas que maduraron pronto y que se conocen con el nombre de la *Apocalíptica* y que son fundamentales para entender la figura de Jesús y el ambiente en el que el cristianismo nació.

1.5. La liberación de Palestina bajo los Asmoneos

La muerte de Antíoco IV, la descomposición interna del reino seléucida seguida a su muerte y las guerras favorecieron la causa de Judas. El regente del reino seléucida, Lisias, ofreció la paz a los seguidores de Judas, permitiéndoles vivir conforme a sus leyes y costumbres y seguir con su culto para lo que fue nombrado un sumo sacerdote.

En este momento se produjo una escisión entre los partidarios del movimiento de conversión, llamado de los asideos o piadosos y los macabeos. Los asideos pretendían que los judíos fueran fieles a la Ley,

que vivieran según sus normas y que mantuvieran el culto divino; los macabeos querían que los ateos fuesen borrados de Israel y que el país fuese liberado de los sirios.

Sin embargo, Judas cayó en su lucha frente al poder seléucida, siendo sustituido por su hermano Jonatán. Este supo aprovechar la desastrosa política interna de Siria, llegando a un compromiso con el comandante militar sirio por el que se liberó a los prisioneros judíos. En el año 152 a. de C. fue nombrado sumo sacerdote. El monarca seléucida le envió un manto de oro, proclamándole de este modo virrey de Siria en Judea.

El nombramiento de un asmoneo como sumo sacerdote vulneraba la ley al no ser descendiente de Aaron y Sadoq y fue desencadenante de hechos de graves consecuencias. Los judíos fieles a la Ley protestaron, quizá ante el Maestro de Justicia, en el *Documento de Damasco.* La oposición a Jonatán —que ni siquiera contaba con el apoyo de la totalidad de los asídeos o piadosos— fue duramente perseguida y ello explica que un grupo, formado en torno a la figura del Maestro de Justicia, emigrase al Mar Muerto donde formaría la secta esenia de Qumram, una comunidad ordenada jerárquicamente que continuó la teología sacerdotal. Los esenios quedaban separados, pues, de los fariseos que, siendo laicos, eran los doctores de la Ley e intérpretes de las Sagradas Escrituras.

A Jonatán sucedió su hermano Simón que alcanzó éxitos notables. Conquistó la fortaleza de Acra en 141 a. de C. y fortificó el recinto del templo de Jerusalén, apoderándose además de Jope. Simón trajo la paz a su pueblo al que también procuró la prosperidad; su gobierno fue grato a todos. Se hizo proclamar gran pontífice, general y príncipe de los judíos según 1 *Marc.* 13, 42, siendo asesinado en compañía de sus dos hijos, por su yerno Ptolomeo.

Le sucedió en todas las magistraturas su tercer hijo, Juan Hircano I, que en el año 128 a. de C. logró independizar a su país, aprovechando las luchas internas de la monarquía seléucida. Murió en el año 104 a. de C., nombrando a su esposa como sucesora, pero su hijo Aristóbulo la encarceló y dejó morir de hambre.

A Aristóbulo —que sólo gobernó un año— sucedió Alejandro Janeo, que recibió el título de rey e incorporó a su reino la casi totalidad de Palestina (103-76 a. de C.). Su gobierno coincidió con el momento culminante del conflicto con los fariseos, apoyados por gran parte del pueblo que odiaba al rey. Los fariseos buscaron apoyo en el monarca sirio; como represalia 800 de ellos fueron crucificados y vieron antes de morir cómo sus mujeres e hijos eran asesinados.

Le sucedió Salomé Alejandra, su esposa, quien se reconcilió con los fariseos. La reina gobernaría desde el año 76 hasta el 67 a. de C., fecha

en que Aristóbulo II se apoderó del reino, desposeyendo a su hermano Hircano.

1.6. Palestina bajo la dominación romana

Palestina se incorporó al dominio romano como resultado de las campañas de Pompeyo en Oriente. Hircano, Aristóbulo y Antípatro, gobernador de Idumea, negociaron con él de la misma forma que también los fariseos deseaban hacerlo. El general romano se inclinó por Hircano lo que ocasionó que Aristóbulo fuera encarcelado y que Jerusalén fuese tomada al asalto y parcialmente destruida. Hircano fue, pues, repuesto en el cargo de sumo sacerdote.

Sin embargo, Palestina quedó incorporada a la provincia romana de Siria y recibió una nueva organización. En poder de Hircano quedaba Judea, el interior de Galilea y algunas zonas situadas al oriente del Jordán. Samaria fue separada de Judea y las ciudades griegas de la orilla oriental del Jordán pasaron a formar una confederación de diez ciudades o Decápolis.

César, después de su victoria en la guerra civil contra Pompeyo —en Farsalia, año 48 a. de C.— confirmó a Hircano en su dignidad sacerdotal, mientras Antípatro quedó convertido en gobernador romano de Judea. César concedió al judaísmo el carácter de *religio licita*, decisión confirmada por el Senado.

1.7. El reinado de Herodes el Grande

Bajo el reinado de Herodes, que había recibido de su padre, Antípatro, Galilea y del Senado de Roma, en el año 40 a. de C., el nombramiento como rey de Judea (lo que le permitió ampliar el reino), nació la figura de Jesús. Era, pues, un rey aliado de Roma, pero gozaba de amplia jurisdicción; en el año 37 a. de C. se apoderó de Jerusalén. Estaba obligado a entregar tropas a Roma, si ésta lo solicitaba. Supo mantener buenas relaciones con Octavio (Augusto) tras la batalla de *Actium* (31 a. de C.), a pesar de haber sido partidario de Marco Antonio. Su gobierno fue de paz y prosperidad para el país, si bien gran parte de los judíos le consideraron un intruso. Exterminó, por temor, a los descendientes de los asmoneos, lo que le llevó al asesinato de su segunda esposa Mariamme y de sus dos hijos; cinco días antes de morir mató también a su hijo primogénito Antípatro.

Temeroso de perder el poder, distribuyó guarniciones por todo el país. Su ejército estaba formado en gran parte por tracios, germanos y

galos, es decir, por tropas extranjeras. Herodes intentó deshelenizar su reino, al tiempo que, en Jerusalén, había manifestaciones públicas de piedad; a sus hijos los educó en el judaísmo. Reconstruyó el templo de Jerusalén —el que conoció Jesús— convirtiéndolo en uno de los edificios más bellos de todo el mundo antiguo; al norte del templo levantó la fortaleza Antonia. También construyó las tumbas de los patriarcas en Hebrón para congraciarse con los judíos, embelleciendo esta ciudad mediante la construcción de un teatro y un anfiteatro, obras que levantaron la indignación de los judíos.

Fuera de Jerusalén desarrolló una gran actividad edilicia y colonizadora. Construyó el puerto de Cesarea con todo tipo de edificios para espectáculos romanos. En Samaria levantó un templo en honor de Augusto. También modernizó Jericó. Herodes fue en muchos aspectos un rey helenístico que supo combinar sabiamente helenismo y judaísmo.

El censo ordenado por Augusto, que al parecer tuvo lugar en el año 7 a. de C., fecha en que se obligó a los judíos a jurar lealtad al emperador, fue motivo de fricción entre Herodes y éste.

1.8. Palestina bajo los hijos de Herodes

Por testamento Herodes desmembró su reino entre sus hijos: Arquelao recibió Judea y Samaria; Herodes Antipas, Galilea y Perea; Filipo, el país del norte del Jordán hasta Hermoón.

Más tarde, Arquelao fue desterrado a la Galia y su reino se transformó en provincia procuratoria. Ello ocasionó graves disturbios que motivaron la intervención personal de Quirino, tras la cual la administración romana se reservó las finanzas y la aplicación de la justicia, permitiendo a los judíos el mantenimiento del sumo sacerdocio, asistido por el Sanedrín o Alto Consejo, integrado por 72 miembros, colaboradores del sumo sacerdote, por los doctores de la Ley y por los ancianos. Estos últimos constituian la nobleza terrateniente de Jerusalén y de Judea. Los gobernadores romanos tenían la facultad de convocar el Sanedrín y controlar sus decretos. El ejército romano estaba acuartelado en Cesarea y una cohorte quedó establecida en la fortaleza Antonia, en Jerusalén.

Herodes Antipas gobernó con relativa libertad Galilea y Perea hasta el año 39 d. de C. Fue él quien encarceló e hizo degollar a Juan Bautista. Pero finalmente fue desterrado a *Lugdunum*, en la Galia.

Filipo fue considerado un excelente gobernador. Al morir, en el año 34 d. de C., sin dejar sucesores, su dominio se integró en la provincia de Siria.

1.9. Las sectas de Palestina en tiempos de Jesús

El historiador Josefo conoce para la época a la que nos hemos referido en las últimas páginas cuatro sectas judías: los saduceos, los fariseos, los esenios y los zelotas. Las dos primeras, mencionadas por los evangelios, formaban el judaísmo oficial, siendo las dos últimas marginales a él.

1.9.1. Los saduceos

Las fuentes sobre los saduceos son escasas y poco claras. Se caracterizaban, según Josefo, por formar parte de la aristocracia: eran ricos y gozaban de un *status* social elevado. Los sumos sacerdotes pertenecían a esta secta cuyo nombre derivaba precisamente del de el sumo sacerdote Sadoq, cuyos descendientes habían desempeñado el cargo sacerdotal desde el reinado de Salomón. Sólo aceptaban la Tora, la Ley escrita y rechazaban todo tipo de interpretaciones así como todas las normas legales desarrolladas por los intérpretes de la Tora, los fariseos. La diferencia entre los saduceos y los fariseos estribaba, pues, en que los primeros rechazaban toda la tradición, que para los fariseos era vinculante.

Esta actitud les obligó a ser muy conservadores; así, rechazaban las creencias en la resurección de los cuerpos, en los premios en la vida futura y en todo tipo de supervivencia personal después de la muerte. Negaban la existencia de los ángeles y la posibilidad de que Jahvé ejerciera un influjo sobre las acciones humanas. El hombre era el único responsable de su desgracia o de su fortuna. Al rechazar la resurrección y la inmortalidad, no sólo representaban la doctrina original del Antiguo Testamento sino que negaban la esperanza mesiánica.

Los saduceos tendieron a aceptar la cultura griega. Entre ellos encontró Antíoco IV sus principales seguidores. Sin embargo, la sublevación de los macabeos dio al traste con este influjo helenístico, causando una revitalización del judaismo tradicional. Poco a poco los hasideos, partidarios de una estricta observancia de la Tora, fueron cobrando una mayor importancia. La vieja aristocracia saducea quedó así limpia de sus elementos pro-griegos más radicales.

Si bajo los primeros macabeos perdieron cierta importancia, ésta fue recobrada a partir de Juan Hircano y mantenida hasta el período romano. Sólo con la destrucción de Jerusalén por el emperador Tito, desaparecerán de la escena religiosa.

1.9.2. Los fariseos

La mayor preocupación de los fariseos fue la observancia e interpretación de la Tora. En su opinición eran vinculantes tanto la Tora escrita como la oral, obra de los escribas. Los fariseos impusieron numerosas leyes partiendo de la tradición de los padres, que no estaban escritas en la ley de Moisés.

Según los escritos del *Nuevo Testamento* y las obras de Flavio Josefo, un fariseo, las creencias de esta secta eran las siguientes: aceptaban la resurrección de los cuerpos (creencia atestiguada por vez primera en el libro de Daniel, 12, 2, escrito en época de la persecución de Antíoco IV) y en la retribución de las obras. Las almas de los malvados sufrirán en la vida futura castigos eternos mientras las de los justos resucitarán en el reino mesiánico. También admitían la existencia de los ángeles y hacían depender todo del destino, providencia divina de Jahvé. De los datos que recoge Josefo se deducirían que mientras los esenios enseñaban el carácter absoluto del destino y los saduceos lo negaban, los fariseos seguían una vía intermedia. Todas estas ideas se encuentran en el *Antiguo Testamento* y son específicamente judías.

La actitud de los fariseos ante los asuntos políticos era la siguiente: los asuntos políticos debían ser abordados desde el punto de vista religioso. En principio nunca constituyeron un partido político, si bien funcionaron como tal. Se contentaban fácilmente con cualquier tipo de gobierno siempre que no interfiriera el cumplimiento de la Ley.

Josefo cifra su número en 6000; en el *Nuevo Testamento* y en la obra del propio Josefo aparecen, sin embargo, como un grupo minoritario. El mismo término de «fariseo» indica que se consideraban apartados del resto del pueblo; ellos se aplicaban el término de «compañeros», lo que indica que formaban una comunidad unida.

Los fariseos eran tan antiguos como el legalismo judaico. Aparecen por vez primera como secta con la revuelta de los macabeos, apoyando a Judas Macabeo pero sin identificarse con él. Josefo los menciona como grupo independiente anterior a los saduceos y a los esenios bajo Jonatán. Finalmente, en tiempos de Juan Hircano los fariseos se enfrentaron a los macabeos.

Bajo el gobierno de Roma y de los herodianos, los fariseos conservaron su autoridad espiritual, influyendo poderosamente en la masa popular y principalmente entre las mujeres. Controlaban todo lo referente al culto, a los sacrificios y a la oración. Después de la destrucción del templo y de la desaparición de otras sectas, como la de los saduceos, zelotas o esenios, quedaron como única fuerza del pueblo judío palestino.

1.9.3. Los esenios

Los esenios son continuamente citados por Filón de Alejandría y, en menor medida, por Josefo y Plinio el Viejo. No se mencionan, sin embargo, en el *Nuevo Testamento*. Los saduceos y los fariseos formaban algo parecido a dos partidos políticos; los esenios, por el contrario, constituían una comunidad monástica. Su nombre, al parecer, está en relación con el siríaco «piadoso» si bien se ha pensado también que signifique «sanadores» por su interés por las hierbas medicinales.

La fecha de su aparición es oscura. Josefo los menciona por vez primera en torno al año 150 a. de C. La identificación de los esenios con la comunidad de Qumrán, en las orillas del Mar Muerto, es una hipótesis probable. Muchos vivían en Palestina, principalmente en las aldeas. Filón y Josefo cifran su número en unos 4000.

La comunidad esenia estaba bien organizada jerárquicamente; la obediencia a los superiores era absoluta. Al ingresar en la comunidad recibían tres insignias: una azuela, un mando y una túnica blanca. A continuación eran admitidos a las abluciones rituales. Transcurridos dos años prestaban un juramento que les obligaba a no desobedecer las doctrinas recibidas. Por faltas graves podían ser expulsados de la comunidad.

Una característica esencial de los esenios era la propiedad en común. La jornada laboral estaba bien reglamentada: comenzaba con la plegaria a la que seguía el trabajo manual, suspendido para realizar las abluciones y una comida en común.

La vida de los esenios venía definida por la sencillez: entre ellos no existían esclavos, no se ungían el cuerpo con aceite, se bañaban con agua fría antes de cada comida y vestían trajes blancos. Según Filón, Josefo y Plinio el Viejo rechazaban el matrimonio. Periódicamente enviaban ofrendas votivas al templo de Jerusalén.

Desde el punto de vista religioso, los esenios tenían una fe ciega en la providencia. Seguían la Ley y eran inclinados a la interpretación alegórica de las *Sagradas Escrituras* así como a la estricta observancia del sábado. Al salir el sol lo invocaban diariamente, lo que no debemos interpretar como adoración. Tenían gran interés por todo lo referentes a los ángeles y se gloriaban de tener el don de la profecía.

Sin embargo la doctrina esenia más importante era la creencia en la inmortalidad. Según ellos, el cuerpo era perecedero y el alma inmortal. Las almas buenas estaban destinadas a vivir más allá del océano mientras la malas iban a una región oscura llena de tormentos.

Sin duda, uno de los aspectos más interesantes de la doctrina esenia es un influjo sobre el cristianismo y, particularmente, las semejanzas y diferencias entre el Maestro de Justicia y Jesús. Se ha supuesto, efecti-

vamente, que la comunidad esenia influyó en la primitiva cristiana, comparándose al Maestro de Justicia con Jesús. Ambos tienen la misma conciencia salvífica de su misión y se sienten vinculados con el siervo sufriente de Isaías; ambos fueron martirizados y se enfrentaron al sacerdocio oficial; ambos contaron con un buen número de seguidores y fueron jefes de una comunidad.

Pero las diferencias fueron también notables. El Maestro de Justicia pertenecía a la clase sacerdotal de Jerusalén, mientras Jesús fue un laico. El Maestro de Justicia predicaba a un grupo de elegidos una doctrina esotérica, mientras Jesús lo hacía públicamente a todas las gentes, principalmente a los elementos más pobres, a los pecadores y a los marginados de la sociedad palestina como lo prueba el hecho de que se le acusara de ser amigo de publicanos y pecadores, de rameras y de ladrones.

La Iglesia aceptó de la comunidad de Qumrán ciertas ideas teológicas, adoptando conceptos y estructuras esenias en la organización de la comunidad cristiana. Es probable incluso que algunos esenios se pasaran al cristianismo. El mensaje de Juan Bautista, que predicó cerca del monasterio de Qumrán, presentaba notables analogías con las creencias de los esenios. Quizá Juan Bautista frecuentó, en algún momento de su vida antes de su predicación, la comunidad esenia de Qumrán. Si se acepta esta hipótesis, esta figura podría ser un eslabón entre esenios y cristianos.

Entre los esenios, al igual que ocurrió en el cristianismo primitivo, el influjo de la literatura apocalíptica y apócrifa fue grande. Literatura de este tipo, elaborada por los esenios, debió ser conocida entre los cristianos.

Muchos seguidores de Cristo debieron incluso entrar en contacto directo con los esenios que habitaban pueblos comunes. Las relaciones entre unos y otros debieron venir facilitadas por las afinidades en los ritos, en las instituciones y en las creencias.

Algunos textos de Qumrán se refieren a una nueva alianza establecida entre Dios y este grupo elegido, alianza que se vincula con el Maestro de Justicia. De forma análoga, Pablo predica también que Cristo selló con su sangre una nueva alianza.

En la Iglesia primitiva había también comunidad de bienes, al igual que en el monasterio de Qumrán. Ambos, cristianos y esenios, eran los únicos dentro del judaismo que curaban los enfermos y expulsaban a los demonios por la imposición de las manos sobre los afectados.

Se ha pensado que Jesús celebró la última cena con sus apóstoles según el calendario esenio, lo que explicaría satisfactoriamente la aparente contradicción de fechas entre los tres evangelios sinópticos y el cuarto de Juan.

El bautismo cristiano, que se practiba una sola vez, no parece que derive de las frecuentes abluciones rituales de los esenios, sino más probablemente del de Juan Bautista. Sin embargo, para cristianos y esenios este bautismo tenía el mismo significado ritual de conversión y purificación.

Mayores aún son las afinidades entre la cena cristiana y la comida ritual de los esenios. En ambas se usaban pan y vino, que aparecen también en el judaísmo. Los esenios consideraban esta comida como sagrada, es decir, sacramental, pues formaba parte del culto celebrado en el comedor por un sacerdote celebrante. En esta comida participaban sólo los iniciados de la comunidad. La organización esenia era una prefiguración del reino futuro, al igual que las comidas esenias descritas en el *Manual de disciplina* son una anticipación del banquete mesiánico celebrado en torno a los Mesias de Aarón y de Israel. La última cena celebrada por Jesús se relaciona con la que el mismo Jesús celebraría después de la llegada del reino. Para Pablo la eucaristía es un recordatorio de la muerte de Cristo y un anuncio de su venida. Sin embargo, una diferencia notable entre ambas creencias la constituye el hecho de que mientras los esenios no creían que en la cena se comiera la carne y se bebiera la sangre del Maestro de Justicia, en el cristianismo esto ocurre con Jesús.

Las *Cartas* de Pablo ofrecen igualmente paralelismos notables en el contenido y en las expresiones con los escritos de Qumrán. Más concretamente: la *Carta a los efesios* es el escrito que ofrece mayor número de afinidades con la literatura esenia, tanto por lo que respecta a su ideología como a su terminología.

La *Epístola a los hebreos* también recuerda algunas concepciones esenias en las especulaciones de Melquisedec. Los escritos de Juan, con su dualismo cósmico, están muy próximos a ciertas creencias esenias.

1.9.4. Los zelotas

Las fuentes principales sobre los zelotas y los sicarios son dos largos textos de las *Antigüedades Judaicas*, de Josefo (XVIII, 4-10; 23-25). Los fundadores de esta secta aparecieron durante el censo de Quirino, cuando Judas de Gamala y Sadoq, el fariseo, incitaron a los judios a revelarse contra Roma, pues sólo Jahvé era para ellos el único dueño de la nación. Este grupo ganó adeptos entre los años 6 y 66 y condujo a la revuelta judía que terminó con la destrucción de Jerusalén. Los Sicarios, caracterizados por llevar una daga, constituían un grupo diferente del de los zelotas; entre los seguidores de Jesús alguno perteneció a esta secta con seguridad.

1.10. Teología de los apócrifos

1.10.1. Dios

El Dios de los apócrifos es trascendente. Está comprometido en la salvación de Israel y a través de él en la de las naciones. Ve todas las cosas de la tierra, lo crea todo y conoce el futuro. Es Uno y lleno de poder. Gobierna por medio de intermediarios: sueños, visiones y ángeles. Se manifiesta en el curso de la historia, es el salvador de Israel.

1.10.2. La salvación de los gentiles

En opinión de bastantes apócrifos, los gentiles constituían una masa condenada por no aceptar la Ley. Algunos apócrifos, como el *Testamento de los Doce Patriarcas* y *los Oráculos Sibilinos* son más favorables a la salvación de los gentiles.

1.10.3. La justicia de Dios

La justicia para los apócrifos palestinos es justicia salvífica y para los helenísticos distributiva. El hombre es justo si cumple la ley. La justicia de Dios consiste en su fidelidad a la alianza, a la misericordia y al perdón.

1.10.4. La angelología

Los apócrifos desarrollaron mucho la creencia en los ángeles y en los demonios. Después de la cautividad de Babilonia y por influjo iranio se generalizó mucho entre los judíos la angelología. Dios se sirve de los ángeles como mensajeros, aunque también puede comunciarse directamente.

Los ángeles son seres creados del fuego; están revestidos de un cuerpo etéreo y llevan vestidos blancos o de luz. Son invisibles pero se pueden aparecer bajo figura humana; su número es incontable: sirven y rodean a Dios pero llenan también la tierra.

A *Henoc I* (61.10) remonta las siete clases de ángeles: querubines, serafines, ofannimies, postestades, tronos, dominaciones y poderes. Los querubines y serafines guardan el paraíso y con los ofannimies rodean el trono de Dios. Destacan por su importancia Miguel, intermediario frecuente entre Dios y el hombre, y junto a él Uriel, Rafael y

Gabriel. Cada nación tiene un ángel custodio. Los ángeles también actuán en el cosmos e intervienen favorablemente en la vida de los hombres. A los apócrifos remonta la creencia en el ángel de la guarda.

1.10.5. Demonología

La demonología ocupa un lugar destacado en la literatura apócrifa. Los demonios se estratifican según una jerarquía; al frente se encuentra Satán, cuyo oficio es extraviar a los hombres. Los demonios ocasionan toda clase de males a los hombres. Satán fue el responsable de la perdición de los ángeles, que se convirtieron en súbditos suyos. Otras veces el jefe de los ángeles caídos es Beliar, llamado también el Anticristo, cuya finalidad es perder a la humanidad, mediante prodigios.

La *caída de los ángeles*, sirvió en los apócrifos para explicar el origen del mal en el hombre. La caída de los ángeles se vincula al hombre y a su primer pecado. Semyaza y Azazel, son los príncipes de los ángeles caídos en la tradición targúmica. Una segunda tradición explica la caída de los ángeles, por negarse Satán y sus seguidores a rendir pleitesía a Adán, creado a imagen de Dios. Satán cometió un pecado de orgullo.

1.10.6. Origen del mal y la libertad del hombre

Los apócrifos explican el origen del mal de diversas maneras, como por el pecado de Adán incitado por el demonio. El hombre es responsable del pecado que nunca se debe a Dios, porque es bueno.

En los escritos del *Nuevo Testamento* y en los apócrifos los ángeles buenos y malos tienen un carácter personal y están sometidos a Dios.

1.10.7. Dualismo y pesimismo en la literatura apócrifa

Una característica de la literatura apócrifa y apocalíptica es la concepción dualística de la existencia. Se ha pensado que esta creencia es de origen iranio. Existe una diferencia profunda con el judaísmo. En este último los poderes adversos a Dios, siempre están subordinados a él y no actúan sin su autorización. Esta literatura distingue al igual que la persa entre este mundo y el mundo del más allá, con lo que se distancia de la creencia de los *profetas*, para los que sólo existe el mundo actual.

La literatura apocalíptica es pesimista al examinar la Historia, pues

no se ha liberado a Israel, por lo que las promesas de Dios tendrán que cumplirse en el mundo futuro. Esta esperanza es patrimonio de los israelitas fieles, nunca de los perversos.

Junto a este dualismo escatológico, los apocalípticos conocieron un dualismo ético: El mundo se divide en buenos y malos. En los *Libros de los Jubileos* los buenos pertenecen a Israel mientras los malos son los gentiles.

Los apócrifos conocieron también un dualismo espacial —cielo y tierra— propio de todo el Próximo Oriente que aparece con claridad en el *Cuarto Evangelio* y en la *Carta a los hebreos.* Este dualismo no implica oposición, como sucede en el dualismo escatológico o en el ético. También los apócrifos admitieron un dualismo antropológico: cuerpo y alma.

1.10.8. El reino de Dios

La literatura apócrifa y apocalíptica, continuación de la profética, no alcanzó una visión uniforme y sistemática del reino de Dios. La expresión «reino de Dios» ni siquiera figura en las obras del *Antiguo Testamento,* siendo rara en los apócrifos y constituye, por tanto, una cierta novedad en boca de Jesús. Su contenido sí es, sin embargo, claro en los apocalípticos: el agente es Dios y su mesías y el sujeto de la salvación o condenación son los hombres y los ángeles. La resurrección y el juicio constituyen el modo de la venida al reino de Dios. El último fin de dicha llegada es la victoria sobre los demonios, mientras el más inmediato lo constituye el triunfo y la salvación de Israel. La actitud ante la salvación o condenación de los gentiles es ambigua y contradictoria en los apócrifos.

El concepto de «reino de Dios» es, pues, variable; unas veces se trata de un reino futuro, próximo e inminente: llegará en un momento, se realiza en este mundo. Algunos apócrifos conocen un reino mesiánico en este mundo y un reino de Dios en el futuro. Otros sólo contemplan el mundo futuro.

1.10.9. El mesías

En la época inmediatamente anterior a Jesús, la mayoría de los apócrifos esperaba la llegada de un descendiente de David, que restauraría Israel desde el plano nacional y religioso. Los documentos de Qumrán se refieren a dos personajes mesiánicos: el Mesías de Israel, que sería un monarca temporal, y el sumo sacerdote escatológico des-

cendiente de Aarón. Este último mesías se ha pensado que fuera una reencarnación del Maestro de Justicia. La idea de un mesías que sufre, no es extraña al judaísmo, si el Maestro de Justicia, murió mártir, como parece que sucedió. Los judíos del período helenístico no creyeron en un mesías davídico puramente humano, pues se generalizó la creencia de origen iranio, de que la figura central del drama final escatológico es el Hijo del Hombre, término que con seguridad se aplicó Jesús a sí mismo y que se encuentra por vez primera en el *Libro de Daniel* (7, 13 ss), un ser supra-humano y preexistente. Unas veces parece ser un individuo y otras una figura colectiva. En el *Libro de Henoc*, el Hijo del Hombre es una persona individual, superior a los ángeles, anterior a la creación del mundo y celeste, partícipe de la sabiduría divina. Al final del tiempo presente bajará del cielo y reinará sobre la tierra. Esta llegada, según la mayoría, conduciría a la venida del reino de dios. Según otros, el reino del Hijo del Hombre sería eterno.

Se esperaba que la llegada del mesías coincidiría con el período de 6000 años, que se suponía que duraría el mundo. Según una segunda interpretación, la era mesiánica ya había comenzado, aunque el mesías no había llegado aún debido a los pecados del pueblo; esta última creencia se generalizó en los círculos rabínicos.

También se había extendido la idea de que la llegada de la salvación estaría precedida de calamidades y de guerras. Elías sería el precursor del Mesías, vencedor de los impíos.

El Mesías renovaría Jerusalén, que sería purificada de los gentiles. Se aceptaba igualmente la existencia de otra Jerusalén celestial. Los piadosos dispersos de Israel, se reunirían en el tiempo mesiánico. El reino mesiánico se describe como la llegada de un segundo paraíso; los elegidos gozarían de todo tipo de bendiciones eternas, todos serían justos y participarían de él todos los israelitas difuntos.

Se admite también que la renovación del mundo comenzaría con la era Mesiánica. Al juicio final precedería la resurrección general de los muertos.

Muchas ideas de Jesús y de la Iglesia primitiva aparecen ya en los apócrifos y en los apocalípticos; así, la resurrección, el juicio, el castigo eterno por el fuego, el reino, etc. De igual forma la angelología y la demonología, así como la idea de la paternidad de Dios y el dualismo.

1.10.10. La Sinagoga

La Sinagoga remonta al judaísmo posterior al destierro de Babilonia. En ella se reunían los judíos para leer y comentar las *Sagradas Escrituras* por los rabinos y los sabios. En las sinagogas no se ofrecían sacrifi-

cios: sólo se hacían en el templo de Jerusalén. El culto de la sinagoga era espiritual. La sinagoga completaba la formación religiosa recibida en el templo. En Jerusalén estaban abiertas muchas y en cada ciudad de Palestina una por lo menos. Con el tiempo y debido al antagonismo entre los doctores y el sacerdocio, las dos comunidades fueron rivales.

1.11. Estructura social y económica de Palestina en tiempo de Jesús

La sociedad judía anterior y contemporánea de Jesús estaba dividida en tres estratos sociales. La capa superior estaba formada por la nobleza sacerdotal. Vivía de los ingresos y del comercio del templo y de las rentas de sus fincas.

A este estrato pertencían los grandes terratenientes y comerciantes que llevaban una vida de lujo y que generalmente residían en Jerusalén.

El segundo estrato social estaba compuesto por los pequeños comerciantes, los artesanos y por gran número de sacerdotes, todos los que disfrutaban de cierto desahogo. Estos sacerdotes solían ejercer un oficio y cobraban los diezmos.

El estrato inferior de la sociedad palestina estaba integrado por los pobres, cuyo número era grande. A este estrato pertenecen los jornaleros, los esclavos, los libertos y muchos doctores de la ley. Los mendigos que generalmente eran ciegos, los leprosos en Palestina.

En Palestina grandes masas de población vivían muy pobremente. Las continuas guerras y las contribuciones aumentaron la pobreza y generalizaron la miseria, bien reflejadas en los evangelios.

1.11.1. Organización social

Los sacerdotes ocupaban una posición especial. Estaban dirigidos por el Sumo sacerdote y sus ayudantes, que formaban un pequeño consejo y pertenecían al sanedrín. Los levitas asistían a los sacerdotes en las funciones del culto y formaban también el sanedrín que predidido por el Sumo sacerdote, era un organismo administrativo y jurídico. Los ancianos o jefes de las grandes familias también participaban en las reuniones del sanedrín. Los ancianos solían ser ricos labradores o comerciantes. En el sanedrín igualmente entraban a formar parte los fariseos, a partir del gobierno de la reina Alejandra.

Los rabinos tenían poder en las sinagogas locales y en su jurisdicción.

1.11.2. Economía

La economía palestina se basaba en la agricultura, la artesanía y el transporte. En Galilea y en Samaria se cultivaban cereales. En Judea, tierra rocosa, se criaba bien la ganadería y se pastoreaban rebaños, pero en pequeño número. En Judea y al este del Jordán se cultivaba la vid, el sicomoro, el olivo y la higuera.

La artesanía alcanzó una gran estima entre los judíos; los mismos doctores de la Ley y los sacerdotes la practicaban. En Galilea se confeccionaban tejidos de lino y en Judea se trabajaba la lana. Durante el reinado de Herodes se desarrollaron los oficios relacionados con la construcción.

El comercio se llevaba a cabo fundamentalmente mediante caravanas.

Una gran vía comercial atravesaba Galilea y conducía a Damasco. Jerusalén contaba con calles dedicadas al comercio de determinadas mercancías; el mismo templo era un gran mercado. Los objetos de comercio estaban sometidos al pago de ciertas tasas, cuyos arrendatarios vivían en Jerusalén. El comercio se hacía generalmente mediante el sistema del trueque.

La población de Palestina se ha calculado en unos 700.000 habitantes. Muchos judíos emigraron de Israel, formando comunidades en las principales ciudades donde se establecieron.

2.

El fundador del cristianismo

2.1. Fuentes

Las fuentes principales para conocer la personalidad de Jesús de Nazaret, a quien sus seguidores llamaron el Mesías, el ungido del Señor, en lengua griega el Cristo, las constituyen los cuatro evangelios canónicos. Los tres primeros —Marcos, Mateo y Lucas— se llaman sinópticos por presentar muchas semejanzas entre sí. El de Marcos es el evangelio más antiguo, redactado quizá entre los años 65-70 sobre una recopilación de palabras de Jesús; fue utilizado por los otros dos. No parece que ninguno de los evangelistas haya tratado directamente a Cristo pues los evangelios de Mateo y Lucas se fechan sobre los años 85-90.

El último evangelio, atribuido a Juan, es de gran originalidad tanto por su contenido como por la interpretación que hace de la figura de Jesús. Conoce bien la argumentación rabínica y acusa influencias helenísticas, pero también de los escritos de Qumran. Su redacción remonta a finales del siglo I; en algunos puntos parece estar mejor informado que los sinópticos.

Los evangelios no son libros históricos en un sentido estricto, sino escritos religiosos que responden a las necesidades de la Iglesia primitiva. Se trata de una interpretación hecha por ella del mensaje de Jesús y de su persona, a partir de hechos históricos, que permite conocer a grandes rasgos la personalidad y las enseñanzas del Maestro.

Se redactaron contando con una tradición oral y con algunos escritos antiguos. La tesis, en boga hace años, que hace de Jesús una figura mitológica, es falsa y carece de base científica alguna.

2.2. Cronología de la vida de Jesús

Los datos sobre la vida de Jesús son pocos e imprecisos. Jesús, al parecer, nació en los últimos años de la vida de Herodes, muerto en el año 4 a. de C. Si el censo recordado por Lucas es el mismo citado por Josefo, el nacimiento de Jesús habría que situarlo entre los años 6-7. Jesús murió durante el gobierno de Poncio Pilato (26-36), probablemente en torno al año 30.

Su predicación debió de comenzar hacia los 30 años, después de ser bautizado por Juan Bautista, cuyo ministerio señala Lucas en el año 15 del gobierno del emperador Tiberio. Según Marcos la vida pública de Jesús duró un año; según Juan, tres o algo más.

2.3. La vida pública de Jesús

La vida pública de Jesús parte del bautismo de penitencia de Juan Bautista, a orillas del Jordán. Juan era el fundador de una secta opuesta al judaísmo oficial que predicaba la purificación de los pecados ante la inmediata llegada de Dios. No se consideraba el Mesías sino que tuvo a Jesús por tal. Jesús conoció su vocación probablemente en el momento de ser bautizado por Juan.

La predicación de Jesús comenzó en Galilea, donde reunió a sus primeros discípulos; sólo al final de su vida predicó en Jerusalén. En ella emplea parábolas o formas alegóricas que iban acompañadas de prodigios. Jesús encontró la oposición de los fariseos por su libertad en la interpretación de la Ley y la de los saduceos por su creencia en la venida del reino de Dios.

La entrada triunfal en Jerusalén y la expulsión de los mercaderes del templo fueron interpretadas como expresiones de sus ideas mesiánicas. Ambos sucesos precipitaron su muerte. La cena celebrada por Jesús en compañía de sus doce discípulos festejaba, según los sinópticos, la Pascua, según Juan una comida prepascual. Poco después era prendido y conducido ante el sanedrín y, más tarde, ante el gobernador romano Poncio Pilato, única autoridad que podía dictar la sentencia de muerte. Jesús fue condenado por un crimen político: hacerse pasar por rey de los judíos.

2.4. Predicación de Jesús

Jesús predicaba la llegada del reino de Dios, que consistía en la victoria de la soberanía divina sobre la creación y la humanidad; tam-



Cristo. Pintura de la catacumba de Commodilla (Roma).

bién predicaba la conversión de los pecadores. No trajo, pues, ningún mensaje de carácter político.

Sobre el momento de la llegada de este reino anunciado por Jesús, los testimonios suministrados por los evangelistas no son claros. Algunos textos se refieren a un futuro inmediato, mientras otros señalan que la figura de Jesús marca el comienzo de un proceso que será precedido por cataclismos. Estas dos concepciones responden probablemente a una evolución en el pensamiento de Jesús al respecto. Dos textos de Marcos (8, 38; 19, 62) relacionan la conciencia mesiánica de Jesús con su idea de reino de Dios.

2.5. El Mesías

Jesús nunca se aplicó a sí mismo el término de Mesías que, para la mayor parte de la población, tenía connotaciones políticas, y se lo

atribuían otros. Jesús se vinculó sobre todo con el «siervo de Jahvé» sufriente cantando por Isaías (40-55); en este sentido previno su muerte y su fracaso. Como ya se ha indicado, a Jesús remonta también la aplicación a su persona del término «Hijo del hombre», tomado de la literatura apocalíptica.

2.6. El cumplimiento de la Ley

Jesús nunca se opuso, por principio, al cumplimiento de la Ley: afirmó que había venido a cumplirla. Pero sí hizo una interpretación más libre de ella, buscando, como los grandes profetas de Israel, una interiorización de la misma. También insistió en un mensaje de ayuda a los más desheredados de fortuna.

Su predicación fue dirigida principalmente a los más pobres, a los marginados, a los pecadores y miserables, si bien transmitió su mensaje sobre todo a los judíos y sólo muy excepcionalmente a los paganos.

2.7. Jesús y sus discípulos

Jesús instituyó el colegio de los doce apóstoles que representaba a las doce tribus de Israel. Más discutido es si a él remonta también la idea de Iglesia que solo aparece en los evangelios en dos ocasiones. Con anterioridad aparece en los manuscritos de Qumrán, en boca del Maestro de Justicia.

Fue Jesús quien instituyó el bautismo y la eucaristía; esta última, citada por Pablo antes de que los evangelios sinópticos fueran escritos, constituye un rito escatológico y eclesiástico que presupone su presencia invisible.

Ni Jesús ni los apóstoles instituyeron el episcopado monárquico o el sacerdocio. En la *Carta de Pedro* y en otros escritos se encuentra la idea del sacerdocio universal de todos los fieles. La primera mención de ordenación de sacerdotes data de la época del escritor eclesiástico Hipólito de Roma, muerto en el año 235; la *Historia Augusta* la menciona en relación con hechos de gobierno del emperador Alejandro Severo (222-235).

2.8. La Iglesia primitiva

La asamblea o comunidad de creyentes comenzó a existir realmente después de la fe en la resurrección de Jesús. La tradición cristiana ha considerado el día de Pentecostés como la fecha del nacimiento de la

Iglesia; ésta no se consideró, en principio, separada del judaismo, permaneciendo hasta el año 125 como una secta más.

El primer choque entre el judaísmo y la Iglesia primitiva se originó por culpa de los llamados helenistas, judíos de la diáspora que hablaban el griego y vivían en Jerusalén. Sobre este enfrentamiento estamos bien informados gracias a los *Hechos de los Apóstoles*.

El jefe de este grupo era Esteban, que condenó tajantemente el templo como asiento de la idolatría contrario a la Ley de Moisés. En opinión de Esteban, Cristo estaba llamado a espiritualizar el culto del templo. Estas ideas de Esteban eran explosivas y chocaban con los intereses materiales de la casta sacerdotal y con las creencias del pueblo judío, por lo que fue lapidado.

Este enfrentamiento no parece que haya afectado a la Iglesia sino sólo al grupo helenista, que se dispersó por Palestina predicando fundamentalmente a los judíos y, en ocasiones, a los paganos de Antioquía y creando de este modo las bases del universalismo cristiano al separar el culto cristiano del judío celebrado en Jerusalén.

2.9. Pablo de Tarso

A Pablo de Tarso se debe la total emancipación del cristianismo respecto al judaísmo. Las fuentes sobre su personalidad y actuación pública son los *Hechos de los Apóstoles*, redactados hacia el año 90, y sus *Cartas*.

Los *Hechos de los Apóstoles* se deben a Lucas e idealizan la imagen de la comunidad cristiana ya que su autor no fue testigo ocular de los sucesos que narra, utilizando para su composición la tradición oral y varios escritos. Los *Hechos* ofrecen algunas contradicciones con lo narrado por Pablo en sus *Cartas*. Las *Cartas* de Pablo constituyen los escritos más antiguos del cristianismo primitivo y pertenecen al período apostólico.

Otros escritos canónicos atribuidos a diferentes apóstoles no son de ellos sino mucho más recientes; así las *Cartas* de Juan, Pedro, Santiago o Judas. Las llamadas epístolas pastorales dirigidas a Timoteo y Tito no son obras de Pablo, como ya indicó Marción a mediados del siglo II, si bien reflejan su pensamiento. Tampoco es suya la *Carta a los Hebreos* y se duda de la autenticidad de la *Carta a los Efesios*. Casi todos los investigadores atribuyen a Pablo las *Cuatro epístolas mayores a los romanos, 1-2 a los Corintios, a los Gálatas y a Filemón;* también la *Epístola a los Colosenses* y la *II a los Tesalonicenses*. Las *Cartas* que no fueron escritas directamente por él, reflejan, sin embargo, su espíritu; son escritos fechados entre los años 50 y 62.

Pablo, nació en Tarso de Cilicia, a comienzos de la era cristiana, en una ciudad cosmopolita, cruce de todo tipo de influencias, educándose con el famoso doctor Gamaliel. Era fariseo e hijo de fariseos: el influjo rabínico, así como ciertas influencias griegas, se perciben en sus escritos. Intervino, si bien no activamente, en la condena de Esteban y persiguió en los primeros años encarnizadamente a la Iglesia. Hacia el año 36, yendo hacia Damasco, creyó que se le apareció Cristo convirtiéndose a partir de entonces en predicador del evangelio entre los paganos.

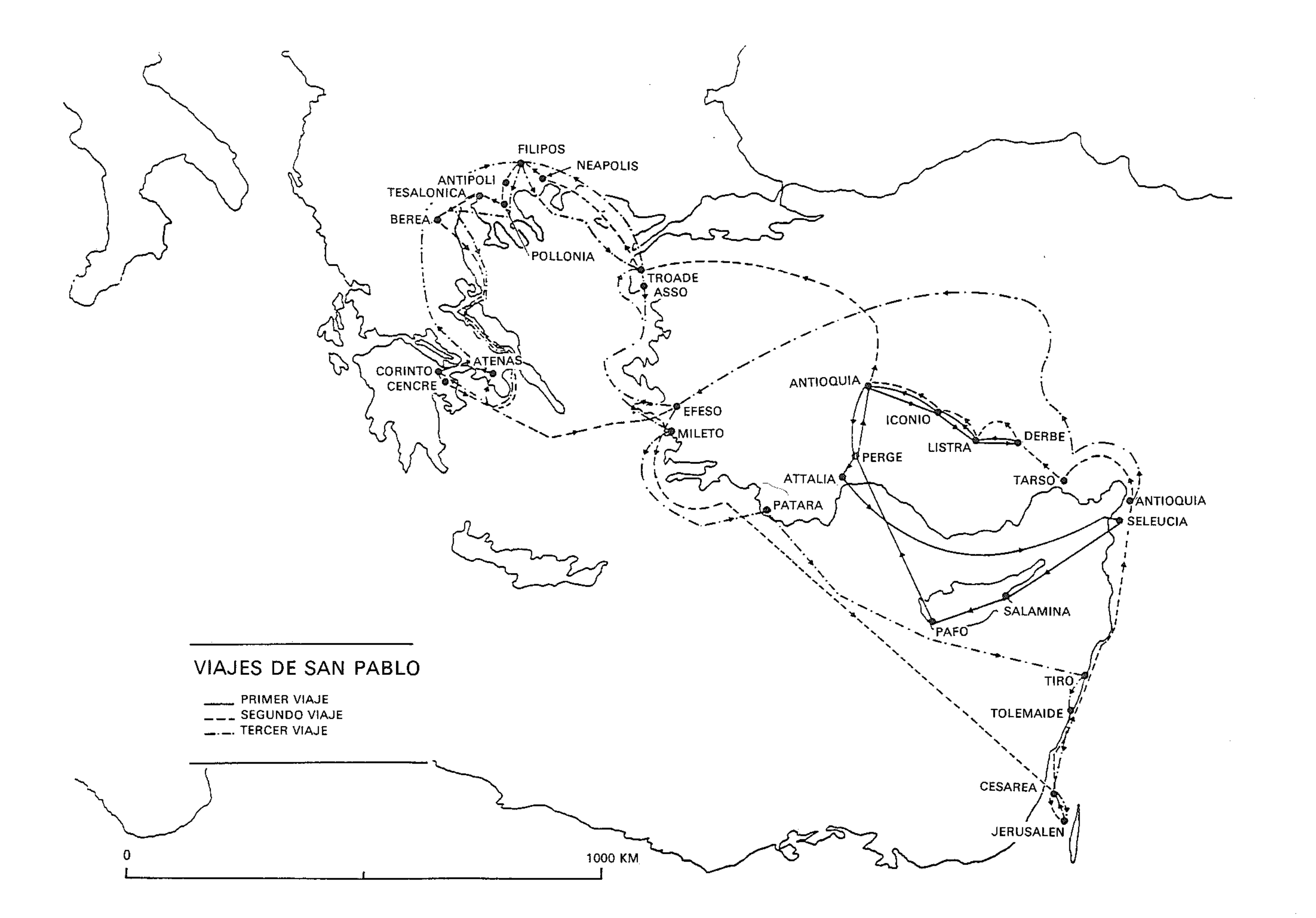
En la doctrina de Pablo hay una dignificación del trabajo: el que no trabaja que no coma, escribe el apóstol, fabricante de lonas y alfombras que vivió del trabajo de sus manos, como Jesús.

Los *Hechos de los Apóstoles* relatan tres grandes viajes misioneros de Pablo. En el primero, partiendo de Antioquía, recorrió Chipre y Asia Menor; en el segundo visitó Jerusalén y, de nuevo en Asía Menor, Galatia y Frigia para pasar luego a Macedonia, donde fundaría las Iglesias de Filipos y Tesalónica, y a Grecia, donde predicó en Corinto. En su tercer viaje, tras una corta estancia en Efeso y Jerusalén, partió de Antioquía y recorrió Asia Menor y Grecia, terminando en Tiro y en Jerusalén donde fue encarcelado por los judíos. Apeló entonces al emperador, siendo conducido a Roma, donde permaneció dos años vigilado mientras vivía en compañía de los cristianos de la Capital. Es aquí donde se interrumpe la narración de los *Hechos*, pero sabemos que murió mártir entre los años 62 y 64. La personalidad de Pablo, batalladora, emprendedora y apasionada, le ocasionó roces con los paganos, los judíos y los propios cristianos.

Para Pablo toda la humanidad se encontraba sometida a las potencias demoníacas de los astros. Los paganos estaban entregados a la idolatría de la cual sólo Israel escapó, aunque sus habitantes eran igualmente pecadores por culpa de Adán.

El hombre carece de méritos propios y la salvación es un don gratuito que libera de la muerte y del pecado y que viene a la humanidad por la obra salvifica de Cristo. Para Pablo la pasión, crucifixión y resurección de Cristo son los únicos hechos fundamentales de la salvación. La redención se cumplirá al final de los tiempos. A Pablo remontan las ideas de la comunión mística con Cristo y de la Iglesia como cuerpo místico suyo.

Las creencias de la Iglesia primitiva sobre Jesús han quedado bien expuestas en el himno, recogido por Pablo en su *Carta a los Filipenses* (2, 6-11), escrita hacia el año 57, que dice que «aunque era de condición divina, no consideró un tesoro aprovechable el ser igual a Dios, sino que se despojó a sí mismo adoptando (la) condición de esclavo, haciéndose semejante a (los) hombres; y, presentándose como hombre en lo externo, se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y


FILIPOS
NEAPOLIS
ANTIPOLI
TESALONICA
BEREA
POLLONIA
TROADE
ASSO
ATENAS
CORINTO
CENCRE
EFESO
MILETO
ANTIOQUIA
ICONIO
LISTRA
DERBE
PERGE
ATTALIA
TARSO
ANTIOQUIA
SELEUCIA
PATARA
SALAMINA
PAFO
TIRO
TOLEMAIDE
CESAREA
JERUSALEN
VIAJES DE SAN PABLO
PRIMER VIAJE
SEGUNDO VIAJE
TERCER VIAJE
0
1000 KM

una muerte en cruz. Por eso Dios a su vez lo elevó sobre (todo) y le otorgó ese nombre (que está) sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús doblen la rodilla todos los seres del cielo, de la tierra y del abismo, y toda lengua confiese, para gloria de Dios Padre, que Jesucristo es Señor.»

En este himno se afirma la divinidad de Cristo, la encarnación y su glorificación.

Pablo condenó las observancias rituales. Ante Dios, según Pablo, no hay diferencia alguna entre bárbaros y griegos, entre hombres o mujeres, pues todos son absolutamente iguales ante él. El cumplimiento de los preceptos rituales ocasionó choques entre Pablo y la comunidad de Jerusalén. Este enfrentamiento es narrado por dos versiones diferentes: la *Carta a los Gálatas* (2, 7-11) y los *Hechos de los Apóstoles* (15, 28-29).

Según la primera, Pedro impuso en su visita a los cristianos de Antioquía que se siguiese la norma, prescrita por él, de comer junto con los paganos. Los emisarios de Santiago trataron de convencer a Pedro de que se continuase la costumbre antigua, a lo que Pablo se opuso tajantemente. Según la versión de los *Hechos* se trató de obligar a los paganos convertidos a circuncidarse. Santiago propuso que se admitiera un mínimo de prescripciones rituales, como abstenerse de comer carne de animales consagrados a los ídolos, etc. Estas prohibiciones se conocen con el nombre de *Decreto de los Apóstoles,* y partían de los seguidores de Pedro o de los partidarios de Santiago que por entonces era el verdadero jefe de la Iglesia de Jerusalén, y cabeza de los judeocristianos que unían a la creencia en el Jesús Mesías la observancia total a la antigua Ley Mosaica.

Novedades grandes del cristianismo según la *Carta a los Hebreos*, obra de algún discípulo de Pablo, escrita hacia el año 90, son la liquidación del templo, del sacrificio y del sacerdocio antiguo, abolidos todos por Cristo, único sacerdote. Todos los cristianos son sacerdotes al participar del único sacerdocio de Cristo. El gran teólogo Orígenes dará como prueba de la abstención de los cristianos del servicio militar el que todos son sacerdotes y los sacerdotes paganos están libres de esta obligación, según indica la ley de la fundación de la colonia Urso (Osuna, Sevilla), del año 44 a. de C.

Los judeocristianos descendían de la comunidad cristiana de Jerusalén; en los años 60-70 emigraron a *Pella*, ante el cerco de su ciudad por los romanos, quedando marginados de la evolución de la gran Iglesia y divididos en dos sectas: la de los ebronitas y la de los nazarenos. Ambas son de una importancia excepcional pues Mahoma conoció con casi total probabilidad la doctrina de los primeros, que no reconocían la divinidad de Cristo ni el sufrimiento real de Jesús.

A finales del siglo I y a comienzos del siguiente, la Iglesia dio un

viraje rotundo, abandonando los grandes temas paulinos y sufriendo un proceso de helenización y de judaización, de intelectualización y moralización. En este contexto hay que situar la *Carta de Santiago,* que constituye un fuerte ataque contra la riqueza, y las obras de los Padres Apostólicos como Clemente Romano, Ignacio de Antioquía, Policarpo de Esmirna, Papias de Hierápolis, Bernabé o el Pastor de Hermas.

Para entonces el cristianismo había alcanzado ya las grandes ciudades del Oriente como Antioquía, Efeso, Tesalónica, Corinto, Alejandría e incluso la propia capital del Imperio. La predicación del cristianismo fue un fenómeno urbano que se propagaba principalmente entre los estratos inferiores de la población. Muchos de los nombre mencionados al final de la *Carta a los Romanos* de Pablo son típicos de esclavos o libertos, muchos de los cuales pertenecían a la *familia Caesaris,* es decir, a la administración imperial.

2.10. Los misioneros. La primitiva jerarquía eclesiástica

En la *Doctrina de los Apóstoles* o *Didaché*, la obra más importante de la era postapostólica y la más antigua, fuente de legislación eclesiástica conocida, los jefes de las comunidades cristianas fueron los obispos y diáconos, pero la *Didaché* no conoce un episcopado monárquico. Las únicas personas eminentes de la comunidad son los que anuncian la palabra de Dios: *«Elegíos, pues, inspectores y ministros..., también ellos administran el ministerio de los profetas y maestros. No los despreciéis, pues son los honrados entre vosotros, juntamente con los profetas y doctores» (15).*

Los verdaderos misioneros en esta época eran los apóstoles, los profetas y los doctores. No eran elegidos por la comunidad, que sólo nombraba a los obispos y a los diáconos.

Los *Hechos de los Apóstoles* (13) hablan de apóstoles, de profetas y de doctores. La distinción entre apóstoles, doctores y profetas es muy antigua. También son mencionados en la *Carta a los Efesios (2, 20; 3, 5)* y en el *Pastor,* de Erma.

Peregrinaban de un lugar a otro y eran bien recibidos por las comunidades cristianas que visitaban.

Estos misioneros peregrinos, llamados apóstoles, existían todavía durante todo el siglo II, pero para entonces ya no se llamaban apóstoles. De estos misioneros del siglo II no se conoce ningún dato: sólo de Panteno, doctor alejandrino, que predicó hasta en la India. Los profetas se mantuvieron en la Iglesia hasta finales del siglo II.

En la carta pseudoclementina *Sobre la virginidad,* de comienzos del

siglo III, se mencionan aún doctores y profetas. Los primeros están subordinados a los segundos.

En Jerusalén, Pablo conoció al frente de la comunidad cristiana un triunvirato formado por Pedro, Juan y Santiago. El episcopado es una institución en la que se perpetua el apostolado. En las cartas de Ignacio de Antioquía, martirizado durante el reinado de Trajano (98-117), quedó claro que unas comunidades tendrían al frente de ellas obispos monárquicos y otras, como la de Roma, no.

2.11. Métodos de la predicación cristiana

En el cristianismo primitivo seguirá la predicación diferentes procedimientos: Dios hablaba a la comunidad a través del sueño, visiones o el éxtasis. Las visiones eran frecuentes después de algún martirio, cuando el mártir se aparecía a la semana siguiente de su muerte, como sucedió en el caso de Cipriano.

Durante la predicación de la liturgia o la predicación de los apóstoles o de los misioneros, la comunidad caía en una exaltación intensa.

Los profetas explicaban el pasado, anunciaban el futuro, interpretaban los sucesos presentes.

Los cristianos estaban llenos de entusiasmo e improvisaban himnos, cantos, oraciones, etc.

Unos fieles, llenos del Espíritu, perdían la conciencia y emitían voces que eran interpretadas por ciertas personas adecuadas, mientras otros escribían bajo la inspiración del Espíritu, durante el éxtasis o en momentos de gran tensión espiritual. También con frecuencia se traían enfermos para ser curados, y se expulsaba a los demonios de los hombres.

Se realizaban bajo la dirección del Espíritu milagros o acciones simbólicas. Algunos fieles contemplaban la presencia del Espíritu de Dios, oían su voz, veían su esplendor y contemplaban a los ángeles.

El Espíritu de Dios movía a los fieles a la confianza de Dios, a la fe heroica y a una caridad sobrehumana.

Todos estos carismas edificaban la comunidad. Se mencionan desde el principio de la predicación del cristianismo hasta los tiempos de Ireneo. A ellos aluden frecuentemente los apologistas cristianos.

2.12. Extensión del cristianismo durante los siglos I y II

En tiempos del gobierno del emperador Trajano, el cristianismo había penetrado en el Mediterráneo oriental. Estaba bien asentado en

la costa de Asia Menor, en Roma y en la costa del Mar Tirreno. En la época de Nerón, según testimonio de Tácito, los cristianos eran numerosos en Roma. En tiempos de Nerón, la *familia Caesaris* contaba ya con cristianos y, en los años de la dinastía flavia, estaban en la propia familia imperial.

Durante el gobierno de Plinio el Joven en Bitinia, esta provincia era ya prácticamente cristiana.

Durante el siglo II había cristianos en todas las provincias e incluso al otro lado de la frontera. Al final de los años de los Antoninos, los cristianos formaban una sociedad ya peligrosa para el Estado, como se comprueba perfectamente con la lectura de Celso.

2.12.1. Roma

Misioneros cristianos anónimos predicaron pronto el evangelio en Roma. La comunidad cristiana no fue fundada ni por Pedro, ni por Pablo, como se desprende de los *Hechos de los Apóstoles* y de la *Carta a los Romanos* de Pablo. Pedro tampoco fue nunca obispo de Roma. No se sabe cuándo comienza el episcopado monárquico en Roma, pues la lista de Ireneo no ofrece garantía alguna. La *Carta* de Clemente Romano es anónima, aunque por el testimonio de Eusebio se sabe que fue escrita por él. La *carta* de Ignacio de Antioquía se dirige a la comunidad de los fieles.

Durante la persecución de Nerón debió morir Pedro y seguramente para esa fecha ya debía haber muerto Pablo. Las excavaciones de Roma en la Basílica del Vaticano no han dado un resultado esclarecedor.

La expulsión de los judíos ordenada por Claudio en el año 49, probablemente está en relación con las luchas entre judíos y cristianos. Clemente Romano, a finales del siglo I, afirma que los cristianos eran numerosos en Roma.

De la carta de Ignacio de Antioquía, hacia el año 115, se desprende que la Iglesia de Roma era ya muy importante y que se distinguía por su caridad.

Muchos cristianos debían ser de origen griego. La Iglesia de Roma habló el griego hasta el Papa Víctor (189-199). Hipólito de Roma, muerto en torno al 235, escribe en lengua griega. Novaciano fue el primer escritor romano que utilizó el latín en sus obras. Hacia mediados del siglo III, con el obispo Fabiano, la Iglesia romana era ya predominantemente latina.

2.12.2. Alejandría

Se tienen pocas noticias de la propagación del evangelio en Alejandría, que contaba con una floreciente comunidad judía, calculada en 100.000 personas, dentro de una población de un millón de habitantes. Según noticias recogidas por Eusebio en su *Historia Eclesiástica*, el evangelista Marcos predicó el evangelio en Egipto. Se conocen algunos fragmentos de papiros cristianos de comienzos del siglo II. La *Carta a los Hebreos*, que acusa influencias de Filón, pudo ser escrita en Alejandría; lo mismo podría afirmarse de la *Carta de Bernabé* que constituye un manual de catequesis de la época de Hadriano.

Clemente de Alejandría menciona un *Evangelio de los egipcios* que no leían los cristianos ortodoxos de su tiempo, pero sí los de una época anterior. Este autor conoce también un *Evangelio a los hebreos* escrito en lengua aramea y traducido al griego. Los gnósticos cristianos Basílides y Valentino, según Epifanio de Salamina, predicaron sus doctrinas en Egipto.

2.12.3. Siria

Los orígenes del cristianismo sirio remontan a los tiempos de los apóstoles; precisamente en Antioquía recibieron por vez primera los cristianos tal nombre. Existieron comunidades cristianas no sólo en esta ciudad sino también en Damasco, Tiro y Sidón. La Carta de Santiago indica que había en este país ricos terratenientes cristianos que explotaban a los campesinos sin consideración.

La *Didaché* o *Doctrina de los apóstoles*, manual catequístico y litúrgico de comienzos del siglo II, procede probablemente de Siria. En época de Trajano, la Iglesia siria contó con una figura de primera magnitud: la de Ignacio de Antioquía, el primer teórico del episcopado monárquico.

De comienzos del siglo III y escrita en Siria, en una lengua refinada, es la carta pseudoclementina *Sobre la virginidad* en la que se ofrecen consejos a los ascetas.

2.12.4. Asia Menor

La predicación del cristianismo en Asia Menor data de la era apostólica, siendo en gran parte obra de Pablo. Aquí fueron escritos el *Cuarto Evangelio*, el *Apocalipsis* y las tres *Cartas* de Juan.

A comienzos del siglo II, algunas regiones, como Bitinia, eran prácticamente cristianas, según testimonio de Plinio el Joven (111-113) a Tra-

jano; Efeso y Antioquía fueron los dos focos de evangelización de estas regiones. Los más importantes movimientos de la Iglesia durante el siglo II tuvieron como escenario Asia Menor. A la Iglesia de Asia Menor se dirigen las siete cartas de Juan en el *Apocalipsis* y varias de Ignacio. *La Carta de Pedro* demuestra que había cristianos en Bitinia y en el Ponto. También en Asia Menor aparecieron los primeros sínodos y los metropolitanos.

2.12.5. Mesopotamia y Persia.

Según la leyenda, el apóstol Tomás predicó en Edesa, aunque se carece de datos. La predicación del evangelio debió ser muy antigua en Mesopotamia.

Adiabene fue evangelizada por un misionero procedente de Palestina, llamado Addai, a finales del siglo I. Es probable que la presencia de cristianos en los grandes centros, como Edesa y Corbelas date del siglo I.

Antes del año 190, el cristianismo estaba bien asentado en Edesa y a él hacia el año 201 se convirtió la casa real. En Edesa el cristianismo va vinculado al apologista Taciano y al gnóstico Bardesane, nacido en el año 154. Para los cristianos de Edesa escribió Taciano el *Diatenaron* o concordia de los evangelios. En Edesa se tradujeron los evangelios al siriaco, que de este modo se convirtió en lengua literaria. Una serie de escritos no canónicos, *Evangelios, Himnos* y *Hechos,* acusan influjos del cristianismo palestino. El diálogo del pseudo-Bardesane (siglo III), presupone la propagación del cristianismo hasta Persia. La gran persecución de los cristianos de Persia durante el siglo IV, prueba una expansión grande del cristianismo ya en el siglo anterior, en esta zona.

2.12.6. Africa

Los escritos de Tertuliano demuestran una intensa cristianización del Norte de Africa; en el año 190 hubo mártires que ya tenían traducciones al latín de parte de las *Sagradas Escrituras.* Tertuliano menciona comunidades cristianas en cuatro localidades de Numidia y en Mauritania.

Hacia el año 200 había un buen número de obispos en Africa. Un sínodo celebrado el año 240 reunió a 90.

2.12.7. Galia

Los datos de la presencia de cristianos en Galia, son relativamente numerosos. Datan de la época de Ireneo, obispo de Lyón, y de la



LA IGLESIA A FINALES DEL SIGLO II D.C. SEGUN FREND

• OBISPADOS ORTODOXOS O GRANDES COMUNIDADES
× CENTROS GNOSTICOS
○ OBISPADOS Y CENTROS MARCONITAS
+ CENTROS MONTANITAS
▬ OTROS CENTROS CRISTIANOS Y RESTOS ARQUEOLOGICOS
LIMITES DEL IMPERIO
LIMITES DE PROVINCIA
DIVISION LINGÜISTICA LATIN/GRIEGO



persecución del año 177, en la que figuran cristianos en Vienne y en Lyón. Esta comunidad cristiana era de origen griego y se ignora cuándo comenzó.

2.12.8. Hispania

Ireneo y Tertuliano mencionan cristianos en Hispania. La *Carta* 67 de Cipriano, referente a la apostasía de los obispos Basilíades y Marcial, durante la persecución de Decio, indica que había comunidades cristianas en Astúrica Augusta, Legio Septima Gemina, Augusta Emérita, Caesaraugusta y en otros lugares. Tarraco contaba con una comunidad cristiana en época de Valeriano, cuyo obispo Fructuoso fue mártir. De los lugares de procedencia de los firmantes de las Actas del concilio de Elvira, se desprende que el cristianismo se asentaba principalmente en el Sur de la Península Ibérica. Sin embargo, las actas de Saturnino, obra escrita en la Galia, describen como pagana la Península Ibérica.

2.13. El cristianismo a comienzos del siglo IV

Antes del Edicto de Milán, la Iglesia había hecho grandes progresos. Los cuarenta años de paz, a partir de Galieno, hasta la gran persecución, hicieron que el cristianismo avanzara sobre todo en Oriente. A comienzos del siglo IV, Capadocia y el Ponto debían ser cristianos en su mayor parte. En Capadocia lo sería por la predicación de Gregorio Taumaturgo, discípulo de Orígenes. Greogrio, el iluminado, impulsó mucho la extensión del cristianismo en Armenia. El rey Tirídates II y la nobleza se convirtieron y el cristianismo fue declarado religión del Estado. El cristianismo comenzó entonces a penetrar en el campo, como lo prueba el caso de Egipto, a través de comunidades cristianas en El Fayum y Oxirrincos, y del monacato iniciado por Antonio en el desierto.

El copto se convirtió en lengua litúrgica a partir de este momento.

Los obispados de Antioquía y Nisibis, en Siria; de Tiro en Fenicia; de Cesarea en Palestina y de Bosra en Arabia, se convirtieron en focos de propagación del cristianismo entre la masa campesina.

Según Lactancio, los cristianos eran en Oriente la mitad de la población. Unos 60 años antes, Orígenes, que fue un gran viajero, opina que el número de cristianos era más bajo. Lo mismo afirma Cipriano para Cartago.

El cristianismo en Occidente estuvo mucho más retrasado que en Oriente durante el Bajo Imperio.

EXPANSION DEL CRISTIANISMO HACIA LA MITAD DEL SIGLO III SEGUN DANIELOU

2.14. El judeo-cristianismo

Se han dado diferentes definiciones del judeo-cristianismo: cristianismo con algunos elementos de judaísmo; cristianos de origen judío que asociaban la observancia de la religión mosaica a las creencias y prácticas cristianas; el cristianismo que atribuye un valor permanente a la Ley judía; la creencia de que la salvación sólo puede ser adquirida a través del judaísmo; los judíos convertidos al cristianismo. En realidad es un movimiento muy complejo. Judeo-cristianos son los escritos pseudoclementinos, que circulaban bajo el nombre de Clemente Romano. Tal como han llegado son del siglo IV, pero remontan a fuentes mucho más antiguas. El judeo-cristianismo de los escritos pseudoclementinos era ebionita y se caracteriza por la condena del sacrificio. En Cristo se renocía al profeta, a un mesías, pero no al hijo de Dios.

Una segunda variedad del judeo-cristianismo lo constituían los llamados nazarenos, de los que Santiago era el jefe; serían los autores de la *Carta a los Hebreos.* Estos admitían la divinidad de Cristo. Este último grupo es difícil de precisar, pues el concepto de divinidad, tal como se entendió después, no existió en la comunidad de Jerusalén (nazarenos).

Se puede entender el judeo-cristianismo, como una forma cristiana de pensamiento, que no implica un vínculo con la comunidad judía, pero que se expresa en esquemas mentales, propios del judaísmo. Esta definición abarca a las dos citadas categorías, a todos los judíos convertidos y a los fieles procedentes del paganismo.

Durante cierto tiempo coexistió con la Iglesia y pervivió desde los orígenes de la Iglesia, hasta mediados del siglo II, fecha en la que le conoció Justino.

La observancia sería fundamentalmente la recogida en el citado decreto apostólico. Los primitivos judeo-cristianos integraron la comunidad de Jerusalén, formada en torno a los Doce y después alrededor de Santiago.

El judeo-cristianismo supuso una fosilización con respecto a la posterior evolución de la Iglesia. Otros judeo-cristianos fueron los ebionitas, que defendieron doctrinas diferentes de las ortodoxas de los primeros discípulos y del judaísmo oficial. El origen de esta secta se encuentra probablemente en el judaísmo disidente: la mezcla del grupo sectario judío con los cristianos, de la que nació el judeo-cristianismo ebionita, se debió producir en Transjordania.

Hubo también sectas judeo-cristianas con ribetes gnósticos, que prueban un sincretismo entre elementos judíos, cristianos y gnósticos. En Oriente brotó un cristianismo sirio-palestino en lengua siria, aramea y griega. Predicó un mensaje semítico, en contacto con grupo judíos o judeocristianos y acusa la influencia de los rabinos y los esenios.

3.

El ambiente pagano del cristianismo primitivo

Cuando el cristianismo empezó a predicarse, el Imperio Romano había llegado en gran parte a sus límites naturales, que iban a durar siglos. El Mediterráneo había logrado una uniformidad política, administrativa y religiosa. Roma nunca impuso la religión greco-romana, permitiendo la coexistencia de muchos cultos diferentes al suyo. Sólo en Hispania *se conocen cerca de 400 nombres indígenas* de dioses y otros tantos en la Galia. Esta política de tolerancia religiosa seguida por Roma había tenido sus precedentes en la política de Alejandro Magno y de sus seguidores y antes en la del Imperio Aqueménida. Las religiones indígenas, la griega y la romana, se yuxtaponían sensiblemente. Todas las religiones que Roma conoció, salvo la judía, eran politeístas y nacionales, lo que excluía que no se intentaran propagar fuera de los límites del país. Una de las características de la religiosidad antigua fue el sincretismo por el que se tendía a equiparar todos los dioses.

Los cristianos y los judíos, que eran monoteístas y que adoraban al mismo dios y le tributaban culto, eran exclusionistas: no había más dios que el suyo.

Los romanos —al contrario— no tenían escrúpulos en participar en los ritos de otros pueblos; también aceptaban gustosos que los pueblos sometidos rindieran culto a los dioses de Roma, lo que se consideraba una señal de lealtad.

Las conquistas de Roma ampliaron el panteón grecorromano al incorporar muchos dioses de los pueblos vencidos. Muchos teónimos indígenas hispanos de carácter astral, se incorporaron, identificándose

con Júpiter; otros muchos con Marte, principalmente entre los pueblos del Norte de la Península Ibérica. César emparentó a los dioses principales de los galos con los del panteón romano.

En Siria los numerosos Baales, señores de las ciudades, se asimilaron a Júpiter. Ritos y mitos pasaron de las religiones indígenas a la romana y viceversa.

Sin embargo, el Imperio Romano, en época ya avanzada, tendió a un monoteísmo solar que estuvo a punto de alcanzarse con Heliogábalo y con Aureliano. En este caso se trataba del culto al Sol Invicto, traído de Emesa y de Palmira.

Ya Plutarco, a comienzos del siglo II, había profesado un monoteísmo de principio y un politeísmo de hecho, al formular una teología del sincretismo monoteísta y defender que no existían diversos dioses para diferentes pueblos, ni dioses de los pueblos bárbaros y de los griegos, ni de las gentes del sur ó del norte. Creía este autor griego que sólo había una Inteligencia, que reinaba en el mundo y una sola providencia que los gobernaba y unos mismos poderes que actuaban por doquier. Los nombres y las formas de culto se intercambian.

Otro escritor del siglo II, esta vez africano, Apuleyo, en su *Asno de Oro,* expresa magníficamente este monoteísmo unido a un politeísmo, cuando describe a la diosa protagonista de su novela, con las siguientes frases: «Madre de la naturaleza entera, dueña de todos los elementos, origen y principio de los siglos, divinidad suprema, reina de los Manes, primera entre los habitantes del cielo, prototipo etniforme de los dioses y de las diosas... Poder único, el mundo entero me venera bajo numerosas formas, bajo ritos diversos, bajo múltiples nombres.

Los frigios que fueron los primeros que nacieron entre los hombres, me llaman la Madre de los dioses, diosa de Pesinunte; los atenienses Minerva Cecropia; los pueblos que ilumina el sol con sus rayos al salir; los etíopes y los egipcios, famosos por la antigüedad de su saber, me honran con un culto que me es propio y me llaman por mi verdadero nombre, la reina Isis.»

Este texto indica claramente la ambivalente situación religiosa del Imperio. Por un lado se afirma un politeismo sincrético, mientras por otro un monoteísmo.

3.1. Cultos mistéricos

En la confrontación del cristianismo con la religiosidad pagana, los cultos mistéricos desempeñaron un papel de primer plano. Los cultos mistéricos eran de origen oriental, siendo muchos de ellos bien conocidos en Grecia antes de la aparición del cristianismo. Eran muy variados

entre sí, pero todos liberaban a los iniciados de las potencias cósmicas, del destino y de la muerte.

El iniciado en estos cultos se imaginaba la vida de ultratumba en compañía de la divinidad; de hecho, los cultos mistéricos se dirigían —a diferencia de la religión romana oficial— siempre al individuo. La salvación se garantizaba mediante dos ritos. Uno era de iniciación —se realizaba una sola vez— y consistía generalmente en un lavatorio o rito de purificación que permitía participar en un segundo rito y principal, cuyo fin era la deificación del iniciado. Ello se conseguía mediante el cumplimiento de ciertas acciones sagradas, la comunión de fórmulas culturales y la exhibición de símbolos.

En todos los misterios existía una catequesis, al igual que en el cristianismo. Junto a los ritos privados, existían otros públicos en los que la música, la danza y la flagelación desempeñaban un papel importante. Así, en los de Cibeles, Atargatis o Elagabal.

Todas las divinidades mistéricas eran, en origen, de carácter agrario. La vida, la pasión, la muerte y resurrección del dios no hacían sino traducir el ciclo de la vegetación. Ningún dios mistérico fue un personaje histórico.

Los cultos mistéricos no elaboraron una teología uniforme, debido a sus diferentes orígenes. En algunos de ellos, como en los de los dioses sirios Atargatis o Elagabal, en el de la diosa anatólica Cibeles o en el del tracio Dioniso, había rituales obscenos que chocaron con la mentalidad grecorromana.

Entre los iniciados no se estableció ninguna diferencia, ni por su origen geográfico, ni por su riqueza o estrato social, ni por su cultura. Todas las gentes eran admitidas en pie de igualdad, como también sucedió en el cristianismo. Una persona podía iniciarse en varios misterios a la vez.

Sobre los cultos mistéricos estamos, en general, mal informados, debido al cumplimiento del precepto de no desvelar los rituales. Los monumentos conocidos de estos cultos son muchos, pero a veces difíciles de interpretar.

3.2. Religiones mistéricas y cristianismo

Los escritores cristianos, Justino, Tertuliano, Clemente de Alejandría, Minucio Félix, etc., fueron conscientes del notable parentesco entre ciertos cultos mistéricos y el cristianismo.

Justino, en su *Apología* (66), afirma que la eucaristía fue imitada en los misterios de Mitra por perversos demonios. En el culto de Atis, tras el bautismo de la sangre de toro que recibía el neófito, asimilada a la

sangre del mismo Atis, se celebraba el rito del banquete sagrado. No se trata de un banquete comunitario; al parecer, el banquete sagrado tenía como objeto comunicar a los fieles por el alimento, la sustancia del dios. Se trata de un rito de comunión que unía a los fieles entre sí, con la divinidad salvadora.

Las analogías entre los cultos mistéricos y el cristianismo son evidentes, pero las diferencias también son notables. La doctrina paulina de la salvación por la asimilación del creyente a Cristo es difícil de interpretar sin el influjo de las religiones mistéricas.

Ningún dios mistérico fue un personaje histórico, como lo fue Cristo. Las religiones mistéricas, en origen, eran siempre de carácter agrario y el cristianismo no posee este carácter. Los dioses mistéricos mueren víctimas de la fatalidad: su muerte y su resurrección traducen el ciclo de la vegetación. La muerte de los dioses mistéricos carece de alcance cósmico, al contrario de la muerte de Cristo, según el criterio de Pablo. Su muerte no es redentora, pues no pretendían redimir al mundo, ni al individuo. Su muerte era accidental y no respondía a un plan salvífico planeado por Dios.

La idea, tan querida a Pablo, de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, es ajena a las religiones mistéricas.

Recientemente, se considera que las religiones mistéricas no pudieron influir en el cristianismo, sino más bien al revés, pues el auge de estas religiones es posterior a la aparición del cristianismo; sí se puede afirmar que el cristianismo es una religión sincretística y mistérica.

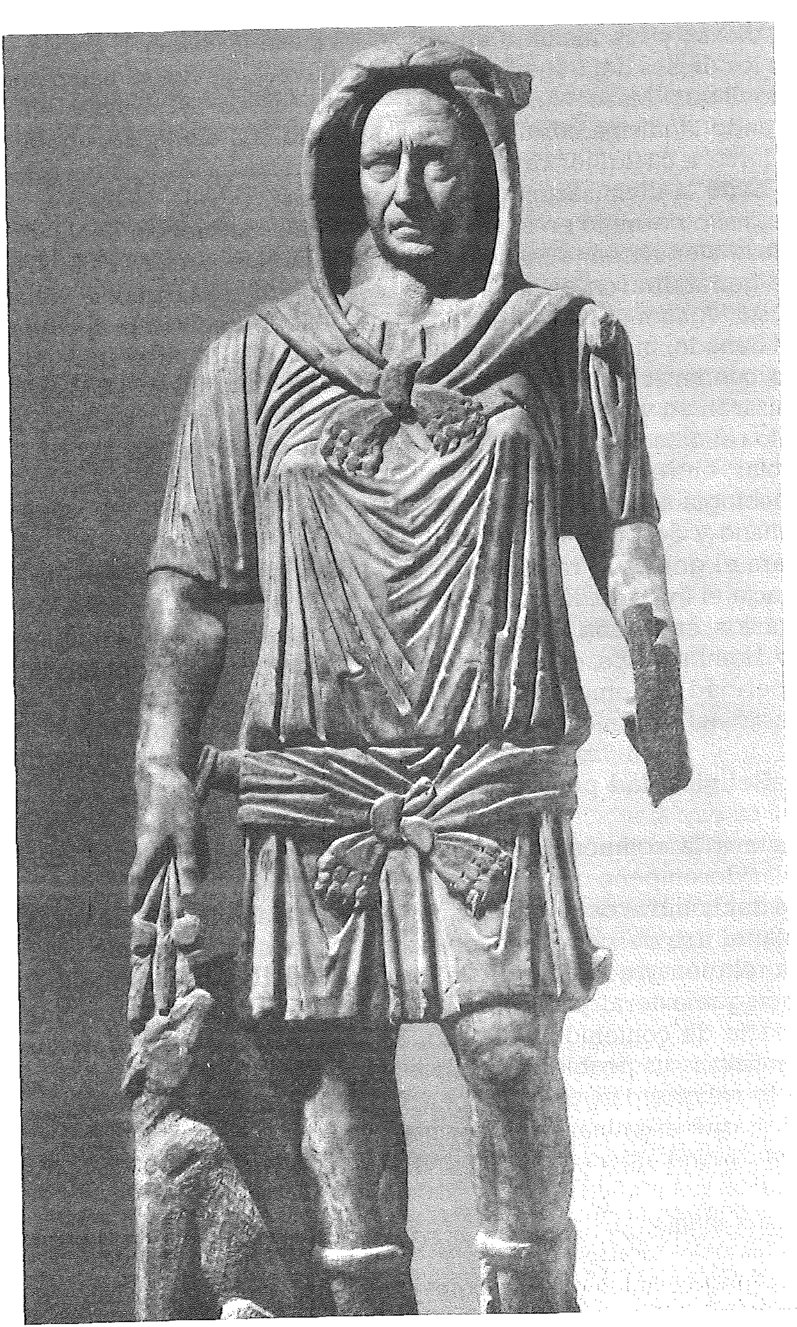
3.3. Culto al emperador

El culto al emperador fue también uno de los grandes puntos de fricción entre Roma y el cristianismo. Este culto arranca del culto a los monarcas helenísticos; ya Alejandro recibía en vida honores divinos y los sacerdotes del oráculo de Siwah, en el norte de Africa, le proclamaron hijo de Zeus Ammón. Los monarcas lágidas eran dioses salvadores en vida.

Demetrio Poliorcetes y su padre Antigono fueron divinizados en vida por los atenienses en el año 291-290 a. de C., al igual que lo fue el general espartano Licurgo, el vencedor de Atenas, en el año 404.

Tales son los precedentes del culto a los emperadores, a los que no parece que fuera ajena la *devotio iberica*, por la que se consagraban los antiguos iberos a sus jefes: ya Q. Cecilio Metelo recibió honores divinos de los indígenas en Córdoba, después de sus victorias sobre Sertorio.

En Roma, César aceptó del Senado y del pueblo honores semejantes



Estatua de un iniciado (Museo del Bardo, Túnez).

a los dioses y fue incluido en el año 42 a. de C. como el divino Julio, entre los dioses del Imperio. Su hijo adoptivo, Octavio, se llamó hijo del divino César. Marco Antonio y Cleopatra fueron divinizados en vida, siguiendo la misma costumbre que Augusto; sin embargo, aquel evitó asimilarse a cualquier divinidad. Recibió honores de tipo carismático, pero evitó la divinización propiamente dicha.

Augusto permitió en el año 27 a. de C. la construcción de un templo, en Efeso y en Nicea, a Roma y al divino Julio. Después del año 27 a. de C. se generalizaron en el Oriente los templos dedicados a Roma y a Augusto. A su muerte, en el año 14, el Senado decretó la apoteosis.

El Senado, muerto el emperador, decidía si admitirle entre los dioses ó condenarlo a la *damnatio memoriae*. Calígula y Domiciano se divinizaron en vida. El culto al emperador careció de un genuino sentimiento religioso. Durante el siglo III se desarrolló una verdadera teología solar; entre el emperador y el sol existía una cierta tangencialidad. Esta teología solar, de origen oriental, sirvió de apoyo a los Severos, a Aureliano y después a la tetrarquía.

Para el gobierno romano, el culto imperial era una prueba de lealtad hacia el Imperio. Este se encuentra en la base de las persecuciones contra los cristianos. Los cristianos sólo aceptaban que hubiera un único Hombre-Dios, que era Cristo, aunque rogaban por la salud y prosperidad del emperador y del Imperio.

3.4. Religiosidad popular

Junto a la religión oficial y los cultos mistéricos, la religiosidad popular desempeño un papel de primer orden en las apetencias espirituales del hombre del Imperio Romano. Se desarrolló mucho la religión popular al irse descomponiendo poco a poco, según avanzaba el Imperio, la religión grecorromana del estado-ciudad; ésta era ante todo una religión que exteriorizaba sus ritos pero que cada vez era considerada más vacía de contenido religioso. El hombre buscaba religiones que solucionaran sus problemas diarios y su salvación eterna.

A la religiosidad popular pertenecen la magia, la astrología y la mántica, que examinaremos por separado.

3.4.1. La magia

Los giegos, antes que los romanos, se entregaron con frecuencia a prácticas mágicas, según testimonian Platón (en sus *Leyes*, X, 909 B; XI, 933 A) y Teofrasto (en sus *Caracteres*, XVI).

La magia reposaba sobre dos pilares: la creencia en la existencia de los démones y la creencia en el proceso de simpatía. Platón, en su *Simposio* (202 D) describe la función mediadora de los démones entre los dioses y los hombres. Su discípulo, Jenócrates, distinguió por vez primera los *daímones* buenos de los malos. El estoicismo y el neoplatonismo aceptaron esta teoría sobre los démones que no tardó en pasar a las creencias populares romanas.

En el cosmos existía una recíproca simpatía o antipatía mediante la cual los hombres y démones sufrían un continuo influjo mágico; de aquí la tendencia a examinar continuamente las simpatías y antipatías entre las estrellas, la flora y los hombres, como expone Plinio en su *Historia Natural*. El mago conocía perfectamente el medio simpático apropiado para cada caso determinado. Era frecuente que se emplearan como *medium* ciertos materiales obtenidos del reino mineral, animal o vegetal, e incluso varios al tiempo; también la elaboración de bebedizos, ungüentos, sahumerios, etc. El médico Galeno menciona una obra de Panfilo (que constaba de seis libros) sobre plantas mágicas con sus correspondientes acciones y rituales mágicos.

Se conoce también la existencia de una literatura sobre las propiedades mágicas de las piedras preciosas. Entre los minerales se empleaba preferentemente el plomo, el hierro y el cobre. Cada planeta tenía asignado un metal particular.

Para conjurar las almas de los muertos se empleaban las uñas, los cabellos y todo lo que estuvo en contacto con el difunto.

La voz humana jugaba un papel importante en el encantamiento a éste, que tenía una forma determinada y una súplica, a la que se sometían los démones, que eran esclavos de los magos, según Clemente de Alejandría.

Después de la acción mágica se seguía un nuevo *medium* mágico, obtenido con estatuillas y figuras mágicas, dentro de las cuales se encontraba el *daimon*. Estas imágenes protegían el país, el templo, la ciudad y el individuo. Nerón llevaba consigo siempre una imagen de la diosa siria, que le profetizaba el futuro.

Las tablillas de maldición depositadas en los seplucros, de los que Hispania ofrece una buena colección, y los amuletos, generalmente de figuras egipcias, son otros recursos mágicos muy empleados.

La acción mágica estaba bien regulada. El mago debía cumplir ciertos preceptos de abstinencia y de pureza. El lugar y el tiempo empleado también quedaban fijados. El acto mágico se subdividía en cuatro partes: invocación, ofrenda, acción y despedida.

3.4.2. Astrología

A partir de Alejandro Magno la astrología desplazó progresivamente a la fe en los dioses y la creencia en los oráculos.

El astrónomo Hiparco de Nicea demostró, según Plinio (*NH*, II, 95), que las estrellas estaban relacionadas con los hombres y que las almas formaban parte del cielo. Pero a la larga los planetas y el zodiaco terminaron acaparando la astrología; a cada astro se le asignó un determinado animal, ciertas plantas, varios espacios de la tierra, determinadas partes del cuerpo humano, etc.

Los astrólogos orientales —que se sentían verdaderos sacerdotes— recorrieron las ciudades del Imperio con sus amuletos, predicciones y profecías, siendo particularmente consultads por las emperatrices y las mujeres de la clase alta.

Muchos emperadores, como Augusto, Tiberio, Nerón, Domiciano y otros más hasta Constantino, renovaron el edicto de expulsión de los astrólogos de la ciudad de Roma, promulgando en el año 138 a. de C. por el pretor Cornelio Hirpalo. Paradójicamente algunos de ellos, como Nerón, se apoyaron frecuentemente en predicciones astrológicas.

La astrología creó una nueva imagen del mundo cambiando el carácter del panteón grecorromano al asimilar los dioses a los astros, lo que llevó al fortalecimiento del culto solar.

3.4.3. La adivinación

En origen, la adivinación o mántica, fue un don de los dioses otorgado a ciertos hombres. Así, el don de los oráculos residía sólo en determinadas familias videntes o en ciertas castas sacerdotales que debían abstenerse del trato sexual y de ciertos manjares, así como cumplir determinados preceptos que favorecían el sueño nocturno y el estado agónico. Generalmente pronunciaban sus oráculos en las inmediaciones de cráteres, fosas o fuentes.

Grecia contó desde antiguo con famosos oráculos, como los de Dodona en el Epiro, consagrado a Zeus, el de Delfos, dedicado a Apolo o el de Claros, en Colofón, también construido en honor al dios Apolo. En este santuario, el sacerdote descendía a un antro, bebía agua y respondía a las consultas.

Durante la época imperial los antiguos oráculos de Apolo (Dídima, Delfos), los de Baal en Heliópolis y Hierápolis y el de Zeus Ammon en *Siwah*, decayeron, perdiendo su importancia. Al perderse la confianza en los oráculos creció el prestigio de las colecciones oraculares escri-

tas que acabaron constituyendo un medio de propaganda religiosa y política.

A este grupo pertenecen los libros sibilinos y los juedocristianos, redactados a partir del siglo II y que anunciaban la caída de Roma. Los oráculos caldeos remontaban al adivino Juliano, contemporáneo de Marco Aurelio y, posteriormente, fueron considerados como una «biblia» de los filósofos neoplatónicos. Porfirio (*VP*, 23) cuenta de su maestro Plotino que en nueve años tuvo éxtasis en cuatro ocasiones; el propio Porfirio también tuvo uno.

La mántica onírica estaba muy extendida; a ella le dedica Plutarco un tratado y Artemidoro de Efeso escribió en el siglo II d. de C. una obra que comprendía colecciones de sueños con su correspondiente interpretación.

Junto a esta mántica inmediata y natural, existió otra —llamada artificial— basada en la observación de signos del mundo exterior.

3.5. *Los taumaturgos*

Durante el Imperio se creyó en la existencia de hombres divinos con dotes maravillosas, que podían ser profetas, magos, adivinos, maestros de ritos expiatorios, etc.

El varón divino más importante de época imperial fue Apolonio de Tiana, contemporáneo de Pablo, cuya vida escribió Filóstrato por encargo de la emperatriz Julia Domna. Se le igualó a Pitágoras y Empédocles. Modernamente se le ha comparado con Cristo, sin mucho o ningún fundamento, salvo que ambos hacían milagros. Fue considerado mago y hechicero. Siguió la filosofía neopitagórica y también asimiló la filosofía de los gimnosofistas y de los brahmanes de la India.

Se creía que Apolonio poseía un conocimiento y saber semejante al de los dioses. Se interesó por sanear el culto. Predicaba la abstinencia sexual. Era profeta y curaba a todos los enfermos y resucitaba a los muertos y expulsaba a los demonios. Fue perseguido por Domiciano, pero desapareció misteriosamente para aparecer en Dicearquía. Penetró, finalmente en *Puteoli* (Campania), en un templo y subió a los cielos.

Un segundo taumaturgo, muy famoso, fue Alejandro de Abonuticos, considerado como vicioso y embaucador por Luciano de Samosata; fundó en el siglo II, en su ciudad, el culto al dios serpiente Glicón, del que obtenía oráculos. Alejandro era sólo un mediador entre el dios y el devoto; los exégetas explicaban sus respuestas. En el templo del dios Glicón trabajaban sacristanes que cantaban himnos en honor de su dios. Los apóstoles propagaban el culto: los oráculos costaban un drac-

ma y dos óbolos a los fieles. Los devotos eran numerosos, al igual que cuantiosos los ingresos.

3.5.1. Estatuas curadoras

En época imperial estaba extendida la creencia de que las imágenes podían curar. Así, el Apolo de Claros comunicó a los embajadores de las ciudades que sufrían la peste en el siglo II d. de C., que debían colocar imágenes del dios en ellas.

Las estatuas de los héroes producían los mismos efectos, como indica Luciano de Samosata en el caso del general corintio Pelico; según este escritor, la imagen del *Hieros Iatros* sanaba también a los fieles, como igualmente ocurría con la estatua del héroe Protesilao. Según el apologista Atenágoras, la estatua de Nerilino daba oráculos y curaba a los enfermos en la Troade. Atenágoras compara a Nerilino con Peregrino Proteo y con Alejandro de Abonuticos.

La actuación de los taumaturgos y de las estatuas sanadoras da idea del clima espiritual de la gente de época imperial contra el que combatió el cristianismo.

La Iglesia se opuso a estas formas alienantes de religiosidad; baste recordar que ya en la *Didaché* se prohíbe tajantemente la magia y la hechicería. *Los Hechos de Pedro*, compuestos hacia el año 190, presentan a Pedro, en lucha contra el mago Simón, que confundía a los cristianos con sus aparentes milagros y que murió al intentar elevarse desde el foro de Roma al cielo. El apologísta Taciano consideraba la astrología como una invención de los demonios.

3.6. Principales doctrinas filosóficas

Varias de las escuelas filosóficas del momento ejercieron cierta influencia sobre el pensamiento cristiano: el epicureismo, el estoicismo y el platonismo.

3.6.1. El Epicureismo

Epicuro de Samos (298-270 a. de C.) fue uno de los grandes pensadores del helenismo, siendo considerado un liberador de la religión y de los temores de la vida. Epicuro no negó, sin embargo, la existencia de los dioses, sino la idea de providencia. Su sistema filosófico partió

del materialismo de Demócrito: sólo existe la materia compuesta de átomos de cuyo movimiento se originó el universo; el alma es también una combinación de átomos y desaparece con la muerte.

Dentro del sistema de Epicuro es importante su concepción del placer como meta de la vida; este placer es entendido como ausencia de cualquier disgusto.

Un sistema tan materialista no podía influir en el cristianismo; sin embargo, ambos tenían un punto de contacto: su oposición a la magia. La masa pagana consideraba como movimientos similares a los cristianos y a los epicúreos, según nos dice Luciano.

Orígenes (298-265 d. de C.) en su tratado *Sobre la naturaleza* refuta la filosofía de Epicuro y el apologista Lactancio en su escrito *Sobre la Obra de Dios* censura que Epicuro negase la idea de providencia.

3.6.2. El Estoicismo

Zenón de *Kition*, en Chipre (333-262 a. de C.), fue el fundador del estoicismo, que recibió el nombre del pórtico ateniense, donde compartía el maestro sus enseñanzas, la *stoa poikile*. El estoicismo es una de las construcciones de pensamiento más formidables que han aparecido a lo largo de los siglos.

La filosofía estoica sufrió transformaciones profundas. Se mantuvo como norma ética para gran número de hombres de todas las épocas. Creó una determinada imagen del hombre y un estilo de vida. Zenón se propuso interpretar y superar el mundo; la interpretación la encontró no en los principios de los atomistas, como Epicuro, sino en la teoría del *Logos*, que operaba en el mundo y en el hombre.

Era la causa primera divina, con lo que Dios era accesible al conocimiento humano. Existía una profunda conexión entre Dios, el hombre y el mundo. De este modo se fundamentaba también la responsabilidad del hombre en el mundo.

El fin de la filosofía era seguir al *Logos;* en el hombre y fuera de él rige el mismo *Logos,* idea ya expuesta por Heráclito. Sólo el *Logos* unía el microcosmo y sólo él convertía al hombre en un todo ordenado, con finalidad en consonancia con la razón cósmica. El hombre era un microcosmo hecho a imagen del macrocosmo. El ideal que el estoicismo proponía al individuo era vivir según la naturaleza. El sistema estoico era panteista, materialista e inmanente, pues la filosofía estoica, como la epicúrea, era totalmente materialista.

La teoría estoica del conocimiento era sensualista; el *Logos* era el creador de todas las cosas. La teoría cristiana del *Logos,* identificado con Cristo, dios encarnado, difería considerablemente de la estoica en

este punto, dado que los estoicos nunca concibieron un *Logos* que se encarnase y sufriera.

El mundo de los estoicos estaba determinado por un *Logos* unitario, ordenado y eterno, sometido a corrupción. El hombre tenía —según la concepción estoica del mundo— una total libertad en el obrar.

Posidonio de Apamea (135-50 a. de C.) renovó profundamente el sistema de Zenón, influyendo poderosamente sobre paganos y cristianos. Para este vigoroso pensador, la sabiduría es el conocimiento de las cosas divinas y humanas y sus causas. El mundo estaba compuesto de espíritu y de materia. El alma, según Posidonio, era preexistente.

La ética ocupó un lugar preferente en la filosofía estoica. Su finalidad era señalar el camino que conducía a la paz interior. Precisamente fue la ética estoica la que más influyó en el cristianismo, lo que hizo decir a Tertuliano que Séneca, el filósofo, era uno de los nuestros, de los cristianos.

La ética cristiana expresada en las cartas del *Nuevo Testamento* ofrece semejanzas muy vecinas a la ética estoica.

El apologista romano Minucio Félix en lo referente a la ética presenta muchos puntos de contacto con los ideales de la filosofía estoica.

La idea estoica de providencia influyó en la literatura judeo-alejandrina, *Sabiduría III* y *IV Macabeos,* en Filón de Alejandría, en Josefo y en los primeros apologistas cristianos. Otro punto de contacto entre cristianos y estoicos fue el cosmopolitismo filantrópico estoico. Los estoicos, como los cristianos, eran ciudadanos del mundo. Los estoicos eran partidarios, al igual que los cristianos, de la más absoluta igualdad del género humano: no existían diferencias sociales, ni geográficas, ni culturales.

El filósofo antiguo más parecido a Cristo fue, precisamente, un estoico: el esclavo frigio Epicteto (50-130), defensor de la libertad.

3.6.3. El Platonismo

El influjo del llamado platonismo medio (50 a. de C.-250 d. de C.) sobre el cristianismo fue grande. Filósofos platónicos de estos años fueron Albino de Pérgamo, Apuleyo de Madaura, Filón de Alejandría, Plutarco y Ammonio Saccas.

Con Plotino (205-270) hizo su aparición un sistema de lo trascendente totalmente elaborado; la filosofía se convirtió en teología. Dios es la única causa del ser, de la existencia del espíritu y de todas las cosas. El alma confiere vida a los cuerpos, a los hombres, a las plantas y a los animales y el alma cósmica al universo. Las almas individuales descienden al mundo corpóreo para cumplir la misión encomendada por la

voluntad divina, pero corren el peligro de morir en la atadura de la materia. El pensamiento de Plotino está, en algunos aspectos, cerca de las corrientes gnósticas y del cristianismo.

Ya el apologista Justino señaló que la filosofía de Platón presentaba muchos puntos de contacto con la doctrina de Cristo. Sin embargo, hubo otros puntos de fricción. Platón defendió la preexistencia y la transmigración de las almas, teoría adoptada por Orígenes, lo que le causó su condena. Tertuliano, en su tratado *Sobre el alma*, refutó las ideas de Platón sobre este particular. Igual hizo, algo después, el apologista africano Arnobio en su *Contra las naciones*.

Las ideas sobre el Universo de Platón fueron igualmente rechazadas por Hipólito de Roma. Arnobio, por el contrario, no aceptó —implícitamente— la doctrina bíblica de la creación del Universo, admitiendo como doctrina de Cristo el mito de Platón en el *Timeo*.

La escuela cristiana de Alejandría tuvo preferencia por la filosofía de Platón, como lo prueba el *Pedagogo* de Clemente de Alejandría con sus frecuentes citas de los tratados morales de Platón o de Plutarco. Su discípulo, Orígenes, acusa en el *Contra Celso* las influencias de Platón al sostener la tesis platónica de que la meta del Estado no es el aumento del poder, sino la expansión de la civilización y de la cultura.

De raíz platónica es también la teoría de Orígenes, expuesta en su Tratado *Sobre los Principios*, de que antes de este mundo existían otros, de la misma forma que al presente sucederán otros mundos en sucesión ilimitada.

El más firme adversario de Orígenes, Metodio, obispo de Licia, mártir en el año 311, asiduo lector de Platón, concibió su obra titulada el *Banquete*, como réplica cristiana al tratado del gran filósofo ateniense.

Los santos padres no hicieron pues sino verter el dogma cristiano en moldes platónicos dando una visión platónica a un dogma semita.

Junto al influjo de estas corrientes filosóficas en el cristianismo primitivo, el judío Filón de Alejandría, que vivió en época julio-claudia, también impactó en el pensamiento cristiano. Clemente de Alejandría leyó frecuentemente sus obras que se encontraban en la biblioteca de Cesarea.

Filón pretendió hacer asequible a la intelectualidad pagana la revelación bíblica, sirviéndose para ello de la filosofía de Platón. Para explicar el *Antiguo Testamento* utilizó mucho el comentario alegórico, método que después emplearían los Santos Padres en la interpretación de las *Sagradas Escrituras*.

Es importante su teoría del *logos, sofía ó dynamis*, en la que habla de la fuerza de Dios ó del *Logos* como una nueva propiedad divina. En algunos escritos los designa como intermediarios entre el Creador y la creación; al *Logos* refirieron los judíos alejandrinos algunas angelolo-

gías y teofanías del Antiguo Testamento: el *Logos* es alma y cabeza del mundo.

Filón, partiendo de ideas platónicas y aristotélicas, creó una ética de signo teológico en la que admitió la libertad de acción del hombre, capaz de obrar el mal y el bien. En Filón hay una doctrina de la gracia divina y encontramos también en su obra el tema del perdón de los pecados. Admite Filón que ningún hombre está exento de pecado a causa de su imperfección, advirtiendo que la purificación del alma se logra mediante una piedad renovada.

Filón proclamó la misión ecuménica de Israel; los judíos forman el único pueblo que adoró al verdadero Dios. Una concepción nueva de Filón es hacer incompatibles el judaísmo con la doctrina de la deificación de carácter mistérico, al referirse a los acontecimientos del Sinaí.

Detrás de las interpretaciones pneumáticas del judaísmo, del *Nuevo Testamento,* de alguno de los Padres Apostólicos, de las corrientes gnósticas incipientes y de Clemente de Alejandría, se perciben claramente las interpretaciones de los escritos de Filón.

3.7. El ataque pagano al cristianismo: opinión pública sobre los cristianos

En principio, la oposición al cristianismo naciente se confundía con la animadversión a los judíos. El historiador Tácito es un buen exponente del antijudaísmo de la sociedad romana.

Para la masa pagana del siglo I, el cristianismo era una nueva secta de la superstición judaica. La Iglesia se presentó como el nuevo Israel, separándose pronto de la sinagoga y organizándose sobre una base autónoma e independiente. Ya Pablo —con su teoría de la liquidación del cumplimiento de la Ley— abrió una fosa entre cristianismo y judaísmo. Desde el primer momento encontró una fuerte oposición a la predicación cristiana entre los judíos, por todas partes donde iba.

El anticristianismo se extendió rápidamente entre las masas populares y la población cultivada, como variante del judaísmo, con la particularidad de que carecía del estatuto jurídico, que favorecía a los judíos. Muchas de las acusaciones paganas a los judíos se aplicaban a los cristianos, a las que seguían otras específicamente anticristianas. La esperanza mesiánica, que no fue muy fuerte en la diáspora judía, no parece que desempeñara papel alguno; después de la revuelta judía de Bar Cochba, durante el gobierno del emperador Hadriano, desapareció.

A la postura anticristiana de los paganos contribuyó la actitud cristiana ante el mundo, que estaba condenado a desaparecer y dominado

por el mal. Ya desde el principio del cristianismo, a finales del siglo I, los cristianos consideraban a Roma, tal como aparece en el *Apocalipsis* de Juan, como «la gran ramera», cuyos días estaban contados.

Por otra parte, Pablo esperaba la llegada del reino de Dios durante su vida, como escribe en la carta a los tesalonicenses. Esta esperanza se esfumó pronto, aunque después, en el siglo II, brotó con brío entre los montanistas.

Para los romanos la falta más grave que se podía cometer, era abandonar los ritos de los antepasados, la costumbre de los mayores, los dioses que habían creado la grandeza del imperio romano.

Magníficamente ha señalado Dión Casio (*Hist.* L. II 36), en época de los Severos, las líneas generales de la política religiosa de todos los emperadores romanos: «Venera la divinidad sobre todo, conforme a la costumbre de la patria, y obliga a los otros a hacer lo mismo. Odia y castiga a los partidarios de dioses extranjeros, no sólo por respeto a tus propios dioses, sino porque los que introducen dioses nuevos, propagan y difunden las costumbres extranjeras, lo que conduce a conjuraciones, coaliciones, a asociaciones y a choques que no convienen a la monarquía. No permitas a nadie hacer profesión de ateísmo o de magia».

Los cristianos precisamente arruinaban la religión de los mayores. El Dios que predicaban era exclusivista, extranjero y de última hora; los cristianos hacían peligrar el orden establecido: son unos conspiradores contra el Estado Romano.

3.8. Juicio de los escritores paganos sobre los cristianos

Tácito ha dado un juicio muy negativo sobre los cristianos del siglo I, opinión que representa a las clases cultas de la sociedad romana y a la masa indocta del siglo I. Según el gran historiador romano los cristianos eran aborrecidos por sus infamias y su perniciosa superstición.

Otros escritores latinos confirman el juicio negativo de Tácito sobre los cristianos. Así, Suetonio, en el siglo II, califica al cristianismo de «superstición nueva y maléfica», Plinio el Joven de «superstición perversa y desmedida» y Minucio Félix de «superstición vana y de locos».

Un párrafo del *Octavio* de Minucio Félix merece copiarse íntegramente, pues recoge bien la opinión pagana sobre los cristianos: «¿Cómo se pueden ver, sin lamentarse, los ataques contra los dioses de esta facción miserable, ilícita y fanática? Son gentes ignorantes, crédulas y conjuradas. En reuniones nocturnas, después de ayunos solemnes, después de una comida contraria a la naturaleza se ligan no con un jura-

mento, sino con un sacrificio. Se reconocen por algunos signos y se aman aún antes de conocerse. Se unen entre ellos por una religión de malvados. Se llaman todos, unos a otros, hermanos y hermanas... Se dice que adoran la cabeza de una bestia inmunda (asno). ¡Bella religión, digna de ellos!... Sus ritos de iniciación son los más detestables que se conocen. Un niño, cubierto de harina para impresionar a la gente no prevenida, se presenta a los iniciados que, no viendo más que una masa enharinada y creyendo que sus golpes son inofensivos, le golpea y le mata. Después, los criminales beben ávidamente su sangre, uniéndose por este sacrificio y obligándose mutuamente al silencio por la complejidad del crimen... Los días de fiesta se reúnen para celebrar un banquete en compañía de todos sus hijos, hermanos, madres y gente de todo sexo y edad. Después de haber comido en abundancia, cuando el festín está más animado y la borrachera ilumina las pasiones incestuosas...» (*Oct.* VIII, 3-IX, 6).

El escritor cristiano reúne en este párrafo todas las patrañas que aún en el siglo III corrían sobre los suyos. Cecilio —uno de los personajes de su obra— comienza acusando a los cristianos de gente ignorante y sin cultura, alusión a la ínfima situación social de los cristianos primitivos que reclutaban sus adeptos —no exclusivamente pero sí en gran medida— entre el subproletariado urbano. Cecilio ha oído hablar del ayuno de los cristianos y de la nocturnidad de sus ceremonias culturales. También conoce el protagonista de *Octavio* el amor sin distinción de personas, entre los cristianos, que se llaman entre sí hermanos y hermanas, lo que el personaje interpreta en un sentido literal. De este modo transforma el amor cristiano en un amor incestuoso que tiene como escenario las reuniones culturales que se imagina orgiásticas, como en los cultos dionisíacos.

Este personaje pagano es un excéptico en materia de religión. Minucio Félix pone en boca suya las siguientes palabras: «En esta certeza de cosas lo mejor es aceptar la enseñanza de los antepasados: honrar las creencias religiosas tradicionales, adorar humildemente a los dioses y, sobre todo, antes de conocerlos, temerlos». Cecilio tiene serias dudas sobre la actuación de la providencia en el mundo, defendiendo —como hará Celso— la vieja religión por razones políticas y patrióticas y no religiosas.

El episodio del sacrificio del niño, en el que los cristianos beben la sangre, alude claramente a la eucaristía. El culto al asno ha sido atribuido tanto a los judíos como a los cristianos; Tácito, por ejemplo, alude en sus *Historias* a la adoración de la cabeza de asno entre los judíos. El famoso grafito hallado en el monte Palatino, en Roma, que representa a un hombre adorando a un crucificado con cabeza de asno, se ha puesto en relación con la secta gnóstica de los setienos que representaban al

dios egipcio Seth-Tifon con cabeza de asno; sin embargo, es más probable que se trate de una alusión burlona a Cristo. La representación de Cristo con figura de asno está atestiguada por Tertuliano quien cuenta que un judío de Cartago, apóstata del cristianismo, representó una caricatura de Cristo con orejas de asno con la siguiente inscripción: «Onocoetes, el dios de los cristianos».

Las dos calumnias más frecuentes contra los cristianos fueron el incesto y los banquetes, junto a la acusación de practicar costumbres extranjeras y ser responsables de alta traición. Tertuliano recuerda otras falsedades más, como que adoraban la cruz, el sol y los genitales de sus sacerdotes; falsedades tales circulaban entre la gente culta, pues, Minucio Félix, preceptor del emperador Marco Aurelio, así lo señala.

Los cristianos eran también acusados de practicar la magia, pues atraían a su voluntad las tempestades y el hambre y levantaban vientos y tormentas. Para el pagano de Minucio Félix constituyen una «raza huidiza que se esconde a la luz del día».

Durante el siglo II el juicio de los intelectuales paganos hacia los cristianos mejoró algo. Así Luciano, aunque juzga a los cristianos como locos, fanáticos, crédulos, demuestra alguna estima hacia ellos. «Estos desgraciados —escribe este autor en su opúsculo *Sobre la muerte de Peregrino* (XIII)— están convencidos de que son inmortales y de que vivirán eternamente. Desprecian la muerte, que frecuentemente afrontan voluntariamente... Adoran a su sofista crucificado y conforman sus vidas a sus preceptos. Desprecian toda clase de bienes, que los tienen en común. No piden pruebas para creer en su doctrina. Si aparece un impostor, aprovechándose de la situación, se podría enriquecer fácilmente, manejando a esta gente a su antojo».

Luciano alude al comunismo cristiano, del que hay algún dato en los *Hechos de los Apóstoles*, denunciando que cualquier embaucador hábil y descarnado —como Peregrino— podía aprovecharse de su credulidad.

El emperador Marco Aurelio, el último gran representante del estoicismo, considera a los cristianos un peligro para el Estado, no demostrando hacia los mártires ni piedad ni admiración. Sin embargo, el médico Galeno declara propio de los filósofos el género de vida de los cristianos y Porfirio muestra su estima por Orígenes.

3.9. Otras acusaciones contra los cristianos

Los judíos acusaron a Jesús de haber nacido de un adulterio, acusación a la que alude probablemente Juan en su evangelio, y que pasó

después a las acusaciones judías contra los cristianos. Esta acusación está recogida por Celso. Para refutarla los escritores cristianos, como Ireneo, hacia el año 190, el *Evangelio de Santiago;* las *Odas* de Salomón, de comienzos del siglo II; la *Ascensión de Isaías,* de la última década del siglo II, y Orígenes, insistieron en la virginidad de María.

El pagano Cecilio —personaje del *Octavio* de Minucio Félix— se detiene en los aspectos más odiosos de la fe y la vida de los cristianos. El apologista Justino alude a las calumnias y falsas acusaciones contra los cristianos, mencionando concretamente la acusación de ateísmo por no venerar a los dioses de los antepasados.

El apologista Taciano, contemporáneo del anterior, recuerda las acusaciones de inmoralidad y de canibalismo; sin duda, esta última refiriéndose a la eucaristía. La primera también la recoge Teófilo de Antioquía. Un tercer apologista del siglo II, Atenágoras, ateniense de origen, señala que las tres acusaciones principales de los paganos contra los cristianos eran las de ateísmo, canibalismo e incesto edípeo. Insiste Atenágoras en el monoteísmo practicado por los cristianos.

A los cristianos se les acusaba de todas las calamidades que azotaban el Imperio, sobre todo durante la feroz crisis del siglo III. Cipriano, obispo de Cartago en el 252, se vio obligado a defender a los cristianos en su tratado *A Demetriano,* acusados por los paganos de ser los causantes de las guerras, la peste y el hambre. Años antes, el maestro de Cipriano, Tertuliano, defendió a los cristianos de ser los causantes de todas las calamidades. Conocido es su pasaje en el que dice: «Si el Tíber inunda la ciudad o el Nilo no fertiliza los campos, si el cielo está sereno o la tierra sacudida, si hay hambre o epidemia, la primera reacción es: los cristianos a los leones».

Otros dos escritores africanos, Arnobio y Lactancio, tuvieron que hacer los mismo y aún más tarde Agustín, tras el saco de Roma por Alarico en el año 410, en su *Ciudad de Dios.*

3.10. El ataque de los intelectuales al cristianismo

Los panfletos contra los cristianos son escasos en número en los siglos II y III. Se conocen los nombres de algunos oponentes que atacan públicamente de palabra, como el filósofo cínico Crescente, causante de la muerte de Justino.

El panfleto de Frontón se ha perdido; es probable que de él sacase Cecilio sus ataques contra los cristianos. El testimonio del orador Arístides es duro y merece ser recogido:

> «Gentes que no valen nada se atreven a despreciar a Demóstenes, cuando en cada una de sus palabras se encuentra un solecismo. Des-

precian al vecino. Se glorían de la virtud, que no tienen. Predican la abstinencia y están repletos de deseos. Robar es para ellos practicar la comunidad de bienes. A la envidia llaman filosofía y a la pobreza, desprecio de la riqueza. En su avaricia caen bajezas. A la desfachatez llaman libertad, a la malidicencia, franqueza, a recibir dones, humanidad. Unen, como los impíos de Palestina lo impúdico al servilismo. Se han apartado de los griegos o, mejor, de todo lo bueno. Incapaces de cooperar en cualquier fin útil, son maestros cuando se trata de excavar debajo de una casa y de llevar la discordia a la familia. Ninguna palabra suya, ni un pensamiento, ninguna acción suya ha producido jamás fruto. No participan en las fiestas, no honran a los dioses, no se sientan en las curias de las ciudades, no consuelan a los tristes, no ponen paz entre los que se pegan, no hacen bien ni a la juventud, ni a nadie, no van a los discursos; se apartan a los rincones y hablan como los tontos. A pesar de todo esto se atreven a compararse con los mejores de los griegos. Se llaman filósofos, como si el mudar el nombre por sí solo significase algo y tuviera virtud el cambiar un Tersites en un Jacinto o en un Narciso.»

El juicio de Arístides contra los cristianos es demoledor. Les acusa de despreciar la cultura griega y no les reconoce ninguna virtud pues en ellos las virtudes son vicios. Se les ataca por llevar la discordia a la familia en alusión a los problemas internos que provocaban las conversiones en su seno.

Según el apologista Lactancio, muchos autores escribieron panfletos en griego o en latín contra los cristianos; sin embargo, él sólo menciona a Hierocles, cuya obra es conocida también por Eusebio de Cesarea.

Los tres colosos de la lucha intelectual anticristiana fueron Celso, Porfirio y Juliano.

3.10.1. Celso

Celso escribió contra los cristianos el *Discurso Verdadero* hacia el año 177. Sólo muchos años después, dicha obra gozó de difusión y así Orígenes creyó conveniente refutarlo.

Celso era probablemente un agnóstico, si bien en su escrito se presenta como platónico, quiza para atacar mejor a Justino en el campo filósofico que había elegido el apologista. Su ataque contra el cristianismo no tiene tanto una base religiosa como política pues su interés supremo es el Estado.

Aparentemente Celso no admite ningún aspecto bueno y aceptable del cristianismo, que rechaza en bloque. Su obra es un buen exponente del ataque anticristiano de los intelectuales del siglo II; no recurre a las

vulgares calumnias que circulaban entre la masa contra los cristianos, sino que considera al cristianismo como un hijo bastardo del judaísmo con el que es más condescendiente, como también lo serán después Porfirio y Juliano.

Celso, sin embargo, se burla en ocasiones de los judíos, a su juicio un pueblo inculto y sin importancia; se burla de sus instituciones y costumbres, como la circuncisión, tomada, según él, de los egipcios. Critica duramente el antropomorfismo bíblico y la cronología de las *Sagradas Escrituras* con respecto a la historia universal.

Celso no fue nunca cristiano, a diferencia de otros adversarios; sin embargo, es probable que leyera los *Evangelios* y de hecho conoció bien la situación de la Iglesia y sus luchas internas con motivo de la aparición de las sectas gnósticas, que ofrecían al pagano un espectáculo lamentable de división y de feroces pugnas. Está enterado también de la evolución del cristianismo, de la que saca a relucir numerosas incoherencias y contradicciones.

Ataca la figura del fundador que para él no fue sino un mago y un impostor que se hacía partícipe de la naturaleza divina; Jesús, que es un simple hombre, señala sus debilidades y flaquezas, como su temor ante la muerte en el huerto Getsemaní. Opone a su debilidad el coraje y valor de que Apolonio de Tiana dio pruebas ante Domiciano y Epicteto durante la tortura. Celso recoge también la calumnia, probablemente de origen judía, de que Jesús tuvo por padre a un soldado romano.

Celso critica particularmente la creencia en la resurrección de Cristo que se apoya, según su criterio, en el testimonio de una mujer histérica. De igual forma los milagros obrados por Jesús han sido realizados, según él, también por ciertos taumaturgos paganos, lo que sólo demostraría que Cristo tuvo conocimientos especiales de las leyes de la naturaleza. Ciertamente los milagros eran muy frecuentes en la Antigüedad y las gentes tenían un hambre insaciable de ellos sobre todo en los cultos de *Asklepios*, de Isis y de Serapis, en los *Evangelios* y *Hechos de los Apóstoles* ocupan un lugar prominente.

Celso considera al cristianismo un mito antropomórfico; no acepta que el cristianismo sea susceptible de una interpretación racional.

El cristianismo representa una vuelta al ateísmo primitivo de los pueblos salvajes, al carecer de altares, de templos y de imágenes de los dioses. Los cristianos son ateos, al no reconocer a los dioses del Estado Romano. Celso fue el primer intelectual pagano que hizo ver que los cristianos significaban un peligro para el Estado Romano, por la nueva escala de valores que predicaban; por ello, les acusa de subversivos, de intolerantes y de odio al género humano.

La exaltación de la pobreza es una especie de locura. Insiste Celso

en que el cristianismo encuentra sus adeptos entre las clases sociales más bajas y más incultas, lo que nunca negaron los apologistas cristianos. El perdón de los pecados por el rito bautismal es para él una invitación a cometer nuevos pecados. La fe cristiana es irracional.

Sin embargo, en algunos aspectos su pensamiento está muy cerca del cristianismo. Su monoteísmo es más intransigente que el de Orígenes y su concepto de Dios está próximo al de sus adversarios. Aprueba en gran parte la ética de Jesús y la teoría cristiana de que el *Logos* es el hijo de Dios. Su libro es una apelación a los cristianos para que no se desvinculen de ayudar al emperador, para que éste pueda así salvar al Imperio. Es probable que la primera gran crisis del Imperio Romano, originada por la invasión de los cuados y de los marcomanos, sea el telón de fondo del *Discurso Verdadero*.

3.10.2. Porfirio

Fue discípulo de Plotino y de Longino y catecúmeno cristiano. En el año 270 escribió en Sicilia sus 15 libros contra los cristianos, cuya lectura fue prohibida por Constantino, siendo destruídos por el fuego en el siglo V, en tiempos de Valentiniano III y de Teodosio II, aunque se han salvado algunos fragmentos. Cuatro escritores cristianos de primera fila refutaron su obra, Metodio, Eusebio, Apolinar y Filostorgio, lo que prueba que le consideraban un enemigo peligroso.

Otros autores cristianos alaban su inteligencia; Agustín le califica de «filósofo noble, el mayor filósofo de los gentiles, el más docto de los *filósofos, aunque acérrimo enemigo de los cristianos*», y Jerónimo que tenía un temperamento apasionado, le llama «necio, impío, blasfemo, desvergonzado, calumniador de la Iglesia y perro rabioso contra los cristianos».

Porfirio es el fundador de la exégesis bíblica, al defender que el *Pentateuco* no podía remontar a Moisés y que el libro de *Daniel* era de los tiempos de la persecución de Antíoco IV.

Cuando Porfirio publicó su obra contra los cristianos hacia el año 270, la situación era muy diferente de la que vivió Celso. El cristianismo había sufrido dos grandes persecuciones, la de Decio y la de Valeriano, y había visto cómo el emperador Galieno devolvía la paz y los bienes incautados a la Iglesia. El cristianismo era ya una potencia religiosa con la que había que contar.

Después de la escuela de Alejandría, el cristianismo había asimilado la cultura griega. Porfirio era un hombre que había vivido en Roma y había disputado durante muchos años con los gnósticos y con los doctores de la Iglesia.

La crítica de Porfirio al cristianismo es el ataque más demoledor que ha sufrido el cristianismo durante 20 siglos. El ataque a la religión cristiana está hoy día en el mismo punto en que lo dejó Porfirio, quien atacó al cristianismo desde la exégesis bíblica, o sea, desde el interior. Porfirio tenía un conocimiento profundo de los escritos bíblicos: era un intelectual serio y honesto y quería rebatir al adversario punto por punto.

Distingue muy acertadamente entre el Cristo histórico y el Cristo de los evangelios. Manifiesta un gran respeto por el Cristo histórico, mientras considera que los evangelios están llenos de contradicciones y falsean la verdadera figura de Cristo.

Encuentra contradicción entre la huída a Egipto según el evangelio de Mateo y la presentación en el templo, según el relato de Lucas. Porfirio rechaza la teoría de Juan evangelista sobre el *Logos* y afirma que Dios no tiene hijos. Considera un insulto a la divinidad la oposición que se encuentra en el *Cuarto Evangelio* entre la verdad y el error, el bien y el mal, la luz y las tinieblas.

Los milagros de Jesús, según Porfirio, son sencillas invenciones (como el caminar sobre las aguas o los demonios que se precipitan en una piara de cerdos), o no tienen nada de excepcional (como la expulsión de los demonios o la resurrección de los muertos), pues otros taumaturgos también los han hecho: Jesús los hizo por arte de magia.

La figura cristiana sobre la que se centran los ataques de Porfirio es Pablo, al que presenta como un retórico incoherente, falso y bárbaro, enemigo de todo tipo de cultura. Según Porfirio, Pablo rechaza por una parte la circuncisión, mientras por otra se la impone a Timoteo, lo que le hace ser un hombre inconsecuente que se hace pasar por judío ante los judíos y por griego ante los griegos. También es contradictoria, según su opinión, la postura de Pablo ante la ley.

La crítica que Porfirio centra en el carácter histórico del cristianismo prepara la denuncia de los tres errores fundamentales del cristianismo: la doctrina cristiana de la creación del Universo, y las ideas del fin del mundo y de la encarnación.

En otros aspectos Porfirio y la doctrina cristiana están muy próximos y de ello es consciente el escritor. En la época de Porfirio, el cristianismo hacía grandes esfuerzos por asimilar el neoplatonismo. La *Carta* a su madre Marcela, la podía haber escrito cualquier cristiano.

Rechaza la resurrección de Cristo por falta de pruebas, pues está basada en el testimonio de María Magdalena y en el de los Apóstoles, que tomaron sus deseos por realidades.

Atacó —como ya se ha dicho— la idea de la resurrección de los cuerpos burlándose de ella. Los escritores eclesiásticos se vieron obligados continuamente a defender este dogma a lo largo de los siglos.

3.10.3. Juliano

El emperador Juliano recibió una educación cristiana, pero pronto se apartó de esta doctrina religiosa. Escribió tres libros contra los cristianos que fueron quemados por los emperadores que le sucedieron y refutados hacia el 440 por Cirilo de Alejandría, gracias a cuya obra conocemos parte de su contenido; el libro primero se puede reconstruir relativamente bien, mientras del segundo y del tercero sólo se conservan algunos fragmentos.

En su obra, Juliano demuestra conocer bien a los cristianos, siguiendo en muchos aspectos la lucha anticristiana de sus predecesores. Los relatos del *Génesis* los encuentra inmorales, ridículos y casi blasfemos. El decálogo lo considera poco original, dado que se encuentran sus preceptos en la mayor parte de las legislaciones paganas.

Juliano descubre en el cristianismo la negación de todo orden social y gérmenes de anarquía, pues, según él, los cristianos despreciaban toda la escala de valores establecida: no sólo se oponen a la cultura grecorromana sino también a aquellas enseñanzas bíblicas que consideran las riquezas y los honores como una bendición de Dios.

Refuta, basado en la unicidad de Dios, defendida en el *Antiguo Testamento*, la teoría de la divinidad de Cristo; también rechaza la doctrina del diablo.

3.11. Oposición y afinidades entre cristianismo y paganismo

Algunos de los ataques paganos al cristianismo son pueriles o indican una absoluta ignorancia de sus doctrinas y de su espíritu. La crítica de las *Sagradas Escrituras* por parte de Porfirio es, por el contrario, realmente inteligente y se adelanta a la exégesis bíblica moderna.

Los paganos basaban el enfrentamiento con los cristianos en la falta de respeto, por parte de éstos, al *mos maiorum*, es decir, a las costumbres de los antepasados. Los cristianos eran, a su juicio, los únicos que rechazaban la tradición como criterio de verdad. Un texto de las *Homilías pseudo-clementinas* pone de manifiesto el punto de vista de los cristianos al respecto: «No hay que conservar a cualquier precio los usós de los antepasados, sino sólo mantener lo que es conforme a la piedad y arrojar lo que no lo es... Hay una gran diferencia entre la verdad y la costumbre. La verdad, si se la busca sinceramente, se la acaba por descubrir. La costumbre, sea la que sea, reposa sobre la verdad o sobre la mentira y se afirma por ella misma sin reflexión...».

Algunos ataques contra determinados aspectos del cristianismo van directamente también contra los propios paganos, como la crítica de

la encarnación: la mitología estaba plagada de dioses nacidos en la tierra.

En el seno del paganismo había una fuerte oposición entre las creencias de los intelectuales y las de la masa indocta. Tan chocantes como ciertas doctrinas cristianas eran muchos rituales de las religiones mistéricas que también creían en la resurrección. En este sentido el cristianismo estaba mucho más cerca de las religiones mistéricas que la religión grecorromana. Dioses que sufrían, morían y curaban eran bien conocidos en la religión grecorromana; así Heracles, simple mortal, convertido en dios por los dioses olímpicos para premiarle los grandes favores prestados a los hombres.

Otro punto de fricción entre cristianos y paganos fue la creación del universo a partir de la nada. Sin embargo, la teoría platónica de la creación del mundo a partir de una materia eterna preexistente, debida al demiurgo, llenaba en gran medida el abismo entre ambas religiones.

La doctrina eclesiástica de la ascensión del alma a los cielos después de la muerte y la creencia en una beatitud desencarnada hasta la resurrección de los cuerpos pudo ser aceptada también por quienes creían en un inmortalidad astral. Tanto los cristianos como los devotos de Mitra creían en una resurrección universal y en una retribución inmediata.

La oposición entre el monoteísmo judeo-cristiano y el politeísmo romano no era, en la práctica, tan abismal como pudiera parecer, pues el pensamiento religioso pagano tendía hacia un monoteísmo solar en el que los dioses no eran más que encarnaciones o servidores de este dios supremo.

Cristianos y paganos vivían un mismo mundo, poblado de seres sobrenaturales que intervenían continuamente en la vida de los individuos y en el cosmos.

Todos estos datos indican que la oposición entre unos y otros era insalvable, en teoría, pero en la práctica los puntos de contacto eran también numerosos.

4.

Los apologistas cristianos

De la defensa del cristianismo se encargaron los apologistas. La apología es un fenómeno que duró desde el siglo II hasta los comienzos del siglo IV. Dirigen sus escritos a los emperadores o a la gran masa del pueblo romano. Podemos considerarlos los primeros teólogos cristianos al intentar cimentar su fe en Dios. La filosofía griega influyó en su contenido teológico, pero probablemente menos de lo que se ha pretendido.

La forma que los apologistas dan a sus obras es la dialéctica o el diálogo. También escribieron tratados contra los herejes, que se han perdido.

A los apologistas les preocupa más el cristianismo como religión de la verdad que la figura de su fundador. La apología cristiana presupone la más absoluta libertad de cultos.

Los fines que se propusieron los apologistas fueron tres:

a) Defender a la Iglesia de las calumnias y principalmente del ataque de ser ella un peligro para el Estado.

b) Describir el modo sencillo de vida de los cristianos, demostrando así que los cristianos constituían una fuerza de primer orden en la defensa del Estado y del emperador.

c) Demostrar lo absurdo del paganismo y que sólo la religión cristiana tenía una idea exacta de Dios. Ello les obligó a defender el monoteísmo, la divinidad de Cristo y la resurrección de la carne como dogmas fundamentales. El cristianismo poseía la verdad absoluta, mientras la filosofía pagana sólo llegó a una verdad incompleta.

4.1. Apologistas griegos de los siglos II y III

El más antiguo de los apologistas griegos fue Cuadrato de cuya *Apología*, dirigida a Hadriano, no se conserva ningún fragmento. La primera Apología conservada es la de Arístides de Atenas, dedicada a Antonino Pío; en ella se afirma que sólo los cristianos poseen el conocimiento verdadero de Dios, lo que se expone en términos estoicos.

Aristion de Pella fue el primer apologista que defendió el cristianismo contra los judíos, iniciándose a partir de entonces continuos ataques contra este pueblo por parte de la Iglesia. Aún a finales del siglo IV Juan Crisóstomo pronunciará una homilía contra ellos y, ya antes, Tertuliano, Cipriano e Hipólito escribieron diversas obras con idéntico fin.

4.1.1. Justino

Fue el apologista griego más importante, como Tertuliano lo fue entre los latinos. Nació de padres paganos en Nea Neápolis (Palestina), recorriendo varias escuelas filosóficas antes de recalar en el cristianismo. Siguió las enseñanzas de los estoicos, de los peripatéticos, de los pitagóricos y de los platónicos. El desprecio de los cristianos a la muerte contribuyó a su acercamiento definitivo al cristianismo. Su conversión tuvo lugar probablemente en Efeso; allí vistió el palio de los filósofos griegos, transformándose en predicador ambulante. Al llegar a Roma abrió una escuela, la primera cristiana conocida.

Justino se opuso a las doctrinas del filósofo cínico Crescencio, quien le denunció causando su martirio, alrededor del año 165.

De las numerosas obras escritas sólo se conservan sus dos Apologías, una dedicada al emperador Antonino Pío y la segunda al Senado, y un *Diálogo*. Justino fue el primer escritor cristiano que intentó aproximar el cristianismo a la filosofía pagana.

En la primera *Apología* condena los procedimientos judiciales seguidos contra los cristianos y refuta las absurdas acusaciones dirigidas contra ellos. En la segunda se describe la doctrina cristiana, la liturgia eucarística, el rito del bautismo y la vida social de la comunidad cristiana. Al final de su obra recoge un documento de primer orden, promulgado alrededor del 125 por Hadriano, en el que se dictan cuatro normas para un procedimiento judicial más justo contra los cristianos.

En la *Apología* afirma que los demonios imitaron las profecías del *Antiguo Testamento*, aplicándolas a los misterios paganos.

El *Diálogo con Trifón* es la más antigua apología cristiana conservada contra los judíos. Se menciona en él a los profetas para demostrar que la verdad cristiana es anterior a Cristo.

El concepto que Justino tiene de Dios está influenciado por la filosofía platónica: Dios es inefable, creador, y habita en las regiones situadas encima del cielo. El *Logos* lleva al abismo entre Dios y el hombre: Dios se comunica y revela al mundo a través del Logos, que creó el mundo. En las relaciones entre el Padre y el Logos, Justino admitió, como otros apologistas, que el Logos está subordinado al Padre. La teoría del Logos constituye un puente entre la filosofía pagana y el cristianismo. Según Justino no sólo los profetas del Antiguo Testamento, sino los filósofos griegos como Heráclito, Sócrates o el estoico Musonio, vivieron según las enseñanzas del *Logos*.

Justino asienta una idea importante que acorta el foso entre el cristianismo y la filosofía pagana: la de que no existe oposición entre una y otra. Recoge también una idea cara a los cristianos y judíos, a saber: que los filósofos paganos dijeron muchas verdades porque las tomaron del Antiguo Testamento.

Justino admite que la filosofía pagana procede de la misma fuente que el cristianismo; no solamente a través de los griegos y por boca de Sócrates, el Verbo ha dado a conocer la verdad: también los mismos bárbaros han sido iluminados por el Verbo, revestido de carne, hecho hombre y llamado Cristo.

«La sola luz de la razón —dice— es suficiente para conducir a los hombres a la verdad». Los estoicos han establecido una moral justa; los poetas también la han expuesto, ya que la semilla del Verbo es innata a todo el género humano; las enseñanzas de Cristo perfeccionan las de los filósofos.

El apologista cristiano no defiende un eclecticismo filosófico, sino una doctrina que arranca de la revelación bíblica, teñida por la filosofía griega. Presenta la resurrección de la carne en toda su dimensión, justificándola por el poder de Dios y no por los postulados de la filosofía. Justino acepta las opiniones de los filósofos cuando no se oponen a la revelación; así, rechazó la teodicea de los estoicos, su panteísmo, materialismo e inmanentismo, elogiando, por el contrario, su moral. De Platón admite la trascendencia de Dios y su carencia de cuerpo, pero rechaza la idea de la transmigración de las almas.

Por otra parte Justino afirma que todo hombre puede deificarse, convertirse en Dios, teoría que reaparecerá después en Clemente de Alejandría, en Ireneo y en Hipólito de Roma. La deificación arranca de concepciones platónicas. Justino admite también las ideas quiliastas sobre el milenarismo: «Mil años de vida en Jerusalén reconstruida, hermoseada y dilatada».

La concepción milenarista gozó de especial predicamento entre los autores eclesiásticos más diversos. Podemos encontrarla en la epístola a Bernabé, en Ireneo, en Sexto Julio Africano, en Lactancio, etc. A los

milenaristas se dirigen Hipólito de Roma y Tertuliano, lo que da idea de lo extendida que estaba esta creencia entre los fieles cristianos.

4.1.2. Taciano

Fue discípulo de Justino. Era de origen sirio y procedía de una familia pagana. Antes de su conversión al cristianismo se inició en los cultos orientales.

Taciano, a diferencia de Justino, rechazó todo contacto con la filosofía pagana, acusando a las corrientes filosóficas helenísticas de plagiar a Moisés, Platón y a otros filósofos griegos; toda la sabiduría pagana procedía, en su opinión, del *Antiguo Testamento.*

Hacia el 172, después de un viaje al Oriente, fundó la secta de los eucratistas o abstinentes que rechazaban el matrimonio, la comida de carnes y la bebida de vino.

Escribió un *Discurso contra los griegos* y el *Diatessaron* o *Concordia de los Evangelios.* La primera obra constituye un feroz panfleto contra la cultura griega; la religión, la filosofía y las conquistas espirituales de los griegos carecían por él de valor. Así, pues, dentro del cristianismo primitivo discurrieron dos tendencias opuestas: aquellos escritores partidarios de asimilar la cultura griega en lo posible y aquellos otros que la rechazaban. Justino y Taciano constituyen dos buenos ejemplos de una y de otra, aunque no los únicos.

4.1.3. Atenágoras

Atenágoras era ateniense y contemporáneo de Taciano. Dirigió su *Súplica en favor de los cristianos* hacia el año 177 al emperador Marco Aurelio y su hijo Lucio Aurelio Cómmodo con la finalidad de que «cesara el degüello a que nos someten los calumniadores». Ya se ha dicho anteriormente que en esta obra defiende a los cristianos de las acusaciones de ateísmo, canibalismo e incesto.

Atenágoras fue el primer escritor cristiano que intentó una demostración científica del monoteísmo; también defendió, en su tratado *Sobre la resurrección,* dicha doctrina con argumentos de razón.

4.1.4. Teófilo de Alejandría

Nació cerca del Eúfrates y fue obispo de Antioquía de Siria. Escribió muchas obras, pero sólo se conservan sus tres libros del *A Autolico,* redactadas poco después del año 180.

En el primer libro afirmó de la esencia de Dios que sólo se puede

conocer con los ojos del alma. Atacó la idolatría y diferenció el honor debido al emperador de la adoración de Dios. En el segundo, opuso las enseñanzas de los profetas a la necedad de la religión pagana y a las doctrinas contradictorias de los poetas, como Homero y Hesíodo. En el libro tercero refutó las calumnias de los paganos, demostrando la superioridad del cristianismo y la antigüedad de la doctrina cristiana.

Teófilo es el primer escritor cristiano que utilizó la palabra Trinidad para expresar la unión de las tres personas divinas en Dios.

4.1.5. La Carta a Diogneto

Este documento se debió escribir a comienzos del siglo III y es de autor anónimo, si bien se ha supuesto que fuera obra del apologista Cuadrato.

Describe la superioridad del cristianismo sobre la idolatría de los paganos y el formalismo de los judíos. En esta *Carta* se hace una caracterización de los cristianos muy interesante.

Una de las mejores defensas de los apologistas fue, como hemos indicado, la exposición de la vida sencilla de los cristianos. A este respecto la *Carta* dice así:

> «Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta admirable y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. Se casan como todos; como todos, engendran hijos, pero no exponen los que nacen. Ponen mesa común, pero no lecho. Están en la carne, pero no viven según la carne. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman y de todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. Los vituperan y ellos bendicen. Se les injuria y ellos dan honra. Hacen bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte,

se alegran como si se les diera la vida. Por los judíos se los combate como a extranjeros; por los griegos son perseguidos, y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio.

Mas, para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y cristianos hay por todas las ciudades del mundo. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; así los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo.»

4.2. Los apologistas latinos

4.2.1. Minucio Félix

Minucio Félix fue el único apologista cristiano que escribió en Roma y en latín. Su apología lleva el título de *Octavio,* escrito bajo la forma de un diálogo —a imitación de los de Cicerón— entre el abogado Marco Minucio Félix y sus amigos: Octavio, cristiano y Cecilio, pagano. La fecha de esta obra es discutida, pero quizá fue escrita poco después de la *Apología* de Tertuliano, del 197.

Cecilio defiende tres puntos principalmente: *a*) todo es dudoso en los asuntos humanos y la inteligencia del hombre es tan limitada que no se puede alcanzar certeza absoluta; lo mejor, pues, es aceptar la enseñanza de los antepasados. *b*) es intolerable que los cristianos se atrevan a arruinar una religión tan antigua como la pagana; los cristianos son culpables de ateísmo, uniones entre hermanos, culto obsceno. *c*) Las doctrinas cristianas de la resurrección de los cuerpos, la destrucción final del mundo por el fuego y de los premios y castigos eternos son absurdas.

Octavio contraataca aduciendo que todos los hombres son creados y tienen la facultad de razonar, para, a continuación, criticar los mitos y misterios repugnantes del paganismo. La vida pura de los seguidores de Cristo constituye su mejor defensa.

El estilo de esta obra es excelente, de corte ciceroniano. Su autor se inspiró en el *De la naturaleza de los dioses, Sobre la adivinación* y *Sobre la República* de Cicerón. La ética del Octavio está próxima a la moral estoica, al igual que su concepción de Dios. Pero también hay ecos de autores paganos como Homero, Jenofonte, Lucrecio, Horacio, Juvenal, Floro, Marcial, Salustio, Ovidio, Virgilio y Tibulo, mencionando a Platón en varias ocasiones.

El *Octavio* ofrece ciertas analogías con el pensamiento de otros apologistas como Justino, Taciano, Atenágoras o Teófilo. Los dos puntos fundamentales sobre los que gravita la filosofía de la obra son el monoteísmo y la inmortalidad del alma.

4.2.2. Tertuliano

Tertuliano fue el gran apologista africano de lengua latina. Nació de padres paganos hacia el año 155. Fue un excelente abogado y ejerció las leyes en Roma, convirtiéndose al cristianismo hacia el año 193. Tras establecerse en Cartago se hizo sacerdote y escribió numerosas obras de las cuales destaca por su interés su *Apología*. Alrededor del año 207 se pasó al montanismo, muriendo en torno al 220.

Tertuliano tenía un carácter violento y apasionado. Era un buen conocedor de la cultura griega y latina y un polemista nato; a pesar de ser culto, rechazó la cultura: «¿Qué hay en común entre Atenas y Jerusalén —escribe— entre la Academia y la Iglesia, entre los herejes y los cristianos? Nuestra doctrina proviene del pórtico de Salomón, que enseñó que hay que buscar a Dios con simplicidad de corazón. ¡Tanto peor para los que han puesto al día un cristianismo estoico, platónico y dialéctico! No tenemos necesidad de ninguna curiosidad, después de la venida de Cristo, ni de indagar nada, después de la llegada del Evangelio. Después de creer, no tenemos necesidad de otra creencia... ¿Qué parecido hay entre un filósofo y un cristiano, entre un discípulo de Grecia y un discípulo del cielo, entre el que trabaja para la gloria y el que trabaja para la vida, entre el que sólo tiene buenas palabras y el que tiene bellas oraciones, entre el que edifica y el que destruye, entre el corruptor de la verdad y el que la restablece en su pureza?».

Estas expresiones son un tanto exageradas. Tertuliano había recibido una buena educación y reconoce la necesidad de dar una formulación racional a las doctrinas cristianas.

Los escritos apologéticos de Tertuliano son dos: *A los paganos* y su *Apología*. Ambos fueron escritos en el año 197 y tratan los mismos temas.

El primer escrito consta de dos libros. Ataca en ellos el procedimiento jurídico seguido contra los cristianos y refuta las calumnias contra ellos. Critica a fondo las creencias de la religión pagana, principalmente sobre los dioses, que son puras vivencias humanas. Utiliza el *De Rerum Divinarum*, de Varrón.

La *Apología* es una obra más dura que la anterior. Apela a una revelación interior, que es la consciencia humana, anterior a su promulgación. Su argumentación es más jurídica. Está dirigida a los gobernadores de las provincias, a quienes ataca y quiere convencer al mismo tiempo. Según Tertuliano, la ignorancia explica las persecuciones y el odio contra los cristianos. El procedimiento seguido contras ellos es contrario a todas las normas de justicia. Pasa después el autor a tratar de los crímenes secretos y públicos de los que se acusan a los cristianos. Concretamente menciona el infanticidio, alusión a la eucaristía, los

banquetes y el incesto, el desprecio de la religión del Estado y la acusación de alta traición.

Acusa a los paganos de cometer los primeros crímenes. De los dioses paganos afirma que son hombres muertos y que sus imágenes no tienen vida. El Dios de los cristianos es el creador del mundo y el único Dios verdadero, por lo que no es posible acusar a los cristianos de ateísmo.

Tertuliano defiende, en esta *Apología*, la más absoluta libertad de religión al escribir:

> Mirad bien, en efecto, de que no sea ya un crimen de impiedad el quitar a los hombres la libertad de religión y prohibirles la elección de divinidad, o sea, de no permitirme honre al que no quiera honrar, forzándome a honrar al que no quiero honrar. Nadie, ni siquiera un hombre, quisiera ser honrado por el que lo hace forzado. Por donde se otorga a los egipcios libertad de practicar su vana superstición, consistente en poner a pájaros y animales al par de los dioses, y en condenar a muerte al que hubiere matado alguno de estos dioses suyos. Cada provincia, cada ciudad tiene su dios peculiar... Y nosotros somos los únicos a quienes no es concedido tener religión propia. Ofendemos a los romanos y ni somos reputados como romanos, por cuanto no honramos a un dios que no es de romanos. Gracias a que es Dios de todos los hombres, de quien, de grado o por fuerza, todos somos. Mas entre vosotros está permitido adorar a todo menos al Dios verdadero, como si no fuese más bien el Dios de todos, del que somos todos (24, 6-10) (trad. G. Prado).

Rechaza la creencia general de que los romanos rigen el mundo porque adoran a los dioses. La adoración de los dioses va dirigida a los demonios. Termina la *Apología* rechazando la idea de que el cristianismo sea una nueva filosofía.

Una gran distancia separa a Justino de Taciano y de Tertuliano: defienden posturas totalmente opuestas. Tertuliano emite un juicio negativo sobre la filosofía griega, que considera fuente de todas las herejías cristianas. Se refiere, sin duda, a los gnósticos. En este aspecto es el precursor de las ideas defendidas por Hipólito de Roma. Los antecedentes de esta teoría hay que buscarlos en algunas expresiones de Pablo, que puso en guardia a los colosenses contra herejías de tipo gnóstico, que arrancaban de los errores de los filósofos.

Pablo opuso ya el mensaje cristiano a la filosofía griega: «No predicamos la sabiduría de este mundo, ni del príncipe de este mundo, abocado a la destrucción. Lo que predicamos es la sabiduría de Dios misteriosa, oculta, la que antes de los siglos, Dios ha destinado para nuestra gloria, y que ningún príncipe de este mundo ha conocido... Si alguno de vosotros se juzga sabio, según el juicio de este mundo, que

se haga loco para llegar a ser sabio, pues la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios. Los príncipes de este mundo son las potencias demoníacas, que esclavizan el Universo.» Tanto Pablo como Tertuliano defienden el origen demoníaco de toda la sabiduría humana.

Justino afirma lo mismo pero sólo aplicado a las religiones mistéricas y al paganismo.

Una posición parecida a la de Tertuliano se repite en Taciano y en Teófilo de Alejandría, que denigran a los filósofos.

Acusan a los filósofos de propagar todo tipo de abominaciones: a Platón de la promiscuidad de los sexos y la comunidad de las mujeres, a Epicuro de incesto, a los estoicos de pederastia, a Zenón y a Diógenes de antropofagia.

Tertuliano sigue la teoría de Evemero (siglo IV a. C.), pensador griego que defendía que los dioses son hombres o soberanos a quienes por temor o por los favores prestados, la humanidad convirtió en dioses. La explicación evemerista del origen de los dioses se encuentra no sólo en Tertuliano sino en otros apologistas cristianos, como en Minucio Félix y Agustín.

Como la mejor defensa es pasar al ataque, los apologistas frecuentemente hicieron una crítica de la religión y de la mitología pagana. Insistieron en la conducta escandalosa de los dioses, que eran hombres divinizados, no por sus virtudes, sino por haber prestado grandes servicios a la humanidad.

Según Minucio Félix, Saturno fue convertido en dios, por haber sido el que acuñó las primeras monedas, el inventor de ciertos utensilios, y quien enseñó la escritura. El uso de la teoría evemerista significó una evolución capital en el pensamiento cristiano con respecto a la interpretación de la mitología pagana; un paso adelante positivo, en la interpretación de la mitología pagana, consistió en fijarse en las virtudes.

Ya en las pinturas de las catacumbas, algunos dioses del panteón pagano, fueron pronto cristianizados, como Hércules y el mito de Alcestis en las catacumbas de la Vía Láctea, de mediados del siglo IV. También podría tratarse —pero es menos probable— de un cementerio de paganos y cristianos. Estas pinturas indican que a veces la mitología pagana no era tan absurda, inmoral y demoníaca como se ha afirmado.

Los ataques de los apologistas contra el paganismo están basados, en parte, en la apologética judeo alejandrina; el monoteísmo judío no admitía ninguna componenda con el politeísmo pagano. Para judíos y cristianos, los dioses paganos eran ídolos fabricados por la mano de los hombres; los salmistas y los profetas habían defendido esta tesis en el *Antiguo Testamento*: «Los ídolos están fabricados de plata y de oro. Son obra de la mano de los hombres. Tienen boca y no pueden hablar, ojos

y no ven, orejas y no oyen», escriben el salmista e Isaías, quien describiendo la fabricación de los ídolos de madera dice «se corta un tronco en el bosque, la mitad se quema y con la otra mitad se prepara la comida. Con lo que ha quedado, se fabrica un dios que se adora postrándose ante él y solicitando sus favores». Una idea parecida expresa Pablo en *Los Hechos de los Apóstoles* y en la *Carta a los Romanos.*

En la *Carta a Diogneto,* desarrollando una idea de Filón de Alejandría, se señala la identidad de sustancia entre un ídolo y cualquier recipiente vulgar.

Juliano se vio obligado a salir en defensa de las imágenes de los dioses cuando escribió: «Nuestros antepasados han hecho imágenes como signos de la presencia de los dioses, no para que las tengamos por dioses sino para hacer adorar a los dioses por su mediación. Cuando contemplamos las estatuas de los dioses no las tomamos por los dioses mismos».

Otra teoría, que arranca de Pablo, es aquella según la cual los dioses son demonios. Se creía en una estrecha relación entre los demonios, los ángeles caídos y los astros.

4.2.3. Arnobio

Este apologista africano, que publicó sus siete libros *Adversus Nationes* antes de la paz de la Iglesia, concedida en el año 311, fue profesor de retórica en Sicca (Africa) y contó entre sus alumnos a Lactancio. En el comienzo de su obra defiende a los cristianos de que éstos fueran la causa de todos los males que afligen a la humanidad. El telón de fondo del *adversus Nationes* son los años de la Tetrarquía y concretamente los de la sangrienta persecución que desencadenó Diocleciano.

Defiende igualmente a los cristianos de la acusación de adorar a un crucificado. Pero la parte más importante de la obra de Arnobio es su crítica a la creencia platónica sobre la inmortalidad. Arremete contra el antropomorfismo de la religión pagana, ridiculizando las bajas pasiones, principalmente sexuales, de los dioses, así como los mitos de Numa, de Atis o de Cibeles. En los dos últimos libros polemiza contra los templos y las supersticciones paganas.

Arnobio era escritor de amplia cultura: utilizó a Lucrecio, a Varrón, a Cicerón, a Platón, a Hermes Trismegisto, etc. Estaba también familiarizado con los oráculos caldeos, con el neoplatonismo, con Plotino, con Zoroastro, con los papiros mágicos y con el culto a Mitra. No utilizó el *Antiguo* ni *el Nuevo Testamento,* ni cita a ningún autor cristiano, pero consultó el pensamiento de Clemente de Alejandría, de Minucio Félix y de Tertuliano.

4.2.4. Lactancio

Lactancio era de origen africano y fue el escritor cristiano más elegante de su tiempo, partidario de abrir el cristianismo a la cultura y presentarlo de una manera atrayente. Su cultura filosófica procede de Cicerón; conocía bien la literatura latina y deficientemente la griega.

En sus *Instituciones divinas*, compuestas en torno al año 309, intentó refutar a los enemigos del cristianismo, atacando el culto de los dioses y el politeísmo; siguió la interpretación evemerista sobre el origen de los dioses, para defender luego la religión verdadera, el cristianismo. La obra de Lactancio constituye, pues, una suma del pensamiento divino.

4.3. Panfletos cristianos antirromanos

Pablo asentó el criterio de que todo poder viene de Dios y por tanto hay que acatarlo y obedecerlo. El anónimo autor de la *Carta de Clemente Romano* indica lo mismo y ruega a Dios para que los que gobiernan cumplan con sus obligaciones. Idéntica cosa sostiene Tertuliano en su *Apología*. Al emperador hay que obedecerle, pedir que acierte en el gobierno, pero no adorarle, expone Teófilo de Antioquía.

El apologista Melitón de Sardes, que vivió en la segunda mitad del siglo II, habla en su *Apología*, dirigida al emperador Marco Aurelio, de las relaciones entre la Iglesia y el Estado Romano. Aboga en favor de la solidaridad del Imperio con la Iglesia. La religión cristiana no debe ser un peligro para el Estado, sino una fuente de prosperidad.

Esta teoría de acatamiento al poder establecido no estuvo reñida en la práctica con una dura crítica al poder de Roma. Los representantes principales de esta segunda tendencia fueron el *Apocalipsis* de Juan, el *Carmen Apologeticum* de Commodiano, los *Oráculos sibilinos* y el *Comentario a Daniel*, de Hipólito.

4.3.1. Apocalipsis de Juan

Del Apocalipsis de Juan ya se ha indicado que no es un libro profético sino un panfleto contra el emperador Domiciano y «contra la gran ramera», Roma.

4.3.2. Los Oráculos Sibilinos

Son catorce libros de poemas compuestos en su mayor parte en el siglo II y recogidos por cristianos orientales que utilizaron escritos

judíos procedentes de Alejandría que circularon bajo el nombre de la Sibila. Estos escritos judíos eran de carácter apocalíptico y apologético; en ellos se mezclaba la defensa del monoteísmo con el ataque al paganismo.

La obra, tal como nos ha llegado, es una amalgama de material cristiano, judío y pagano de carácter político, religioso e histórico. Interesa particularmente el libro VIII por su contenido escatológico, compuesto poco antes del año 180. Pero el tema que domina en todos ellos es la animadversión profunda a Roma (llamada así y no Babilonia), a la que se anuncian terribles calamidades: será arrasada hasta los cimientos, consumida por el fuego y habitada por los lobos. Se denuncia en los libros la impotencia de los dioses ante el cúmulo de calamidades.

4.3.3. Commodiano

La obra de Commodiano, aunque de cronología incierta, debe fecharse probablemente en el siglo III. En ella se describen las catástrofes últimas que coincidirán con la llegada del Anticristo, concebido unas veces como un ser demoníaco y otras como un ser sobrenatural; se le identificó con Satán o Belial y era el adversario de Cristo.

Commodiano describe las tribulaciones de los elegidos al final de los tiempos, la llegada de Cristo y la instauración de la Jerusalén celeste. El poeta, además de atacar ferozmente a los paganos y pecadores, arremete contra los judíos, contra los cristianos y hasta contra el clero cristiano mundano. Sin embargo, su odio se dirige principalmente contra Roma y los paganos.

4.3.4. Comentario a Daniel

El *Comentario a Daniel* de Hipólito de Roma, debió ser escrito poco después de desaparecer la dinastía de los Severos en el año 235. Es el primer comentario exegético de la Iglesia primitiva. En esta obra se identifican los reinos mencionados por Daniel con los Imperios babilonios, persa, griego y romano: el imperio romano se derrumbará al igual que los tres precedentes. Roma reina sobre los pueblos por el poder de Satanás, reune a los pueblos y los prepara para la guerra. Hipólito asimila el Imperio al reino de Satanás.

A continuación trata el autor de las relaciones de la Iglesia con el Estado.

5.

Cristianos y paganos en la sociedad romana

Los cristianos procuraban llevar una vida sencilla y limpia de pecado (tal como describe la *Carta a Diogneto* y admite Plinio, el Joven) en medio de una sociedad pagana en muchos aspectos corrompida.

Tertuliano expresa bien la postura de los cristianos y sus relaciones con la sociedad pagana al escribir: «No somos brahmanes o gimnosofistas de la India, habitantes de bosques y desterrados de la vida» y en otro párrafo: «No vivimos lejos de nuestro foro, de vuestro mercado, de vuestros baños, de vuestras tiendas, de vuestros almacenes, de vuestros hoteles, del mercado. Habitamos este mundo en compañía de vosotros; con vosotros navegamos, con vosotros servimos como soldados, trabajamos la tierra, comerciamos, intercambiamos el producto de nuestra habilidad y de nuestro trabajo. ¿Cómo os podemos parecer inútiles a vuestros trabajos ya que vivimos junto a vosotros y de vosotros?».

5.1. Ceremonias paganas

Prohibe el apologista la participación en ceremonias religiosas paganas como los banquetes sagrados, ofrendas de flores e incienso, etc., así como la asistencia a los espectáculos del teatro, del anfiteatro y del circo. Eran éstos rituales en honor de la tríada capitolina —Júpiter, Juno y Minerva— que se abrían con una procesión de los sacerdotes con las imágenes de los dioses.

Tertuliano escribió una obra contra los espectáculos, como hará más tarde —hacia mediados del siglo III— Novaciano. Poco antes, Taciano, en su *Discurso contra los griegos,* había señalado que los teatros griegos eran escuela de vicios, los anfiteatros unos mataderos y que la danza, la música y la poesía eran pecaminosas. Según Minucio Felix había que prohibir no sólo la asistencia a los espectáculos, sino las profesiones de actor, gladiador y maestro de teatro.

5.2. Profesiones prohibidas a los cristianos

Los cristianos tenían prohibidas una serie de profesiones consideradas pecaminosas y afines a la idolatría. Tertuliano prohíbe la fabricación de ídolos, aunque reconoce que algunos cristianos se ven obligados a ella para poder vivir. También todas aquellas actividades que de alguna forma se relacionan con el culto pagano, como broncistas, carpinteros, sastres, estucadores, etc.

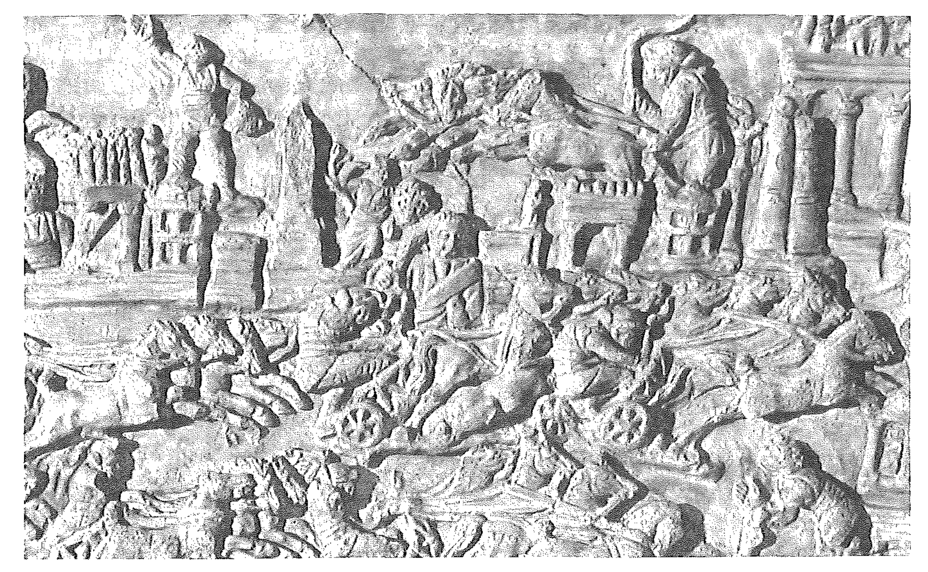
Con mayor motivo prohibe el fogoso apologista cristiano dedicarse a la astrología o a la magia, y considera igualmente que la práctica del comercio debe quedar excluida de los cristianos ya que éste proporciona el incienso que se quema ante los ídolos.

Los cargos públicos, en su opinión, no deben ser ejercidos tampoco por los cristianos, ya que se relacionan continuamente con la idolatría; esta prohibición no debió surtir mucho efecto, ya que los cristianos ocuparon numerosos cargos importantes, al menos en la época de Diocleciano.

5.3. Servicio militar

Tertuliano aceptó inicialmente que los cristianos sirvieran en la milicia, pero luego se opuso abiertamente a ello en su tratado *Sobre la Corona,* obra escrita en el año 211.

Cipriano, Orígenes y Lactancio también condenaron por razones de conciencia el servicio militar. Por el contrario, Clemente de Alejandría aceptó que el servicio militar era posible para un cristiano; en esta ciudad egipcia la guardia militar estaba compuesta, en tiempos de Decio, por miembros de esta secta. En el ejército de Galerio, que luchó contra los persas, figuraba mucha oficialidad cristiana. Durante el gobierno de Diocleciano, mientras se condenaba al mártir Maximiliano por no querer continuar en el ejército, otros cristianos no tuvieron escrúpulos de permanecer en él.



Escenas de circo. Relieve del Museo de Foligno (Italia).

5.4. Lujo

Los apologistas cristianos condenaron el lujo por su vinculación frecuente con el politeísmo.

Dos autores trataron especialmente el tema: Tertuliano en su tratado *Sobre el vestido de las mujeres* y Clemente de Alejandría en el *Pedagogo*.

Según el apologista africano, los adornos y los cosméticos proceden del diablo; el maquillaje era para él una prostitución y teñir los vestidos una ofensa a la naturaleza: «Las que ungen su piel con pomadas, colorean sus mejillas de rojo y tiñen de negro sus ojos, pecan contra Dios». También Clemente alude en su obra a los perfumes y al lujo de la sociedad cristiana de Alejandría.

5.5. Extracción social del cristianismo primitivo

Ya se ha indicado que la mayor parte de los cristianos eran esclavos, libertos, artesanos y, en general, gente inculta; así lo afirman Celso y Cecilio y lo admiten los apologistas.

Sin embargo, el cristianismo contó también desde el principio con seguidores en las clases superiores. En los *Hechos de los Apóstoles* se

afirma que en Tesalónica y en Beroca se hicieron cristianas «no pocas mujeres de las clases elevadas». La *Carta* de Plinio el Joven a Trajano puntualiza que los cristianos proceden de todos los estamentos de la sociedad. La *Carta de Santiago* ataca ferozmente a los cristianos ricos y en tiempos del Valeriano había cristianos entre los senadores y *equites*. Muchos de ellos alcanzaron, durante el gobierno de la Tetrarquía, las más alta magistraduras.

Ya se ha dicho, en este sentido, que en la *familia Caesaris* de mediados del siglo I figuraban algunos cristianos, como también debían serlo T. Flavio Clemente y su esposa Domitila, parientes de Domiciano. Tertuliano atestigua la presencia de ellos en el palacio real de Septimio Severo. Maximino el Tracio, Dacio y Valeriano trataron de expulsarlos de la corte, pero regresaron en tiempos de Galieno.

5.6. El cristianismo entre las mujeres

En las *Cartas* de Pablo se mencionan ya algunas cristianas, como Febe «ministra de la Iglesia de Cencre» y Prisca. Algunas de ellas figuraban al frente de comunidades, como Ninfa entre los Colosenses. Dos mujeres, Evero y Sintique, habían cooperado en la fundación de la iglesia de Filipo. La iglesia de Jerusalén reunía a su comunidad en casa de María.

En el siglo II existía ya la institución de las viudas diaconisas, como atestigua una *Carta* de Plinio el Joven a Trajano. También sabemos que hacia la mitad de este siglo las mujeres enseñaban, lo que era aceptado por los clérigos.

En el movimiento montanista desarrollado en Frigia, intervinieron activamente dos mujeres, Maximila y Priscila; algo parecido sucedió entre los gnósticos. Según el testimonio de Tertuliano las mujeres herejes hacían exorcismos, curaban y celebraban la eucaristía. Este hecho fue decisivo, pues la Iglesia, al enfrentarse a los gnósticos, lo hizo también contra las mujeres que, desde finales del siglo II, no volvieron a ocupar cargos en ella.

Se conocen los nombres de muchas damas nobles cristianas o amigas de cristianos: Marcia, amante del emperador Cómmodo; Julia Mammea, esposa del emperador Septimio Severo; Victoria, Secunda y Restituta, de familia senatorial cartaginesa; la esposa e hija de Diocleciano, etc.

Los matrimonios mixtos entre paganos y cristianos no fueron infrecuentes. Pablo, que no quería la separación de este tipo de matrimonios, expresó su confianza de que el cónyuge cristiano convirtiera a la otra parte. Tertuliano condena tajantemente los matrimonios mixtos al

igual que Cipriano y que varios cánones del Concilio de Elvira (Granada), celebrado a comienzos del siglo IV.

El papa Calixto autorizó a las jóvenes cristianas de la alta aristocracia romana a casarse con esclavos o con hombres de baja condición sin contraer matrimonio civil válido, lo que, según el derecho romano, era un contubernio. Esta medida significó un gran avance dentro de la Iglesia en el aspecto social, pues tendía a borrar las diferencias entre clases. De este modo se creó un derecho matrimonial eclesiástico frente al derecho civil. La medida del papa Calixto prueba también que el número de cristianas era superior al de varones.

5.7. Asistencia social

La beneficencia cristiana contribuyó en gran medida a extender el cristianismo entre las clases bajas. El Evangelio predicaba el amor al prójimo y la limosna. Abundan las palabras de Jesús que incitan a la caridad con los demás y muchas actuaciones suyas están en esta misma línea.

Los discípulos imitaron al maestro. Luciano de Samosata ha escrito sobre el particular: «Su primer legislador ha impreso en sus ánimos la creencia de que todos son hermanos, siempre que sucede algo, que toca a sus intereses comunes. ¡Nada parece en estos casos demasiado difícil y penoso!».

Los escritores cristianos aceptaron la propiedad privada, pero dándole un eminente carácter social. Sólo Basilio y Crisóstomo, en el siglo IV, arremetieron contra ella.

Justino exhorta en su *Apología* a que quienes tienen bienes materiales den lo que puedan al intendente, para que éste socorra a las viudas, a los huérfanos y a los necesitados, sean éstos enfermos, prisioneros o forasteros.

Tertuliano, por su parte, menciona en su *Apología,* la existencia de una caja común a la que contribuyen los cristianos con una pequeña aportación voluntaria. Esta cantidad sufragaba la sepultura de los pobres, el cuidado de los pobres huérfanos sin recursos, la asistencia a los viejos o a los enfermos o a los condenados por su fidelidad a la Iglesia.

La beneficencia cristiana estaba también relacionada con el culto. Cada domingo y una vez al mes —o cuando los fieles lo consideraran oportuno— los fieles entregaban dinero al intendente para que éste lo repartiera. Pero existían también donaciones extraordinarias: cuando Marción entró a formar parte de la comunidad romana en el año 139, entregó 200.000 sestercios.

De los escritos de Cipriano se desprende que junto a la caridad eclesiástica funcionaba una beneficencia privada. El obispo de Cartago afirma que en su comunidad se recogía en poco tiempo más de 100.000 sestercios.

5.8. Asistencia social a prisioneros y condenados

La Iglesia atendía a los encarcelados por deudas o a los prisioneros encarcelados por profesar la fe cristiana, visitándoles, consolándoles y socorriéndoles.

La visita a los presos corría a cargo del diácono, quien procuraba no sólo aliviar sus desastrosas condiciones de vida, sino también rescatarlos. El rescate dependía no tanto de la comunidad cristiana como de la generosidad de los privados.

Las minas eran verdaderos campos de concentración, como cuenta Cipriano en su *Carta* (7,6), dirigida a los cristianos que trabajaban en ellas durante la persecución de Valeriano. Vivían en condiciones sumamente precarias; eran apaleados, llevaban grillos en los pies, recibían poca comida, etc.

Eusebio cuenta algunos casos verdaderamente heroicos, como la visita de los cristianos de Egipto a sus hermanos en la fe, condenados a trabajos forzados en las minas de Cilicia, durante la persecución de Diocleciano.

5.9. Mantenimiento de doctores y ministros

La Iglesia se atuvo al precepto de Pablo de que a todo trabajo se le debe dar su salario. El obispo entregaba a los presbíteros y a los diáconos lo que estimaba justo y mantenía a los doctores (misioneros y profetas). Esta costumbre dio pié, sin embargo, a grandes abusos como los descritos por la *Didaché* y por Luciano.

En el año 250 la Iglesia de Roma mantenía 100 clérigos y 1.500 pobres, lo que suponía unos gastos entre 500.000 y un millón de sestercios. La Iglesia de Antioquía mantenía en la segunda mitad del siglo IV a 3.000 pobres.

5.10. Entierro de los pobres y cuidado de los esclavos

La mayor desgracia que podía sucederle a un pagano es que no se diera sepultura a su cuerpo. La Iglesia puso especial interés en que los

cristianos pobres tuvieran sepultura. En Africa, según testimonia Tertuliano, la comunidad cristiana costeaba la sepultura de los pobres. Después del sepelio, se recitaban oraciones por las almas de los difuntos, según alude también Tertuliano.

Respecto a los esclavos, la Iglesia nunca luchó por abolir este *status*, considerándolo como algo natural y ordenándoles obedecer a los amos. Los escritos del *Nuevo Testamento* mencionan la existencia de esclavos cristianos de dueños paganos y viceversa.

Sin embargo, la Iglesia cuidó de los esclavos cristianos, contribuyendo así a mejorar su suerte, al considerarles hermanos dentro de la comunidad con todos sus derechos; algunos llegaron incluso a ser clérigos e incluso obispos, como Pío y Calixto, ambos obispos de Roma. También se amonestó a los dueños para que tratasen bien a sus esclavos.

La costumbre cristiana de emancipar a los esclavos debió ser antigua. De la *Carta* de Ignacio de Antioquía a Policarpo de Esmirna se desprende que muchos esclavos eran rescatados mediante la caja de la comunidad.

5.11. Beneficencia en caso de calamidades públicas

La asistencia cristiana también se ejerció en casos de grandes calamidades públicas, socorriendo a cristianos y paganos. En la *Carta a los Hebreos* se elogia a una comunidad por la ayuda prestada a la población en época de gran calamidad y miseria.

Las fuentes antiguas aluden también a los socorros prestados durante las pestes. Así, en torno al año 250, el Obispo de Alejandría aconsejaba que los cristianos visitaran a los afectados por una gran peste producida en dicha ciudad. Como consecuencia de ello, en esta asistencia, muchos cristianos perdieron sus vidas, incluyendo presbíteros, diáconos y laicos insignes.

Lo mismo hicieron los cristianos con ocasión de la peste que azotó a la ciudad de Cartago en tiempos de Cipriano.

5.12. Derecho al trabajo

El cristianismo valoró muy positivamente el trabajo; su fundador había sido, de hecho, un artesano y los cristianos trabajaron en todo tipo de profesiones lícitas, según el citado testimonio de Tertuliano.

Santiago asentó el criterio de que todos los trabajadores tenían derecho a un salario justo, criticando duramente a quienes defraudaban a los trabajadores.

De las *Homilías Pseudoclementinas* y del testimonio de Cipriano se desprende que todo cristiano tenía derecho a un mínimo de subsistencia y que la comunidad era quien debía suministrárselo o proporcionarle un trabajo. En la *Didaché* se afirma que las comunidades cristianas debían desprenderse de los hermanos ociosos.

En relación con este tema figura también el de la hospitalidad. Los diáconos cuidaban principalmente de los forasteros, como afirman Clemente Romano y Justino. Dionisio, obispo de Corinto en época del emperador Marco Aurelio, alaba a la comunidad de Roma por mantener su antigua costumbre de socorrer a los extranjeros. La Iglesia de Roma se distinguió siempre por el ejercicio de la caridad, según afirmación de Ignacio de Antioquía, lo que le dio gran prestigio entre las demás.

5.13. El cristianismo como tercera estirpe

Fueron los pensadores cristianos quienes, percibiendo la originalidad del cristianismo, elaboraron la teoría de que éste era la tercera estirpe, siendo las otras dos el paganismo y el judaísmo.

Esta distinción se encuentra ya en el *Kerygma Petrou*, donde se opone a las tradiciones judías y paganas, ya en declive, el nuevo culto cristiano, y en la *Carta a Diogneto*, donde se presenta el cristianismo como doctrina original de carácter estrictamente religioso.

Para Arístides esta división tripartita poseía un valor nacional y social. También cabría definirla como original pues hasta entonces el mundo antiguo se subdividía en griegos y bárbaros.

Desde comienzos del siglo II los cristianos se autocalifican de «tercera estirpe» por su modo de rendir culto a Dios; hacia el año 240 habían aceptado ya plenamente este título que, sin embargo, sólo se encuentra en Occidente.

A partir de la mitad del siglo III esta expresión fue sustituida por la de «pueblo», concebido como un Estado dentro del Estado; de aquí deriva el peligro que para Roma significó la Iglesia por estos años. La cruel persecución de Decio responde al hecho de que el Estado y el emperador se dieron cuenta de las pretensiones de este «nuevo pueblo» y su concepción política, predicada por Melitón de Sardes y Orígenes. Los paganos comprendieron que había aparecido una tercera fuerza.

La situación de los cristianos era, en cierta forma, contradictoria. Tertuliano había defendido que los cristianos no debían distinguirse de sus conciudadanos, pero, al mismo tiempo, no consideraban al Imperio su verdadera patria. Esta tensión es bien captada en la *Epistola de Diogneto.*

Los apologistas no lograron tampoco detener el desprecio y el odio de la masa hacia los cristianos ni frenar las persecuciones, ni convencer a los intelectuales de la bondad del cristianismo, ni al emperador de su lealtad. Un buen representante de la intelectualidad pagana, Celso, considera que esta tercera estirpe era una raza nueva, sin patria y sin tradiciones.

6. La tentación sincretista: El gnosticismo

La gnosis (conocimiento) fue una concepción del mundo que se separó del ambiente espiritual de su época. Es un movimiento de salvación que interpretó negativamente el mundo y la existencia. No se trata de un cristianismo degenerado ni una helenización del cristianismo.

6.1. Fuentes

Las fuentes originales del gnosticismo son los escritos gnósticos coptos descubiertos en su mayor parte en 1945-1946 en Nag Hamadi (Egipto) en número de 51. Constituyen un conjunto de obras redactadas en griego en el siglo II y atribuidas a la inspiración de Hermes Trismegistro y que reflejan diferentes corrientes de pensamiento griego, oriental y egipcio.

Los escritores cristianos que lucharon contra los gnósticos, como Ireneo, Tertuliano, Epifanio de Salamina, etc., han conservado en sus obras diferentes fragmentos gnósticos.

6.2. La gnosis

Todos los sistemas gnósticos participan de una misma concepción del mundo: el hombre es un trozo de luz, no procede del mundo que es el reino de las tinieblas y se encuentra preso en un ambiente hostil.

Sólo la gnosis, que debe ser transmitida desde lo alto, permite que el hombre se libere de su desastrosa situación y vuelva a su patria anterior. La gnosis es el conocimiento del estado de extravío, de cómo ha llegado a él y de cómo salir de él. Por ella el hombre recuperará lo que originariamente era.

Los sistemas gnósticos presentan puntos de contacto con las religiones mistéricas, pues, si en éstas la salvación es una divinización del hombre, en la concepción gnóstica el hombre recupera su divinidad perdida gracias a la gnosis.

6.3. Elementos fundamentales de los sistemas gnósticos

Todos los sistemas gnósticos contienen unos elementos esenciales. Dios es trascendente al mundo; su *sofía* origina al demiurgo malo quien a su vez crea un mundo malo. El mundo está regido por los siete arcontes (planetas) malos, subordinados al demiurgo. El alma desciende de la región celeste a través de los planetas hasta llegar al mundo y al cuerpo para regresar a ella después de la muerte.

En los sistemas gnósticos hay un dualismo luz-tinieblas de origen iranio y otro alma-cuerpo y espíritu-materia conocido en el mundo helenístico. Todos ellos predican una revelación salvadora o un mensajero que salva mediante una revelación. Este salvador puede ser también una figura del pasado, como Adán o Set o una del presente como Simón Mago o Menandro.

6.4. Origen del gnosticismo

Lo más probable es que el gnosticismo surgiera en Siria-Palestina poco antes de la aparición del cristianismo, siendo en origen un movimiento popular.

Pronto, los gnósticos formaron sectas que cumplían determinadas fórmulas rituales, tales como el bautismo, los banquetes sacramentales o la unción del aceite.

Como el mundo es malo, el gnóstico debe apartarse de él y de la carne mediante un ascetismo riguroso. Pero también se produjo una actitud contraria a ésta: un gran libertinaje en las costumbres.

6.5. Difusión de la gnosis

Las sectas gnósticas se propagaron rápidamente, si creemos a los autores eclesiásticos. En la primera mitad del siglo I, Simón Mago,

oriundo de Samaría, predicó una gnosis. Los escritores eclesiásticos hacen de él el fundador del gnosticismo. En la segunda mitad del siglo II, otro samaritano, Menandro, dio a conocer una cosmovisión gnóstica en Alejandría. Simón y Menandro son dos salvadores sin puntos de contacto con el cristianismo.

Poco después del año 100, floreció, según el testimonio de Juan, una secta gnóstica siria contaminada del cristianismo, los docetas. Por entonces la concepción gnóstica había invadido ya Asia Menor, como corraboran las *Cartas* de Ignacio de Antioquía.

Egipto fue también tierra de grandes gnósticos. El gnóstico cristiano Basílides predicó la cosmovisión gnóstica en Alejandría entre los años 117 y 161. Valentín, por su parte, predicó en Siria-Palestina entre el 276 y el 300.

En Roma enseñaron algunos gnósticos de primera fila en la segunda mitad del siglo II; así Marción y Valentín o Marcelina, seguidora de la gnosis de Carpócrates.

Hacia el 130, Ireneo de Lyón publicó su *Adversus haereses* contra los gnósticos valentinianos y en Cartago Tertuliano combatió al gnóstico Hermógenes. Sin embargo, otros teólogos cristianos —como Bardesanes, que vivió en la corte del rey Abgars IX de Edesa— acusan fuertes influjos gnósticos.

La gnosis no era una cosmovisión cerrada e influyó en otras concepciones del mundo. Así, Pablo y Juan, el autor de las *Cartas a los Colosenses y a los Efesios,* acusan influencias gnósticas en la interpretación de la figura de Cristo y, en general, en su teología. Los gnósticos influyeron igualmente en la literatura apócrifa paleocristiana y en los escritos herméticos.

6.6. Maestros gnósticos

Examinaremos brevemente las doctrinas de tres grandes gnósticos: Basílides, Valentín y Marción.

6.6.1. Basílides

Basílides intentó hacer una gran síntesis entre gnosis y cristianismo. Vivió en Egipto, en tiempos de Hadriano y Antonino Pío, predicando particularmente en Alejandría. Escribió un comentario al Evangelio en 24 libros y unas *Odas,* fundando su propia escuela al frente de la cual le sucedió su hijo Isidoro.

El aspecto fundamental de su doctrina es la creencia de que el

mundo del cielo procede del Dios desconocido por una cadena de emanaciones ininterrumpidas. La última clase de los ángeles creó el mundo y el hombre. Cristo descendió al mundo para salvarlo; no padeció, sino que prestó su persona a Simón de Cirene. Todos los gnósticos son docetistas, por negar los sufrimientos de Cristo.

6.6.2. Valentín

Fue el gnóstico más peligroso para la Iglesia. Enseñó en Alejandría antes de viajar a Roma, donde fundó una comunidad cristiana, siendo expulsado hacia el 140 por sus ideas. Contó con gran número de discípulos que reelaboraron su doctrina.

Tres puntos son fundamentales en el sistema de Valentín: *a*) la representación del pleroma, que se componía de 30 eones; *b*) la doctrina de una segunda sofía interior, y *c*) la triple graduación espíritu-alma-materia.

6.6.3. Marción

Marción procedía del Ponto. Su sistema no era totalmente gnóstico: su padre, obispo, le expulsó de su lado por sus teorías y, poco después, Policarpo hizo lo mismo. Ingresó en la comunidad romana hacia el 140, pero cuatro años más tarde se vio obligado a abandonarla.

La gnosis proporcionó a Marción un nuevo modo de comprender el cristianismo. Defendía que había dos tipos de dioses: el Dios del *Antiguo Testamento,* justiciero y de rango inferior, y el Dios desconocido, todo amor, predicado por Jesús y Pablo. El primero es el creador del mundo y del hombre; el segundo, apiadándose del hombre, envió a Jesucristo para redimirlo.

Además, es característico del sistema de Marción la ausencia de la noción de emanación y de la especulación de los eones y la del concepto de igualdad esencial del hombre interior con el Dios desconocido.

Las teorías de Marción lograron una rápida aceptación y se propagaron rápidamente. A él remonta, en parte, el canon del *Nuevo Testamento.* Marción sólo aceptaba el Evangelio de Lucas y las epístolas de Pablo, depurándolas de las falsificaciones judaizantes interpoladas. En su opinión las cartas pastorales de Pablo a Timoteo y a Tito no habían sido obra suya.

La secta de Marción —muerto hacia el 160— fue un peligro grave para la Iglesia. En Oriente su doctrina, expuesta en su obra *Antítesis,* se mantuvo hasta mediados del siglo V.

6.7. El movimiento montanista.

Este movimiento es importante para conocer bien el clima espiritual de la Iglesia durante el siglo II. Se originó en el interior de las comunidades cristianas con el fin de revitalizar las ideas escatológicas de los primeros cristianos.

Montano era oriundo de Frigia, en Asia Menor, donde comenzó a predicar su doctrina hacia el año 159. Frecuentemente caía en éxtasis, durante el cual profetizaba. Pronto se le unieron dos profetisas, Prisca y Maximila. Apolonio, obispo de Asia, trazó una pintura muy sombría de ambas: recibían donativos, se teñían el cabello, se pintaban los párpados con antimonio, vestían ricos trajes, llevaban piedras preciosas y jugaban a los dados y a las tablillas.

Montano se consideraba el Paráclito, anunciado por el *Cuarto Evangelio,* aquél que iba a aportar una nueva revelación más importante que la transmitida por Jesús. Profetizaba el inminente fin del mundo y la instauración del Reino de Dios y de la Nueva Jerusalén.

Estas profecías fueron bien acogidas por las comunidades cristianas (los montanistas también se agruparon en comunidades y propagaron activamente sus ideas). Según Tertuliano, el obispo de Roma reconoció los dones proféticos de Montano, Prisca y Maximilia, si bien después, por presión de Praxeas, llegado de Asia a Roma, negó sus carismas.

El montanismo no se apartó, pues, de la doctrina tradicional; al afirmar que el fin de los tiempos era inminente, volvía a la primitiva idea cristiana de parusía.

Se caracterizó por su riguroso ascetismo, como preparación para la pronta llegada del reino de Dios, insistiendo particularmente en la abstinencia de ciertos alimentos, así como en la práctica del ayuno y la castidad matrimonial.

El montanismo no fue sino un resurgimiento del movimiento carismático del primitivo cristianismo, con la diferencia de que los profetas se consideraban receptáculos de la divinidad.

Como ya hemos indicado, los montanistas se organizaron rápidamente, extendiéndose desde Asia Menor hasta Africa; aquí fue donde los encontró Tertuliano, quien se convirtió al montanismo en la última etapa de su vida. También sabemos que el montanismo arraigó en la ciudad de Lyón, según nos dice la carta de los mártires a las Iglesias de Roma y de Asia Menor.

El montanismo encontró, sin embargo, la oposición de la Iglesia. El retórico Milcíades, contemporáneo de Justino, escribió contra ellos, defendiendo que se trataba de unos falsos profetas. Otros muchos escritores eclesiásticos se opusieron a las ideas montanistas, como Meli-

tón de Sardes, el papa Eleuterio (174-189) o el obispo de Corinto, Dionisio.

6.8. Reacción ortodoxa

Los gnósticos obligaron a la Iglesia a tomar una serie importante de medidas. Al rechazar aquéllos el *Antiguo Testamento,* la Iglesia decidió establecerlo como fundamento de la revelación, ya que, de otro modo, hubiera perdido sus raíces bíblicas.

La Iglesia no aceptó tampoco la idea de distinguir el Dios del *Antiguo Testamento*, el Dios de Israel y el Dios supremo, concretando los libros inspirados. En este sentido, su posición estuvo a medio camino entre Marción y los que aceptaban una considerable parte de la literatura primitiva cristiana. Imperó un criterio de apostolicidad: se admitieron aquellos escritos que se creían remontaban a los apóstoles o a la primera generación de cristianos. De este modo se consideraron inspirados los cuatro evangelios, los *Hechos de los Apóstoles* y las cartas de Pablo, discutiéndose durante algún tiempo sobre las cartas de Juan y de Judas. Hasta el siglo IV no se recibió en el Canon el *Apocalipsis.* De esta forma, la Iglesia contó con una norma de fe ante la creencia de los gnósticos (que hacían remontar sus doctrinas a Cristo a través de una tradición secreta, bien fuera escrita u oral, sólo conocida por los gnósticos).

La Iglesia fue forzada también a fijar la noción de tradición, oponiendo la tradición oral auténtica, que remontaba a los apóstoles, a las tradiciones secretas de los gnósticos. Las enseñanzas de Cristo fueron transmitidas a los apóstoles y a la Iglesia de generación en generación, a través de las enseñanzas de los obispos y de los presbíteros. Se asentó, además, el criterio de que entre la tradición escrita, *Nuevo Testamento,* y la tradición oral, no podía existir contradicción.

Los puntos fundamentales de la fe se hicieron bajo la forma de confesiones; en las cartas de Pablo se conservan ya algunas. Eran muy simples, como la que puede leerse en la *1.ª carta a los Corintios*: «Tenemos un solo Dios, Padre, del que todo procede y por el que somos hechos, y un solo Señor Jesucristo, por el que todo existe y por el que somos».

Estos símbolos de fe se fueron precisando y ampliando, según las necesidades de cada iglesia. Hipólito recoge el símbolo de fe de la iglesia de Roma que se adelante a los del siglo IV. Dichos símbolos se recitaban el día del bautismo y constituían un resumen de las principales afirmaciones de fe. Las fórmulas primitivas eran binarias, haciéndose más tarde ternarias al añadirse el nombre del Espíritu Santo.

Los gnósticos negaron todo valor al sufrimiento, al martirio y al ascetismo pues, según su criterio, Cristo sólo podía sufrir en apariencia. Para Basílides y otros gnósticos, el martirio era un suicidio; no se tienen noticias de que los gnósticos sufrieran persecuciones.

Mientras los gnósticos se consideraban una minoría de elegidos, la Iglesia era una sociedad de masas y de pecadores. El gnosticismo se asemejó más a la mística de las religiones mistéricas que a las corrientes ascéticas de la Iglesia.

6.9. La intelectualidad cristiana: la escuela de Alejandría

Alejandría era una gran ciudad cosmopolita, de un millón de habitantes con un fermento espiritual manifestado en las corrientes gnósticas y herméticas. En esta ciudad se entremezclaban las doctrinas espirituales judías, griegas, cristianas, orientales y egipcias.

A finales del siglo II se fundó en Alejandría la primera universidad cristiana, sobresaliendo en la enseñanza tres figuras de primer orden en el campo intelectual de la cultura clásica: Panteno —del que apenas se conoce algo—, Clemente de Alejandría y Orígenes.

6.9.1. Clemente de Alejandría

Nació hacia el año 150, probablemente en Atenas, de padres paganos. Viajó mucho por Italia, Siria y Palestina escuchando las enseñanzas de famosos maestros cristianos. Fue discípulo de Panteno, al que sucedió al frente de la escuela de Alejandría hacia el año 200. Durante la persecución de Septimio Severo, se refugió en Capadocia, muriendo poco después del año 215.

Clemente fue un magnífico intelectual que conoció bien la cultura grecorromana; sus obras están plagadas de referencias a autores clásicos, si bien es probable que utilizara una antología de ellos.

Por vez primera enfrentó la doctrina cristiana con las corrientes de su época; en su pensamiento, fe cristiana y cultura pagana no estaban necesariamente enfrentadas.

Sus tres obras más sobresalientes son: el *Protréptico*, el *Pedagogo* y los *Tapices*; es probable que todas ellas estuvieran concebidas como una trilogía.

El *Protréptico* es una invitación a la conversión en la que se polemiza también contra la mitología pagana. Clemente utilizó en esta obra toda la tradición clásica observándose la influencia del pensamiento de Platón y Pitágoras.

El *Pedagogo* plantea los problemas del cristianismo en relación con

la cultura profana. Consta de tres libros y es una continuación del anterior. La figura central es el Logos como pedagogo de la humanidad. Clemente ataca en esta obra algunas ideas marcionitas, como la no identidad del Dios del *Antiguo* y del *Nuevo Testamento*. En el libro segundo trató problemas de la vida cotidiana en sus más variados aspectos, por lo que constituye una fuente de datos sobre la vida de las clases sociales alejandrinas. Se deja sentir en ella el influjo de la moral estoica y concretamente del pensamiento de Musonio Rufo.

Los *Tapices* abordan, en ocho libros, los más variados temas relativos a las relaciones entre la fe cristiana y la filosofía griega. Opina Clemente que la filosofía era un don de Dios como la Ley lo fue para los judíos, defendiendo la teoría de que la filosofía griega y el *Antiguo Testamento* prepararon la venida de Cristo, si bien aquélla nunca podrá reemplazar a la revelación. Recoge este pensador una idea cara a los apologistas, cual es que Platón imitó en *Las Leyes* a Moisés.

Clemente es un gnóstico ortodoxo y traza un cuadro de la verdadera gnosis, rechazando la concepción gnóstica de la división entre psíquicos, que sólo tienen fe, y pneumáticos, que poseen el conocimiento. La gnosis verdadera consiste en la aprehensión de lo que se conoce por la fe. También rechaza Clemente la idea gnóstica de que el mundo es malo y afirma —siguiendo la revelación bíblica— que toda la creación es buena.

Clemente de Alejandría es también el fundador de la teología especulativa. En el sistema teológico de Clemente es fundamental su teoría del *Logos,* el creador del cosmos y quien reveló a Dios en la filosofía helénica, en el *Antiguo Testamento* y en la encarnación. Clemente fracasó en su intento de crear una teología científica, pues el principio supremo del pensamiento cristiano es Dios y no el Logos.

Al igual que Justino, Clemente consideró al cristianismo como una verdadera filosofía que perdió su importancia con la venida de Cristo. En una de sus obras señala muy bien lo que entiende por filosofía: «Llamo filosofía no al estoicismo, al platonismo, al epicureísmo o al aristotelismo, sino a todo lo bueno que ha dicho cada escuela. A esto llamo filosofía». Clemente rechazó aquellas teorías filosóficas que no concuerdan con el pensamiento cristiano, como la divinización de los astros —defendida por Platón—, los ciclos cósmicos de los estoicos o la idea de la eternidad del cosmos.

6.9.2. Orígenes

Orígenes es el más grande pensador cristiano anterior a Agustín y uno de los pensadores más originales de todos los tiempos. Había nacido en el seno de una familia cristiana hacia el año 185.

Era un hombre culto. Porfirio, que debió conocer a Orígenes en su juventud, habla de su fabulosa formación: «En su conducta vivió como cristiano, adaptándose a sus leyes, pero en las creencias referentes a las cosas de la divinidad era griego, pues llevó el arte de los griegos a la fábula extranjera. Leía continuamente las obras de Platón, de Numenio, de Cronio, de Apolófanes, de Longino, de Moderato, de Nicómaco, de los pitagóricos, de Cremón el estoico y de Cornuto. En ellos conoció el método alegórico de los griegos que adaptó a las Escrituras de los judíos».

Debido a su deseo de refutar a los gnósticos y hacer el pensamiento cristiano lo más próximo posible al de sus interlocutores, aceptó muchas teorías de sus adversarios. A Orígenes se le acusó —como hizo Epifanio de Salamina en el siglo IV— de incorporar conceptos filosóficos paganos en la interpretación de la fe cristiana. En Orígenes, filosofía y revelación van estrechamente unidas.

La carrera profesional de este pensador se divide en dos etapas: *a*) durante la primera, que abarca del 203 al 231 estuvo al frente de la escuela de Alejandría, tras la muerte de Clemente; durante estos años fue alumno de Ammonio Saccas, el fundador del neoplatonismo, enseñando, tanto a cristianos —heréticos o no— como a paganos, cursos preparatorios de matemáticas, física, dialéctica, astronomía, geometría, filosofía griega y teología especulativa. Poco después dejó estos cursos en manos de su discípulo Heraclas, dedicándose a la enseñanza de la filosofía, de la teología y de las *Sagradas Escrituras*.

Orígenes viajó mucho. Hacia el año 212 llegó a Roma para conocer a la comunidad cristiana en esta ciudad, entablando conversaciones con el teólogo Hipólito. Poco antes del 215, el gobernador romano de Arabia le llamó, marchando hacia el 216 a Palestina y visitando después Grecia. En el transcurso del viaje se hizo ordenar sacerdote. Su obispo le excomulgó, debido a sus ideas avanzadas, y más tarde fue depuesto como sacerdote.

b) La segunda etapa de su vida profesional la pasó en Cesarea de Palestina, donde enseñaría durante más de veinte años siguiendo un programa de estudios parecido al impartido en Alejandría. Orígenes obligó a los alumnos a leer las obras de los filósofos, salvo las de aquellos que negaban la existencia de Dios y de la providencia. Murió en el año 253, como resultado de los tormentos sufridos durante la persecución de Decio.

En su pensamiento la filosofía griega no ocupa el lugar preferente que ocupa en el de Clemente. Platón influyó poderosamente en él, lo que le llevó a cometer graves errores: Orígenes no sólo interpretó el cristianismo con los cánones de la teología platónica y de otros filósofos neoplatónicos y escépticos, sino que aceptó lo fundamental de la cos-

mología platónica. El papel del *Logos* en el cosmos es, en la visión de Orígenes, muy parecido al que Platón asignó al alma del Universo. Justiniano I logró que se condenaran en el Concilio de Constantinopla, celebrado el año 543, algunas de las doctrinas de Orígenes.

La producción de Orígenes es inmensa, pero la mayoría de sus obras se ha perdido o ha llegado a nosotros a través de traducciones latinas.

Orígenes es el fundador de la ciencia escriturística; hizo una Biblia sextuple (*Exaplas*), tarea a la que dedicó su vida. Dispuso el texto en seis columnas paralelas, con el texto griego en caracteres hebraicos; el texto hebreo en caracteres griegos; la traducción de Aguila, judío del tiempo de Hadriano; la de Símmaco, judío de la época de Septimio Severo; la de los Setenta y la del judío *Teodocion,* del 180; publicó también las cuatro versiones griegas, *Tétraplas.*

Orígenes predicaba todos los días sobre las *Sagradas Escrituras.* Sólo se conservan 20 sermones; escribió ocho libros de *Comentarios al Evangelio de San Juan,* importantes para el conocimiento de la mística. Pero la obra suya más destacada es el tratado *De principiis* que podemos considerar como el primer sistema de teología cristiana. Dedicó también algún tratado al tema de la resurrección.

La obra más leída de Orígenes es su *Contra Celso,* tratado culminante de la apología cristiana, si bien trató de aceptar e incorporar en él todo lo que era aceptable del pensamiento de sus adversarios.

La teología de Orígenes se detiene en la naturaleza del Dios supremo, que describe en términos platónicos: inmutabilidad, incorporeidad, ausencia de pasiones. Siguiendo al propio Platón, a los cristianos primitivos y a ciertos paganos, rechazó una concepción antropomórfica de la divinidad. En general, disminuyó la importancia histórica de Cristo y el valor redentor del sacrificio de la cruz, relativizando igualmente el valor de los evangelios como hechos históricos, al tiempo que recurrió frecuentemente a la exégesis alegórica en la interpretación de los Libros Sagrados, siguiendo la distinción platónica entre mundo sensible y mundo inteligible, entre apariencia y realidad.

Orígenes defendió la teoría griega de la transmigración y preexistencia de las almas y la de la apocatastas o restauración de todas las cosas en su estado original, por lo que fue condenado.

6.10. Teología cristiana

El cristianismo primitivo se caracterizó por una coexistencia de interpretaciones diversas, contradictorias y divergentes, pues el dogma no se estableció de una manera fija con los apóstoles, ni con los escritos del *Nuevo Testamento.*

En las creencias del cristianismo primitivo había unos elementos fijos y otros flexibles. Los primeros eran: la fe en un único Dios Padre creador y remunerador, la fe en la providencia, la redención por Cristo y la resurrección de los muertos, la eucaristía y la revelación bíblica.

Antes de que los grandes concilios fuesen celebrados —el de Nicea del 325 o el de Calcedonia del 451— se produjeron enconadas disputas entre los cristianos y circularon doctrinas teológicas dispares.

La ortodoxia, o mejor, lo que acabó imponiéndose como ortodoxia no representa la forma inicial del cristianismo primitivo. Igualmente las fórmulas heréticas tampoco fueron más antiguas que las ortodoxas. La lucha antignóstica contribuyó en gran medida a establecer los fundamentos de la ortodoxia.

Muchas teorías fueron tenidas por herejías porque en siglos posteriores se impuso la tesis contraria. Así, los apologistas Tertuliano, Orígenes o el papa Calixto fueron subordicionalistas. La ortodoxia tampoco fue siempre la opinión de la mayoría; la fórmula primitiva del cristianismo local en Asia Menor, Alejandría o Edesa, que seguía la mayoría de los fieles, fue después considerada herética. En la fijación de la ortodoxia desempeñó un papel preponderante la Iglesia de Roma.

El problema principal de la teología cristiana primitiva fue el de las relaciones entre Dios Padre y Cristo. Una de las interpretaciones ofrecidas más antiguas fue la del adopcionismo que niega a Jesús la naturaleza divina; Cristo no era Hijo de Dios desde la eternidad, sino sólo a partir del bautismo, cuando descendió sobre él el Espíritu de Dios. La doctrina adopcionista fue seguida por el judeocristianismo reapareciendo en el monarquianismo dinámico del sacerdote romano Teódoto, a finales del siglo II.

Según esta segunda teoría, el Hijo es únicamente otro nombre del Padre; Padre e Hijo son dos modos de existencia del mismo ser. En Roma debió de haber numerosos partidarios de esta doctrina, como Práxeas, Noeto y Sabelio (por lo que fue también conocida como sabelianismo).

Hipólito de Roma siguió un camino intermedio entre el adopcionismo y el sabelianismo con el riesgo de abandonar la unidad para salvaguardar las personas. Hipólito fue acusado de diteísmo, es decir, de admitir la existencia de dos dioses.

El obispo de Roma, Víctor, excomulgó a los adopcionistas y el papa Calixto a Sabelio. A finales del siglo III, el obispo de Alejandría Dionisio insistió en la distinción de las personas, proponiendo una teoría intermedia entre el modalismo y el diteísmo.

Examinaremos a continuación, brevemente, la obra y el pensamiento de las cinco principales figuras en el campo de la teología cristiana.

6.10.1. Ireneo de Lyón

Era originario probablemente de Esmirna donde fue discípulo de Policarpo. Por motivos que desconocemos se fue a vivir a Lyón, en la Galia. Siendo presbítero fue enviado por su iglesia al Obispo de Roma, Eleuterio —en el año 177— como mediador en una cuestión referente al montanismo, convirtiéndose poco a poco en el mejor teólogo del siglo II.

Su obra principal lleva el título *Adversus haereses*; se trata de una obra antignóstica en la que demuestra conocer el pensamiento de Simón Mago, Menandro, Basílides, Carpócrates, Cerinto, Marción, etc., refutando con argumentos sólidos las ideas gnósticas de los valentinianos y de los marcionitas.

Finalmente trató de la resurrección de la carne, negada por los gnósticos. La idea central de Ireneo es la unidad de Dios, creador y redentor, unidad de revelación (*Antiguo* y *Nuevo Testamento*), unidad del elemento divino y humano en Cristo, unidad de fe y de Iglesia y unidad del plan divino desde la creación hasta la instauración del Reino de Dios, a lo que Ireneo llama recapitulación.

6.10.2. Hipólito de Roma

Hipólito era, probablemente, de origen oriental. Conoció bien la filosofía y las religiones mistéricas y fue un gran escritor de la categoría de Orígenes. También fue el primer antipapa, al oponerse a las medidas de penitencia decretadas por el obispo de Roma, Calixto. Murió mártir, tras haber fundado una pequeña comunidad.

Su obra principal se titula *Exposición de todas las doctrinas filosóficas*. Tanto en el método como en el contenido continúa Hipólito la obra de Ireneo. En el año 234, Hipólito compuso una *Crónica,* que abarcaba desde la creación hasta el año de su composición, para calmar a los que creían que el fin del mundo era inminente. Se inspira Hipólito en la Biblia, en la *Crónica* de Julio Africano, aparecida en el año 221 y en los *Tapices* de Clemente de Alejandría. La *Tradición apostólica* es la más antigua e importante de las Constituciones Eclesiásticas antiguas. Conserva el ritual y las normas para la ordenación, las funciones de la jerarquía, celebración de la eucaristía y administración del bautismo. La *Tradición Apostólica* tuvo mucha importancia en Egipto y fue fuente de gran número de constituciones eclesiásticas orientales. Hipólito fue un subordinacionista más acentuado que Justino, que Atenágoras, que Teófilo o que Tertuliano.

6.10.3. Novaciano

Novaciano era, hacia el año 250, una persona importante dentro del clero romano. El Papa Cornelio le pintó con tintes sombríos al hablar de su «astucia y duplicidad», de sus perjurios y falsedades, de «su carácter insociable y de su amistad de lobo».

El estilo de sus obras es brillante y cuidado. Su tratado *Sobre la Trinidad,* escrito antes del 250, es la primera gran aportación de Roma a la teología; reunió en ella la doctrina expuesta por Teófilo de Antioquía, Ireneo, Hipólito y Tertuliano, siguiendo un camino intermedio entre el monarquismo y el adopcionismo.

6.10.4. Tertuliano

La aportación de Tertuliano a la teología cristiana es enorme, adelantándose en muchos aspectos a los concilios de Nicea y de Calcedonia. Fue fundador, en cierta medida, de la teología occidental.

La principal contribución de Tertuliano a la teología se encuentra en el campo de la Trinidad y la Cristología. Fue él el primero en utilizar el término latino de *trinitas* referido a las tres personas divinas, y quien por vez primera usó el término *personas,* tan utilizado en la teología posterior. Afirmó las dos naturalezas en la persona de Cristo, pasándose en los últimos años de su vida al montanismo, para defender la Iglesia espiritual frente a la Iglesia de los obispos.

6.10.5. Cipriano

Cipriano, a diferencia de Tertuliano, de quien fue discípulo, fue un hombre de acción. Nació entre los años 200 y 210, probablemente en Cartago en el seno de una familia culta pagana. Tras alcanzar fama como rétor y maestro de elocuencia, se hizo consagrar obispo de Cartago (248 ó 249), muriendo mártir en la persecución de Valeriano.

El obispo de Cartago era de la opinión de que los cismas y las herejías procedían del diablo. Sin embargo, Cipriano ha pasado a la historia más por sus reflexiones sobre la Iglesia que por su pensamiento teológico. Tuvo una concepción lineal de la historia —y no cíclica, como defendieron los pensadores grecolatinos.

En su carta a Demetriano, Cipriano expresa su preocupación por la crisis que atravesaba el Imperio: declive de la producción, presión de los bárbaros, pérdida de los valores tradicionales, etc. Interpreta esta desastrosa situación en el sentido de que el mundo había entrado en la vejez.

Cipriano, al igual que toda la Iglesia primitiva, sólo concede al obispo de Roma un primado de honor, no de jurisdicción. Se opuso al obispo de Roma. Estaban en la controversia sobre el bautismo de los herejes, y expuso como presidente del concilio africano, celebrado en septiembre del año 256, su opinión:

> Nadie entre nosotros se proclame a sí mismo obispo de obispos, ni obligue a sus colegas por tiranía o terror a una obediencia forzada, considerando que todo obispo por su libertad y poder tiene el derecho de pensar como quiera y no puede ser juzgado por otro, lo mismo que él no puede juzgar a otros. Debemos esperar todos el juicio de Nuestro Señor Jesucristo, quien sólo y señaladamente tiene el poder de nombrarnos para el gobierno de su Iglesia y de juzgar nuestras acciones.

La primera vez que un obispo, seguramente Calisto, obispo de Roma, se aplicó a sí mismo, «tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi iglesia», frase que hoy se admite generalmente que no remonta al Jesús histórico, que no fue fundador de ninguna iglesia, durante su vida terrenal, las tres grandes figuras del momento se opusieron a esta interpretación, pues Tertuliano afirmó que esa frase sólo se refiere a Pedro; Cipriano que a Pedro como representante de todos los obispos y Orígenes a todos los fieles que se convierten en roca por su fe en Cristo.

6.11. Primeras traducciones de la Biblia

Hasta finales del siglo II, la Iglesia usó el griego como lengua litúrgica, así como también los escritores eclesiásticos. No se necesitaban, pues, traducciones de los *Libros Sagrados.*

El cristianismo africano usó, al parecer, el latín en la liturgia antes que Roma; en el año 180 los cristianos africanos contaban ya con versiones latinas de parte del *Nuevo Testamento.* Tertuliano menciona —para algunos años más tarde— la existencia de una versión latina de la Biblia, que él mismo criticó, y hacia el 250 la Iglesia africana disponía de su versión de todos los *Libros Sagrados.*

7. El culto cristiano

7.1. El bautismo

El bautismo cristiano, rito de iniciación de los fieles en la comunidad cristiana, no tiene su origen en los ritos semejantes de iniciación de las religiones mistéricas, sino en el bautismo como símbolo de penitencia que practicaron algunos judíos, como Juan Bautista, al que se sometió Jesús.

Se trataba de un bautismo por inmersión en el que se pronunciaban los nombres de las tres divinas personas durante la ceremonia, entrando así el bautizado en contacto con Dios.

Pero ya en época de Pablo comenzaron las especulaciones místicas. La inmersión se vio como un símbolo de la muerte, un morir del neófito con Cristo; el agua como el símbolo de su sangre. Pablo rechaza la interpretación de unas misteriosas relaciones entre el bautizante y el bautizado.

Una catequesis solía preceder al bautismo. En época de Tertuliano éste se administraba ya a los niños, pero carecemos de testimonios de que se hiciera antes. Se consideraba que el bautismo borraba todos los pecados; Porfirio y Juliano atacaron esta creencia por considerarla una invitación al vicio, perdonados así después tan fácilmente. Idéntica objeción hizo Quintila de Cartago, lo que motivó que Tertuliano le replicase en su obra *Sobre el bautismo.* Es éste el primer tratado de importancia sobre la liturgia de este sacramento y el único publicado sobre él antes de Nicea.

En la Iglesia de los gentiles se interpretó el bautismo, desde los comienzos, como un misterio de salud. Algunas sectas introdujeron la

costumbre de bautizar repetidas veces, pero esta norma no prosperó. Al principio era un acto público, pero a partir del siglo II se hizo en secreto.

También a partir del siglo III se tendió a retrasar el bautismo y, así, Constantino fue bautizado poco antes de morir. Contra esta costumbre luchó la Iglesia sin éxito.

La preparación del bautismo era muy importante, como se desprende de *La doctrina de los doce apóstoles*. El neófito debía conocer la doctrina de Jesús y sus obligaciones como cristiano. Según Justino, sólo cuando el catecúmeno conocía bien la doctrina cristiana y estaba determinado a seguirla, podía recibir el bautismo. Esta catequesis tuvo un precedente judaico en la catequización de los prosélitos antes de su ingreso en la sinagoga.

La catequesis variaba según las necesidades y disposiciones de los fieles. En la *Tradición Apostólica*, de Hipólito, se habla de una preparación de tres años, que podía ser reducida. Se celebraba generalmente con ocasión de la Pascua o de Pentecostés y la liturgia bautismal variaba de unas provincias a otras.

Varias semanas antes del bautismo había una instrucción intensa, acompañada de ayunos, penitencias y oraciones. El obispo administraba el bautismo, que era acompañado de exorcismos; los presbíteros, diáconos y seglares podían administrarlo también con permiso del obispo.

El día del bautismo el obispo ungía con aceite al bautizante, recibiendo de este modo al Espíritu Santo. La Iglesia latina separaría más tarde estos dos ritos —el agua y el aceite— llamando al segundo confirmación y haciendo de él un sacramento distinto.

Tertuliano negó validez al bautismo administrado por herejes, lo que sería después motivo de fricción entre Cipriano y el obispo de Roma.

7.2. La eucaristía

La eucaristía ocupó el centro del culto cristiano. Los *Hechos de los Apóstoles* la denominan «la fracción del pan» y Pablo «la comida del Señor».

El origen de este sacramento era judío: la bendición pronunciada sobre el pan y sobre el vino, elemento de la liturgia doméstica que solía celebrar Jesús en compañía de sus discípulos. Sólo Lucas menciona la institución de la eucaristía, siendo Pablo el primer cristiano que formuló una teología sobre ella.

La eucaristía prefigura la muerte de Jesús. Era un símbolo de la

unión de los fieles entre sí y de ellos con Cristo. Se celebró desde sus comienzos en domingo, dentro de una comida de la comunidad en la que se producían excesos, según cuenta Pablo en su *Primera Carta a los Corintios*. En el siglo II se separó la comida de la comunidad de la «cena del Señor», convirtiéndose aquella en una comida para los pobres que terminaría por desaparecer.

Esta evolución se puede seguir bien a través de la *Didaché,* la *Apología* de Justino, la *Tradición apostólica* de Hipólito o la *Didascalia* de comienzos del siglo III. La liturgia de la cena varió algo de unas Iglesias a otras, pero Roma acabó por imponer su liturgia en Occidente. Justino —que describe la eucaristía como sacrificio— narra cómo la liturgia del bautismo y de la eucaristía se celebraban en Roma (Apol. I, 61, 1-3; 7-13; 65-66). Señala que la eucaristía se celebraba de dos formas: la primera la recibían los recién bautizados, mientras la segunda tenía lugar todos los domingos.

La liturgia eucarística comenzaba con una lectura de los evangelios o de los profetas, a la que seguía el sermón con una aplicación moral extraída de las escrituras. Los cristianos pedían a continuación por su comunidad y por todos los hombres. Terminada la oración, los asistentes se daban el ósculo de paz y presentaban al consagrante el pan, el vino y el agua para que fueran consagrados. Los diáconos repartían el pan entre los presentes y lo llevaban a los ausentes. Justino puntualiza que el pan y el vino eran la carne y sangre de Cristo y que se consagraban con las mismas palabras utilizadas por Jesús en la última cena.

La eucaristía se tomaba, pues, bajo las dos especies, pan y vino, como afirma a finales del siglo III el epitafio de Abercio de Heliópolis. Por la Carta de Dionisio, discípulo de Orígenes, y la del obispo de Alejandría, se sabe que la eucaristía se enviaba a los enfermos y moribundos. La mesa en la que se celebraba la eucaristía acabó por convertirse en altar.

Porfirio encontraba irracional e insensato «que un hombre deba comer carne humana y beber la sangre de su semejante y pariente y recibir por esto la vida eterna. ¿Si de esto sois capaces qué otra salvajada no cometeréis en la vida?, ¿qué otro crimen más detestable podréis inventar que esta perversidad nauseabunda?».

Pasa después este acérrimo enemigo del cristianismo a recoger algunos casos en los que se comió carne humana sin pretenderlo para continuar diciendo: «Nadie ha recibido de la boca del maestro tal enseñanza. Recorred desde los escitas a los macrobios de Etiopía, dad una vuelta a todo el Océano, encontraréis pueblos que se alimentan de insectos y de raíces, que comen topos y serpientes, todos se abstienen de comer carne humana. ¿Qué significan estas palabras? Admitiendo que deban tener un sentido místico-alegórico y más humano, el simple

sonido de estas palabras, cuando llega al oído, basta para ofender el alma y revolverla con su monstruosidad. Muchos maestros dan vueltas por presentar novedades y cosas raras. A ninguno se le ha ocurrido un mandato tan extraño y horrible, a ningún historiador, a ningún filósofo, a ningún bárbaro o griego desde los tiempos antiguos. Decidme, ¿habéis perdido la cabeza, cuando empujáis a la gente crédula a seguir esta creencia?... Por esta razón yo creo que ni los evangelistas Marco, ni Lucas, ni Mateo han narrado esta institución de la eucaristía, porque creían que tales palabras no son dignas de hombres civilizados, sino bárbaras e inconvenientes y fuera de toda recta costumbre». Tal es el juicio que a un pagano culto, hombre profundamente religioso y antiguo catecúmeno cristiano, merecía la eucaristía. Si la resurrección de la carne era totalmente inaceptable para los paganos, menos aún lo fue la eucaristía.

7.3. Culto litúrgico

Gracias a las descripciones de varios autores, tenemos una idea clara de la celebración litúrgica. Los *Hechos apócrifos de los apóstoles* son de gran interés para conocer la historia del culto cristiano en los siglos II y III, ya que describen la liturgia cristiana antigua en casas privadas —que fue donde en principio se celebraba— y contiene himnos y oraciones.

Justino señala que los domingos se reunían todos los cristianos que habitaban los campos y las ciudades para celebrar la liturgia; con esta ocasión se hacía una colecta, que se entregaba al obispo, para socorrer a los huérfanos, a las viudas, a los enfermos y necesitados, etc.

Otra descripción del culto cristiano es recogida por Tertuliano en su *Apología* (39, 1-7), que presenta muchos puntos comunes con la narración de Justino. Señala concretamente que «se reza por los emperadores, por los ministros, por las autoridades, por el Estado, por la paz del mundo y por el retraso en su final». En las asambleas litúrgicas se reprendían los vicios y a quienes habían cometido alguna falta grave se les apartaba de las reuniones y del trato con los fieles.

En las *Didascalia* hay también una interesante descripción de las reuniones litúrgicas y del lugar que deben ocupar en ellas el obispo, los presbíteros, los diáconos, los laicos y las mujeres. El trono del obispo estaba en la parte oriental de la casa y con él se sentaban los presbíteros; el resto de esta misma parte lo ocupaban las mujeres. En la oración primero se levantaban los jefes de la asamblea, después los seglares y finalmente las mujeres. Terminado el sermón o los sermones (de los que hablan las *Constituciones apostólicas,* obra redactada hacia el año

380 en Antioquía o en Constantinopla, pero que recoge documentación más antigua) salían del local los catecúmenos, los pecadores públicos y los enfermos mentales en primer lugar.

El culto tomaba frecuentemente el aspecto de verdaderos concursos de oratoria, debido al gusto de los griegos por el ejercicio de la elocuencia y de la retórica. La primera parte del culto litúrgico —lecturas bíblicas y predicación— está tomada, al parecer, de la sinagoga. En su elemento fundamental, la eucaristía, el culto litúrgico se parecía mucho a la celebración de los misterios, en los que sólo los iniciados tomaban parte.

Se suele aceptar que esta disciplina del misterio se desarrolló en el culto cristiano en contacto con las religiones mistéricas que muchos fieles habían frecuentado. Incluso se ha defendido que la liturgia cristiana no puede ser comprendida nunca si no es por analogía con las religiones y el culto mistéricos. Esta atmósfera de misterio se manifiesta no sólo en la salida de los catecúmenos y pecadores, o en el cierre de las puertas antes de comenzar la segunda parte del ritual, sino también en el ocultamiento de los propios fieles del altar y el rito eucarístico, al menos en las iglesias orientales, pues en occidente el culto se celebró de cara al público.

El culto litúrgico —como ya se ha dicho— variaba de unas iglesias a otras, conservando unas partes esenciales o comunes a las iglesias de Roma, Africa y Siria. Así, el cánon de la misa romana —que en sus aspectos fundamentales se ha conservado— data del 370 (época del pontificado de Dámaso), si bien algunos aspectos remontan a la persecución de Decio. Se prescribe en él a los fieles el secreto absoluto sobre el bautismo y la eucaristía y concretamente sobre las palabras de la consagración y el símbolo de la fe, al igual que ocurría en las religiones mistéricas.

El culto litúrgico, que en principio sólo se celebraba los domingos, pasó a celebrarse en Africa —ya desde el siglo III— diariamente, costumbre que se implantó posteriormente también en Occidente. Al siglo IV remonta el uso de recibir la eucaristía diariamente en Roma y en Hispania.

7.4. El ciclo litúrgico

El culto litúrgico anual culminaba con la fiesta de la Pascua, que constituía la más antigua fiesta del calendario cristiano, en la que se conmemoraba la pasión de Cristo y —más tarde— la resurrección.

En ciertos misterios, como en los de Atis, se recordaba también la pasión, muerte y resurrección del Dios con grandes festejos, celebra-

dos durante el mes de marzo. No parece que dichas fiestas sean la base de la celebración de la Pascua cristiana, ya que ambas tenían diferentes contenidos. Los misterios tenían un carácter agrario y cósmico, mientras la Pascua cristiana conmemoraba un hecho histórico: la pasión de Cristo.

La Pascua estaba precedida de un ayuno pascual que en origen se celebraba solamente en sábado. Ya la *Didaché* menciona dos días de ayuno a la semana, el miércoles y el viernes. Por los años del concilio de Nicea, se celebraba un ayuno de cuarenta días en recuerdo del que Jesús practicó en el desierto.

El rigor del ayuno variaba mucho de unas Iglesias a otras. Se prohibía a los cristianos comer carne, pero en ciertos lugares también comer pescados, huevos o frutas.

El bautismo solía celebrarse la noche del sábado a domingo de Pascua, fecha que indica claramente la significación del rito bautismal: quien lo recibía participaba de la muerte y resurrección de Cristo.

La liturgia de la Pascua iba acompañada de otras solemnidades religiosas, como la de Pentecostés, que cerraba el tiempo pascual. Esta fiesta estaba tomada de la liturgia de la sinagoga, que celebraba cincuenta días después de la Pascua la salida de Egipto. Era la fiesta de las primicias y —al mismo tiempo— de la promulgación de la Ley, pues, fue después de la salida del pueblo judío de Egipto, cuando Jahvé entregó la Ley en el Sinaí. Tertuliano, Orígenes y los *Hechos de los Apóstoles* mencionan el Pentecostés.

Melitón de Sardes veía en la Pascua hebrea un prototipo de la Pascua cristiana, e Hipólito de Roma escribió una *Carta* sobre la *Determinación de la fecha de la Pascua*, objeto ésta de controversia entre el obispo de Roma, Víctor, y las Iglesias orientales. En siglos posteriores, a estas dos fiestas se añadieron las de Natividad (celebrada el 25 de diciembre) y Epifanía (el 6 de enero).

La de Natividad celebraba la aparición de Dios sobre la tierra. Probablemente surgió en Egipto, extendiéndose desde Jerusalén a través del Oriente. Esta fiesta se celebraba ya desde el año 380 en Antioquía y Constantinopla, y en Occidente se documenta desde los tiempos del emperador Constantino. La Epifanía, por el contrario, era desconocida aún a finales del siglo IV.

7.5. El culto a los mártires

El culto a los mártires es un aspecto importante de la religión cristiana primitiva. Se trataba de venerar a los mártires que habían dado su vida por confesar su fé en Cristo. Pronto, el culto a los mártires se hizo

muy popular, quizá por satisfacer la necesidad de contar con unos intercesores inmediatos ante Dios. El culto tenía por objeto venerar sus reliquias y se celebraba sobre sus tumbas.

El judaísmo también contó con un culto a los mártires. Los escribas y fariseos levantaban tumbas a los profetas y adornaban los sepulcros de los justos. Según el Evangelio de Mateo, a comienzos de la era cristiana, los judíos veneraban a los siete hermanos Macabeos y a su madre, víctimas de la persecución de Antíoco IV. El cuarto libro de los Macabeos parece tratarse de una homilía, pronunciada sobre la tumba de estos mártires, emplazada en Antioquía.

También desempeñó un destacado papel, en el origen del culto a los mártires cristianos, el culto a los héroes paganos, que se generalizó mucho durante el período helenístico; el culto a los mártires puede ser una cristianización de esta costumbre pagana.

El testimonio más antiguo del culto cristiano a los mártires lo encontramos en la carta que la iglesia de Esmirna dirigió a la comunidad cristiana de Filomelion, en Frigia, hacia el año 156; en ella daba cuenta del martirio de Policarpo en aquel mismo año. En esta carta hay un testimonio muy claro sobre el significado del culto a los mártires: «A Cristo lo adoramos como Hijo de Dios que es, a los mártires les tributamos con toda justicia el homenaje de nuestro afecto, como a discípulos e imitadores del Señor, por el amor insuperable que mostraron a su Rey y Señor».

En la carta de la iglesia de Esmirna se dice también que el procónsul Estacio Cuadrado ordenó dispersar las cenizas de Policarpo para que los cristianos no se apoderasen de ellas y afirmaran que el mártir había resucitado.

A Orígenes remonta la teoría —de gran importancia más tarde para el monacato— de que aquellos que no pueden ser mártires lo serán por la mortificación y la renuncia durante la vida.

Justino fue de la opinión de que sólo las almas de los mártires iban directamente al cielo, mientras las almas buenas iban al Hades —donde estaban separadas de las de los malos— hasta el momento de la resurrección.

7.6. Actas de los mártires

Los cristianos recogieron muy pronto por escrito las informaciones de su mártires que solían ser leídas en los actos litúrgicos que conmemoraban el martirio.

Un grupo está formado por los procesos verbales oficiales del tribunal que los juzgó, como las *Actas de Justino y sus compañeros* y las *Actas de los mártires escilitanos de Africa.*

El segundo conjunto está integrado por los relatos de testigos oculares o de contemporáneos y se les llama *passio* o *martyria*. A él pertenecen el *Martirio de Policarpo*, la *Carta de las Iglesias de Vienne y Lyón a las Iglesias de Asia y de Frigia* y la *Pasión de Perpetua y de Felícitas*, mártires africanas del año 202. La importancia de esta última *passio* es grande, pues en gran parte es el diario escrito en la cárcel por Perpetua y por el catecúmeno Satuno. Esta obra es fundamental también para conocer las ideas escatológicas de los cristianos.

El tercer y último grupo está compuesto por leyendas sobre los mártires, como las de Cecilia, Inés, Lorenzo, Sebastián, etc.

7.7. Culto a los difuntos

El culto a los difuntos se generalizó en el cristianismo primitivo, siguiendo la costumbre pagana. Los cristianos solían enterrar a sus difuntos cerca de las tumbas de los mártires, colocándoles así bajo su protección.

El culto a los difuntos aceptó pronto las manifestaciones de la religiosidad popular, como la práctica del banquete funerario, celebrado sobre la tumba el día del entierro, o la costumbre del aniversario.

7.8. El culto a la Virgen

No existió en la Iglesia primitiva un culto a María, aunque algunos escritores, como Justino o Ireneo, tuvieron aprecio por esta figura y la Virgen con el niño era representada en las catacumbas. El *Protoevangelio de Santiago* menciona un hermanastro de Jesús, mientras el *Nuevo Testamento* alude a los hermanos uterinos; Tertuliano defendió también que los hermanos de Cristo eran verdaderos hermanos carnales.

El *Protoevangelio* se redactó precisamente para ensalzar la figura de María. Las fiestas en honor de la Virgen —la Concepción, la Natividad y la representación de María al templo— al igual que las festividades de Joaquín y de Ana arrancan de esta obra y carecen de base histórica; sin embargo, influyó mucho en el arte de todas las épocas, desde la Antigüedad. Para defender la virginidad de María hace intervenir a una partera que lo atestigua después del parto.

Los hermanos de Cristo no serían, en la realidad tales, sino hermanastros. José era viudo con hijos y se casó después con María. Esta fue concebida por Ana cuando era ya vieja y presentada al templo a los tres años. A la edad de doce años, Zacarías, sumo sacerdote, reunió a los viudos de Israel y entregó a María para la casa de José. A María le tocó bordar el velo del tempo y mientras lo tejía se le presentó un

ángel y le anunció que había concebido un niño. Tanto ella como José tuvieron que pasar una prueba de agua para demostrar que eran puros. Más tarde, los esposos tuvieron que ocultarse de Herodes en una montaña que se abrió.

Tal es el contenido de esta obra, condenada por el Papa Galasio, y conocida por hombres como Orígenes, Justino o Clemente de Alejandría. El *Protoevangelio de Santiago*, redactado a mediados del siglo II, fue, pues, una obra muy popular.

Sólo los evangelistas Mateo y Lucas, de todo el *Nuevo Testamento*, mencionan la virginidad de María exclusivamente en el parto de Jesús. Ningún otro autor alude a ella. El *Antiguo Testamento* desconoce la virginidad como virtud, lo que existe en Qumrán y en las enseñanzas de Jesús.

7.9. La penitencia

La Iglesia primitiva se planteó desde sus comienzos el perdón de los pecados cometidos después del bautismo, si bien los rigoristas defendieron que estos pecados no tenían perdón.

A partir del siglo III —e incluso antes— se generalizó un proceso de moralidad centrada en la cuestión de qué pecados podían perdonarse. Así, la *Didascalia*, al tratar el tema de la penitencia, defiende que todos los pecados —incluso el de la herejía— pueden perdonarse. En esta obra encontramos una liturgia muy desarrollada de la penitencia pública pero no se alude en ella a la penitencia privada.

Alrededor del año 230, siguiendo lo legislado por el Papa Calixto, muchas comunidades perdonaron todos los pecados de la carne y, a partir del 251, también el pecado de la idolatría.

Hemos de tener presente que la vida moral de los cristianos, aun ya en el siglo II, dejaba mucho que desear. Por estas fechas, un sacerdote cristiano predicaba «que el nombre de Dios es deshonrado entre los paganos por culpa de la vida llevada por los cristianos, porque en lugar de ser ajustada a los preceptos divinos, llevamos una vida indigna y los paganos nos dan las espaldas y hablan mal, asegurando que la doctrina cristiana es un mito y un nuevo error». Otros autores como Clemente de Alejandría o Eusebio se pronuncian en el mismo sentido.

7.10. Relaciones sexuales

El matrimonio cristiano era monogámico; el concubinato estaba permitido a los solteros como afirma tajantemente el canon XVII del Concilio de Toledo, celebrado hacia el 400.

Tertuliano menciona ya el matrimonio como sacramento, pero lo diferencia claramente del bautismo y la eucaristía, instituidos por Cristo.

El matrimonio era indisoluble, salvo en caso de adulterio, en el que la Iglesia primitiva aceptaba el divorcio, y las segundas nupcias. La costumbre de volverse a casar después del divorcio fue aceptada por diversos tratadistas y obispos, como Orígenes, Cipriano, Lactancio, el Ambrosiasta y Agustín. También es ratificada por el concilio de Arlés, celebrado en el año 314, en su canon 10.

La importancia de este concilio fue grande, pues participaron en él obispos de Sicilia, Italia, Galia, Britania, Hispania y Africa, y el obispo de Roma, Silvestre, envió legados.

Los cánones apócrifos del concilio de Nicea, en sus versiones griegas y árabes, que remontan al siglo IV permiten por otras causas separarse y volverse a casar, al igual que los cánones arménicos del sínodo de Chahapivan, celebrado en el año 447. El concilio venético del año 461 parece admitir claramente un nuevo matrimonio después del divorcio. Un texto de San Epifanio, aunque dudoso, parece admitir igualmente las nupcias después del divorcio; en realidad, ya Taciano, en el siglo II, y Tertuliano admitieron tal posiblidad.

Los canonistas bizantinos que escribieron poco después de S. Basilio, interpretaron los textos de este autor como una permisión para el nuevo matrimonio. La Iglesia bizantina, mucho antes de su separación de Roma, admitió el divorcio, aduciendo varios motivos a los expuestos por S. Mateo: la aceptación de lo legislado por Justiniano y otros emperadores posteriores.

El canon 17 del primer concilio de Toledo, celebrado hacia el año 400, indica bien la actitud de la Iglesia ante la moral sexual: «Si algún cristiano estando casado tuviera una concubina, sea privado de la comunión. Por lo demás, aquél que no tiene esposa y tuviera en lugar de la esposa a una concubina, no sea apartado de la comunión. Confórmese solamente con la unión de una mujer, sea esposa o concubina, como mejor le plugiere, y el que viviere de otra manera sea arrojado hasta que se arrepiente y regrese mediante la penitencia.»

El canon 8 del concilio de Elvira, que parece admitir el divorcio y las segundas nupcias, está, pues, en la línea del criterio expuesto por diferentes tratadistas eclesiásticos que defendieron idéntica posición. La iglesia hispana, en época más avanzada defendió la licitud del divorcio en caso de fornicación. Posteriormente, en la sociedad visigoda se permitió el matrimonio después del divorcio.

El fin del matrimonio era la procreación de los hijos, según algunos apologistas, como Atenágoras. Para Clemente este fin no era el único ya que el matrimonio —superior a la virginidad— tiene como fines el amor y la ayuda mutua también.

La jerarquía eclesiástica conoció hombres casados entre sus miembros. Sin embargo, los gnósticos herejes —como Marción— fueron contrarios al matrimonio; esta condena aparece ya en los *Hechos apócrifos de los Apóstoles*, en los *Hechos de Pedro*, en los *Hechos de Andrés*, etc.

La Iglesia condenó el adulterio, la fornicación, la homosexualidad, el aborto y la exposición de niños. Hipólito acusa, sin embargo, al papa Calixto de tolerar el aborto y las prácticas abortistas con drogas. No se conocen datos acerca de la oposición de la Iglesia a las prácticas anticonceptivas, que eran muy usadas en la Antigüedad, ni a la masturbación, por lo menos en los primeros siglos.

7.11. Ascetismo

En el siglo III comenzaron a aparecer en el seno de la Iglesia las primeras tendencias ascéticas. En la Carta de Pseudo-Clemente, obra siria de comienzos de este siglo, ya se habla de ascetas itinerantes de ambos sexos.

Poco después del gobierno de Aureliano, comenzó el ascetismo cristiano propiamente dicho con la retirada de Antonio, fundador del monacato egipcio en el desierto. Los primeros monjes no sabían leer ni escribir.

Este monacato practicaba un cristianismo radical, especializado en la lucha contra los demonios, y rechazaba totalmente no sólo la cultura pagana, sino también la de la propia Iglesia oficial, aseglarada ya durante estos años de paz, llena de riquezas y dividada por las continuas disputas y herejías.

La aparición del monacato coincide, pues, con el momento cumbre de la profunda crisis del siglo III. En su nacimiento es probable que hayan intervenido factores ajenos a la religión, como la huída de la presión fiscal y del servicio militar, así como en Egipto la desastrosa situación del campesinado.

7.12. La lucha contra los demonios

Cristianos y paganos vivían obsesionados con el demonio, concebido como potencia sobrehumana maligna. La idea que sobre el diablo tenían tanto paganos como cristianos, no difería sustancialmente. Ya al final del mundo helenístico —según se ha visto— la demonología y la angelología desempeñaron un papel importante entre las creencias populares, al igual que en la persona de Cristo. Por esta época comen-

zaron a propagarse tales creencias entre paganos y cristianos. En el siglo II esta creencia se había generalizado; el evangelista Lucas había descrito la vida de Jesús como una lucha continua contra los diablos y para Bernabé el mundo era el dominio del príncipe de las tinieblas.

Para los cristianos el diablo residía no sólo en los templos paganos, sino en todas las esferas de la vida, pero contaban con el poder del exorcismo para usarlo contra él; dicho poder es mencionado sólo por la literatura posterior a Justino. Sin embargo, también entre los paganos había exorcistas —sobre todo en Egipto— que conjuraban a los demonios mediante la magia, según nos dicen Celso y Luciano.

Muy pronto se extendió entre los cristianos la creencia de que los dioses y los demonios eran una misma cosa, idea que ya aparece en la *Apología* de Tertuliano. También Taciano dice que fueron los demonios quienes introdujeron el politeísmo.

Los demonios eran visibles para los hombres espirituales; podían causar enfermedades. Para Tertuliano estaban sometidos a los cristianos, pero eran perversos y viles.

De particular importancia son las opiniones de Celso y de Orígenes sobre los demonios, por tratarse de dos exponentes de la cultura pagana y cristiana, respectivamente. Celso afirmó que los cristianos deben su fuerza a la invocación de ciertos demonios, mientras que Orígenes defiende que sólo el nombre de Jesús es eficaz contra los demonios. Orígenes alude a los éxitos logrados por el exorcismo; Celso no los niega, como no niega los milagros obrados por Jesús, pero señala que los charlatanes y los magos de Egipto hacían lo mismo que él. Orígenes replica finalmente que los exorcistas cristianos arrojan a los demonios, no por artas mágicas o secretas, sino por medio de la oración.

Es importante conocer las ideas que sobre los demonios tuvo Orígenes, el mayor intelectual cristiano anterior a Agustín, por la influencia de su pensamiento en historiadores posteriores, como en Eusebio de Cesarea. Según Orígenes, hay una interferencia continua entre los demonios, los ángeles y los hombres. El demonio es el amo del mundo y de los pueblos: introdujo en el mundo la idolatría. Cristo liberó al hombre de la esclavitud del demonio. El culto al emperador era para Orígenes una prueba del carácter diabólico del Imperio Romano, que se legitimará sólo si se somete al reino de Dios.

8. Las relaciones entre el poder imperial y el cristianismo: las persecuciones

8.1. Nerón

Antes de la persecución de Nerón, el cristianismo no tuvo choques de mayor importancia con el poder civil, salvo algunos casos aislados: entre los años 41 y 44, el rey Herodes Agripa I hizo matar a Santiago, hermano de Juan. La expulsión de los judíos de Roma, por orden de Claudio, es probable que no estuviera relacionada con los cristianos.

El primer enfrentamiento serio entre el poder romano y la comunidad cristiana coincidió con el incendio de Roma en tiempos del emperador Nerón; a éste lo acusan las fuentes cristianas —como Melitón, Tertuliano o Lactancio— de ser el primer perseguidor de los cristianos. Los escritores paganos —Tácito, Suetonio— hablan también de esta persecución. Según este último, los cristianos fueron acusados de superstición maléfica. Según Tácito, Nerón hizo de los cristianos un chivo expiatorio al acusarlos de ser los causantes del incendio, pero dice también que la gente odiaba a los cristianos por su delitos.

8.2. La dinastía Flavia

Los emperadores Flavios fueron tolerantes con los cristianos. Sólo Domiciano llevó a cabo una persecución contra ellos; al cristianismo se

habían adherido probablemente algunos miembros de la familia imperial: Flavio Clemente, las dos Flavias Domitilas, Acilio Glabrión (condenado en el 95). Todos ellos fueron acusados de ateísmo, es decir, de negarse a rendir culto a los dioses de Roma y al emperador, lo que implicaba la acusación de *maiestas.* Unos —como Flavio Clemente y Acilio Glabrión— fueron condenados a muerte, otros —como Domitila— fueron deportados y finalmente a otros se les confiscaron sus bienes.

Sabemos que ciertas familias aristocráticas romanas, los Flavios y los Acilios Glabriones, de tiempos de Domiciano, o los Sergios Paulos y los Pomponios, mantuvieron buenas relaciones, encubiertas, con la Iglesia, durante el siglo II.

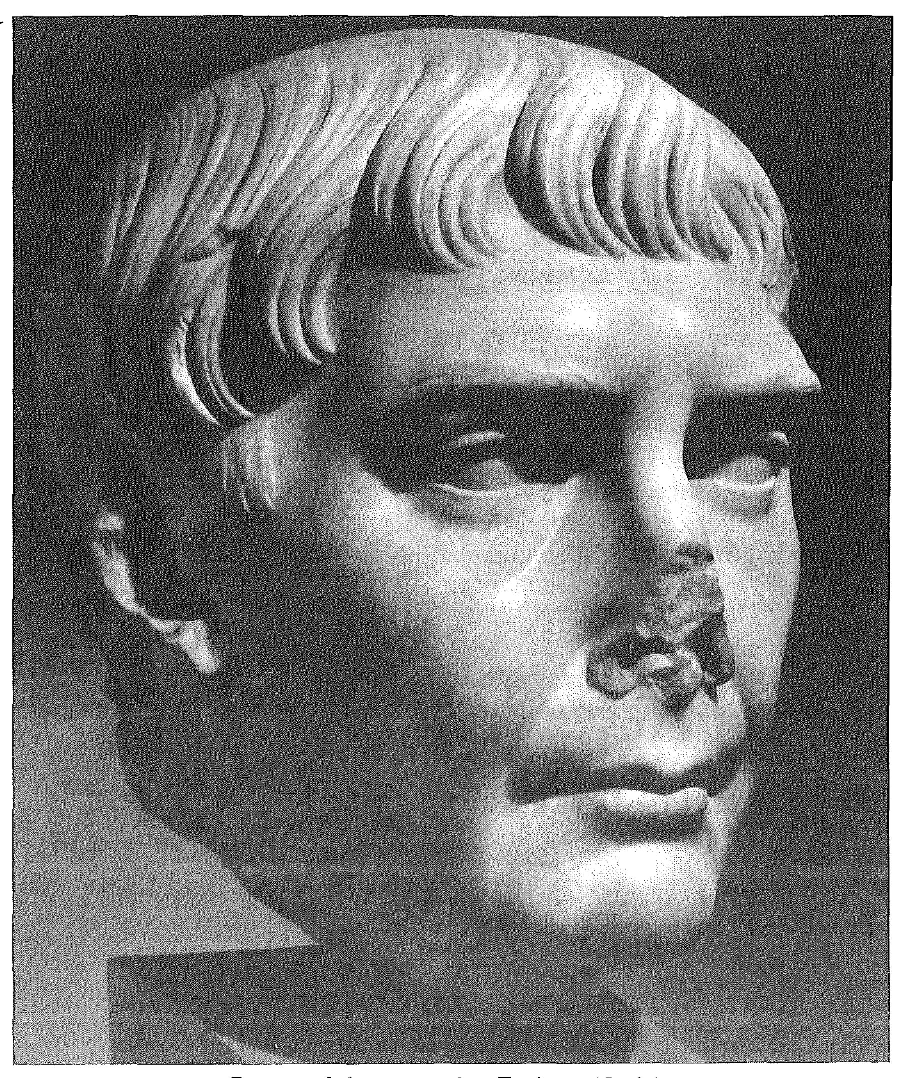
8.3. El rescripto de Trajano

A comienzos del siglo II, se produjo un período de hostilidad por parte del Estado contra los cristianos, como ponen de manifiesto los juicios dictados por Roma contra la secta y recordados por historiadores como Tácito, Plinio, Suetonio, Frontón o Elio Arístides.

Plinio el Joven, gobernador de Bitinia entre los años 111 y 113, escribió a su amigo Trajano, consultándole sobre la actitud a tomar con los cristianos. De la correspondencia se deducen varios datos importantes. En primer lugar que los procesos contra los cristianos eran frecuentes quince años después de la llegada de Trajano al poder. También podemos deducir de ella que los cristianos confesos debían ser condenados a muerte, que se les imponía la realización de sacrificios en honor de los dioses y las oraciones y súplicas, acompañadas de incienso y vino, ante la imagen del emperador.

Plinio encontraba a los cristianos culpables de ateísmo, de superstición ilícita y de irreverencia ante el emperador, pero no los consideraba un peligro para el Estado. En su informe a Trajano señala que, sometiendo a tortura a dos mujeres cristianas, no habían encontrado en ellas más que una superstición malvada y desmedida. Plinio es el autor pagano más antiguo que describe las asambleas litúrgicas de los cristianos, presentándolas como conjuraciones. Finalmente plantea al emperador, en su carta, tres cuestiones: si hay que tener en cuenta la edad de los acusados, si se perdona al apóstata y si la simple adhesión es motivo de culpa.

La respuesta de Trajano es ambigua y no contesta a ninguna de las tres preguntas formuladas por Plinio de una manera directa. Los cristianos, según el emperador, no deben ser buscados ni perseguidos por denuncias anónimas. El rescripto de Trajano se mantuvo en vigor hasta la persecución de Valeriano.



Retrato del emperador Trajano (Ostia).

8.4. El rescripto de Hadriano

Este rescripto es conocido por haber sido recogido por Justino en su *Apología*. En él, el emperador se niega a las peticiones de los provinciales de Asia, por las que se solicitaba una intervención más drástica contra los cristianos. El rescripto prueba tanto la falta de inte-

rés político en la persecución como la presión ejercida sobre el emperador por la opinión pública hostil a los cristianos.

Hadriano reforzó el rescripto de Trajano: el acusador debía presentar pruebas. Según la *Historia Augusta* este emperador pensó en la posibilidad de reconocer el cristianismo y tuvo preparados templos sin estatuas en honor de Cristo.

8.5. El rescripto de Antonino Pío

El emperador Antonino Pío recomendó varias veces que se realizaran innovaciones sobre los cristianos, pero el rescripto de Hadriano se interpretó en su tiempo de forma más restrictiva, lo que originó algunos mártires como el Obispo de Roma, Telesforo, Ptolomeo y Lucio.

En el caso del martirio de Policarpo de Esmirna hubo un abuso de poder por parte de las autoridades de Asia, que buscaban un chivo expiatorio para calmar al populacho, soliviantado a causa de los terremotos que asolaban la región.

8.6. Política de Marco Aurelio y de Cómmodo hacia los cristianos

Los gobiernos de estos dos emperadores suponen un punto de inflexión en los procesos anticristianos.

Durante este período se produjo una fuerte presión pública contra los cristianos a la que se sumó el maestro del emperador, el senador Frontón. Esta hostilidad de la masa es recordada por los autores cristianos como Eusebio (para la época de Trajano) y Tertuliano o Hipólito (para la de los Severos) y está confirmada por las *Actas de los mártires*. El poder central no contribuyó a alimentar esta hostilidad popular que se basaba en las acusaciones de acciones abominables.

La famosa arenga de Frontón contra los cristianos recoge estas acusaciones: infanticidio e incesto. Estos falsos rumores contribuyeron a originar frecuentes tumultos anticristianos, particularmente en las ciudades de habla griega. Es probable que los judíos instigasen a las multitudes paganas contra los cristianos, como se desprende de las *Actas de Policarpo*.

Durante este período se distinguen tres fases en los procesos anticristianos. A la primera fase pertenece el proceso de Justino y sus compañeros, a los que se aplicó la normativa vigente desde Trajano. Justino fue denunciado por Crescente; en el interrogatorio las autorida-

des mostraron su interés por conocer la vida asociativa de los cristianos y los lugares de culto.

En la segunda fase, en torno al año 177, la persecución se recrudeció, particularmente en la Galia, Asia Menor y Grecia, y durante ella tuvo lugar el proceso de los mártires de Lyón.

Finalmente, en la tercera fase, se plantearon de una manera abierta, pero no oficial, las relaciones Iglesia-Estado; la organización eclesiástica salió a partir de entonces de la clandestinidad.

8.7. La tolerancia de los Severos

Las fuentes cristianas —Eusebio, Sulpicio Severo, Jerónimo y Orosio— mencionan una persecución por parte de los Severos. La *Historia Augusta* —por el contrario— habla de un período de tolerancia.

En época de Septimio Severo fueron martirizadas, en Africa, Perpetua y Felícitas, y otros más en Egipto. Sin embargo, las fuentes contemporáneas cristianas no aluden a una persecución aunque sí a actuaciones anticristianas debidas al odio popular instigado por judíos y paganos.

Heliogábalo y, después, Alejandro Severo, favorecieron a los cristianos. Este, según la *Historia Augusta,* estuvo a punto de declarar a Cristo dios entre los dioses de Roma. El mayor peligro para el cristianismo lo constituyó, en aquellos años, no la persecución religiosa, sino el sincretismo religioso del momento, favorecido por el emperador; así supo verlo muy bien Orígenes.

8.8. Filipo el Arabe

Al concluir la dinastía severa, y particularmente con Maximino el Tracio, se produjo una reacción anticristiana. Eusebio afirma que hubo una persecución contra los obispos, lo cual está en contradicción con la afirmación del obispo Firmiliano —contemporáneo de los hechos— según la cual dicha persecución tuvo lugar sólo en la Capadocia.

La opinión pública tuvo a Filipo el Arabe por cristiano. Tanto él como su esposa Otacilia mantuvieron correspondencia con Orígenes y dos fuentes cristianas —Eusebio y Juan Crisóstomo— aluden a la penitencia pública que hizo el emperador, impuesta por un obispo cristiano, por haber sido responsable de la conjura militar que terminó con la vida de Gordiano III.

La historiografía moderna está hoy de acuerdo en aceptar el cristianismo de Filipo del Arabe.

8.9. La persecución de Decio

En el año 249, estalló en Alejandría una feroz persecución contra los cristianos que vino a coincidir con la muerte de Filipo, asesinado en una conjura del senador y prefecto de Roma, Decio.

Tras ser nombrado emperador, Decio se presentó como adversario de la política tolerante de Filipo; así lo indica la inscripción de Cosa, donde se le llama «restaurador de la religión».

Las fuentes contemporáneas a la persecución de Decio —Cipriano y Dionisio— prueban que el edicto del emperador sólo se refería a los cristianos, pero de las cédulas de sacrificio halladas en Egipto se deduce la obligatoriedad universal de este ritual romano. Decio impuso la necesidad de sacrificar víctimas, comer su carne, ofrecer libaciones y declarar fidelidad a los dioses de Roma.

El emperador preparó un programa de restauración religiosa, para ser aplicado durante su gobierno, tras los años de paz disfrutados hasta entonces por los cristianos. Dicha aplicación fue gradual. Primeramente (año 249) se aplicó en Roma; de este momento data la muerte del Obispo de Roma, Fabián. En el 250 se extendió a todo el Imperio; fue a partir de entonces cuando Roma —donde ya reinaba la tranquilidad— se convirtió en refugio para todos los cristianos que huían de la persecución en las provincias.

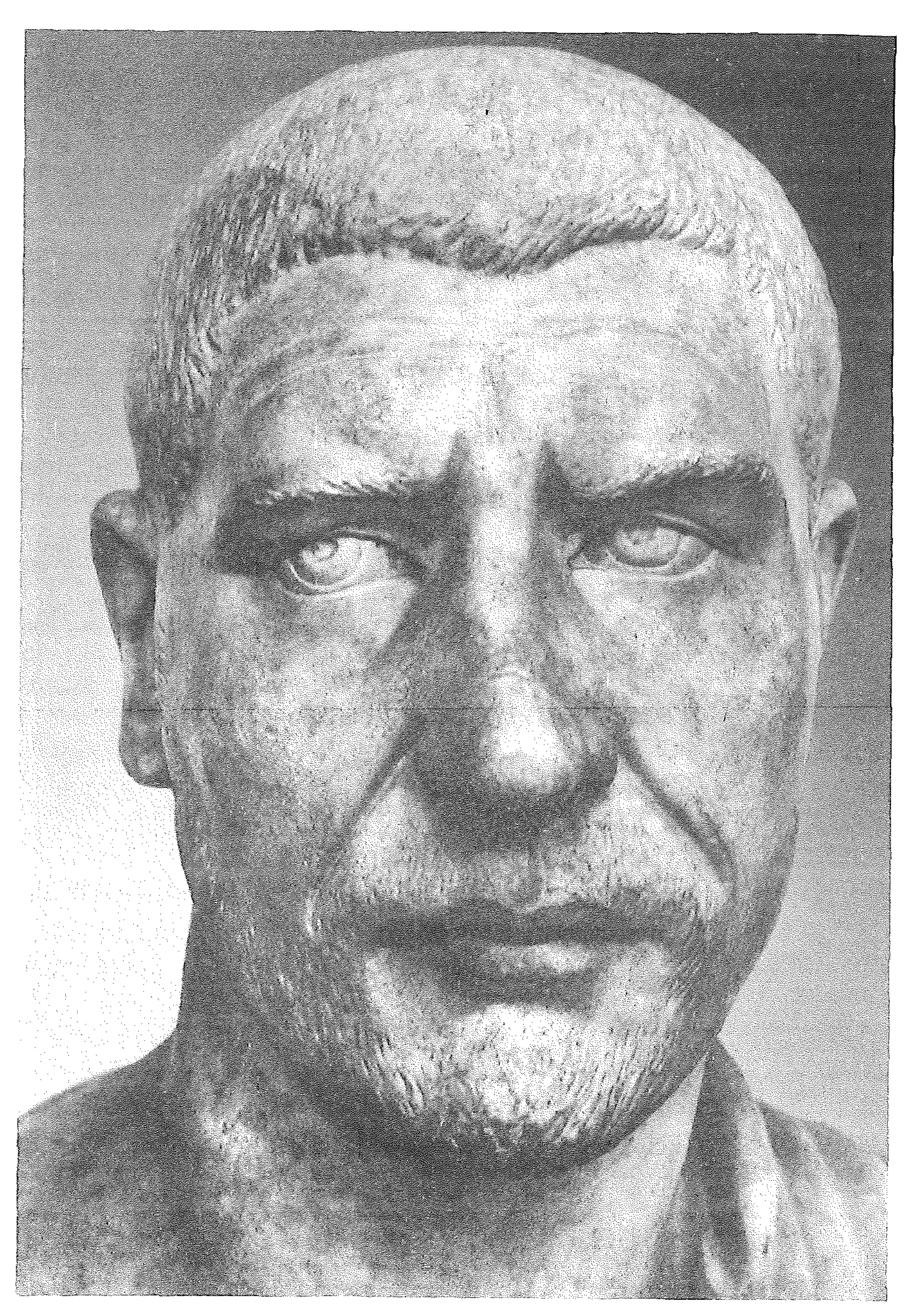
En Egipto, sin embargo, la persecución comenzó antes de que se tuviera noticia del edicto del 249; fue dirigida por el prefecto Sabino, quien arrestó a numerosos cristianos. Tras promulgarse el edicto, muchos cristianos que desempeñaban altos cargos apostataron, huyeron o fueron detenidos.

La persecución de Decio atravesó, pues, por dos momentos. Primeramente estallaron manifestaciones populares contra el clero, reclamándose de los gobernadores provinciales detenciones y arrestos. Después, Decio, en la primavera del 250, promulgó el edicto que se aplicó con distinta suerte en el Imperio.

En Roma, al parecer, el decreto imperial no llegó a aplicarse con todo su rigor; la persecución fue en la capital impopular, debido a la tolerancia romana en materia religiosa. El propio Decio evitó las penas más severas. Con la marcha del emperador, obligado a luchar contra los godos, la persecución decayó.

8.10. Política anticristiana de Valeriano y de Galieno

Valeriano inauguró una nueva etapa en las relaciones Iglesia-Estado, al renovar profundamente la antigua legislación anticristiana y atacar a la jerarquía eclesiástica.



Busto de Filipo el árabe (Museo Vaticano).

Las fuentes de la persecución de Valeriano vienen dadas por los escritos de dos obispos contemporáneos de los hechos: Cipriano y Dionisio de Alejandría. El telón de fondo de esta persecución —como de la de Decio y, posteriormente, de la de Diocleciano— fue la creencia popular de que la grave crisis del Imperio se debía a la actitud de los cristianos hacia los dioses romanos. Tanto los paganos como los cristianos creían, además, en la inminente llegada del fin del mundo, idea favorecida por las pestes y la presión ejercida por los bárbaros sobre las fronteras romanas.

Es probable que, en los comienzos de su gobierno, Valeriano fuese favorable a los cristianos pues «toda su casa estaba llena de cristianos y era una Iglesia de Dios». Durante esta etapa inicial —del año 253 al 257— tuvo lugar, sin embargo, el martirio del centurión Marino, enterrado por Asturio, amigo del emperador. A finales del año 256 o comienzos del siguiente, se produjo el martirio del propio Asturio y de sus hijas Rufina y Segunda. A ellos siguió el edicto de persecución. Dionisio culpa de la persecución a Macriano, un pagano convencido, pero ello no está claro, al igual que no es probable que razones económicas estén en la base de la persecución.

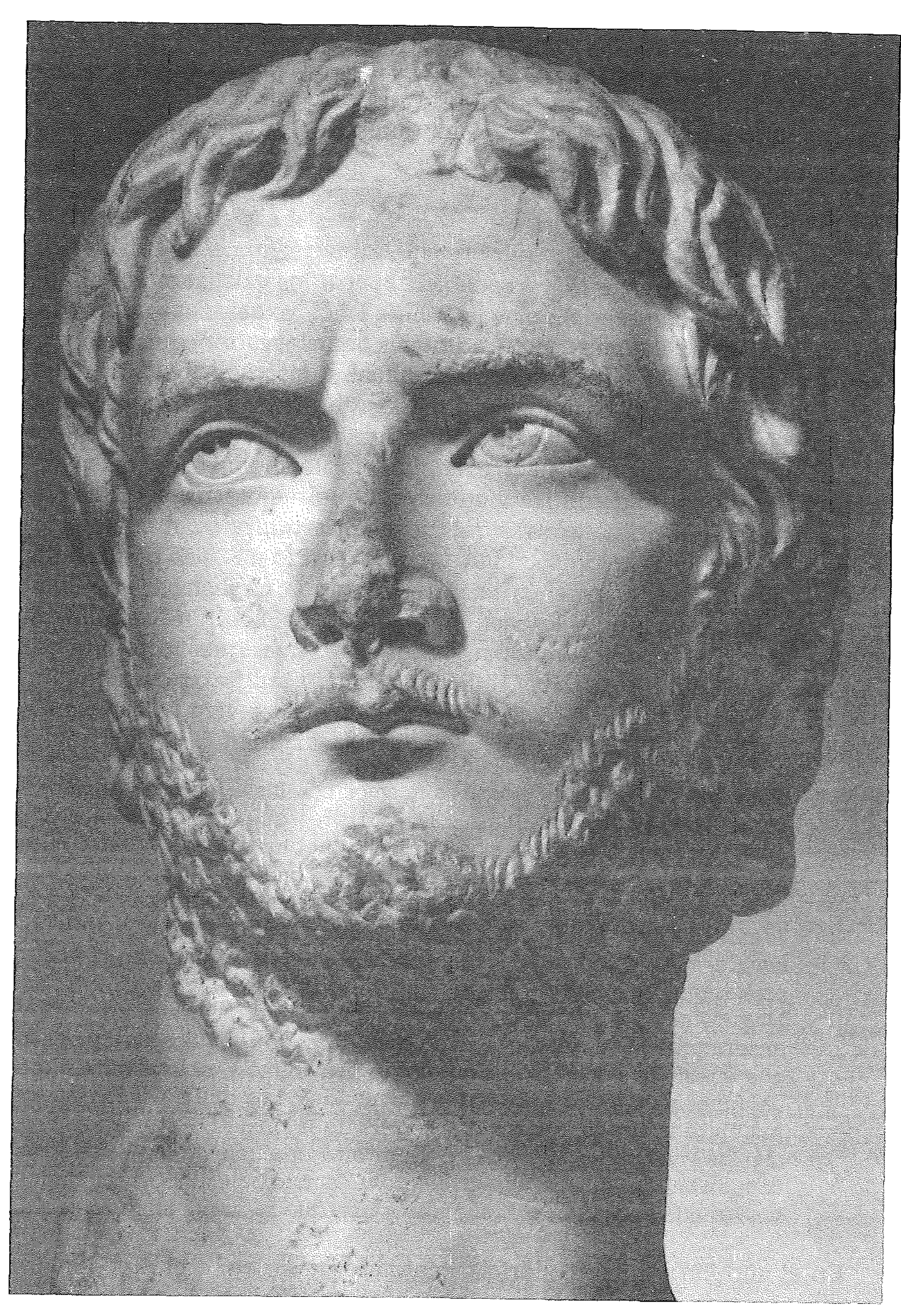
En un segundo edicto se legisló que los senadores y caballeros cristianos fueran privados de sus bienes y dignidades y que, en el caso de persistir en su fe, fuesen condenados a muerte; se consideró también que la apostasía no era suficiente para la impunidad.

Hasta entonces todos los emperadores, desde Marco Aurelio, quisieron integrar políticamente a los cristianos en el Imperio. Valeriano pretendió eliminarlos de los puestos claves, por temor a que el Imperio se cristianizase. Algunos paganos ultraconservadores de tiempos de Alejandro Severo advirtieron ya este peligro.

Los edictos de Valeriano se fechan en los años 257 y 258. El emperador ordenó confiscar las Iglesias y sus bienes, así como los cementerios, y desterró a la jerarquía eclesiástica, en compañía de senadores y caballeros cristianos, que fueron despojados de su dignidad y privados de sus bienes. Los apóstatas se libraron de la muerte, pero no recuperaron sus propiedades. Se prohibió también el culto privado.

Galieno, sucesor de Valeriano, derogó los edictos promulgados por éste, reconociendo de hecho a la religión cristiana como una religión lícita y devolviendo a la Iglesia sus bienes. A partir de entonces los obispos pudieron representar y defender los derechos de todos los cristianos ante la ley.

El contenido del edicto de Galieno se conoce a través del rescripto que el emperador envió a Dionisio de Alejandría y a los obispos de Egipto. Se desconocen la formulación jurídica y la justificación oficial del edicto que inauguró una etapa de cerca de cuarenta años de paz



Retrato de Galieno (Museo Nazionale, Roma).

para la Iglesia. Fue éste un período en el que se hicieron grandes progresos pero en el que también la Iglesia se llenó de riquezas que la corrompieron, llegando así a una bochornosa situación descrita por Eusebio, poco antes de la persecución iniciada por Diocleciano.

8.11. La Gran Persecución

Diocleciano comenzó la persecución contra los cristianos en el año 303, tras haber mantenido durante veinte años excelentes relaciones con ellos. Destacó como emperador ultraconservador que procuró siempre restaurar la vieja tradición romana.

De la persecución estamos informados a través de testigos como Lactancio y Eusebio. Aquél cuenta que los harúspices acusaron a los cristianos de impedir con su presencia la obtención de oráculos del examen de las entrañas de las víctimas, lo que encolerizó a Diocleciano. La denuncia —de naturaleza religiosa— partió, pues, del sacerdocio pagano.

Eusebio da como causa de la persecución la desastrosa situación moral de los jefes de la Iglesia, que obligó a Dios a permitir esta sangrienta persecución para sanar la Iglesia, razón que no puede ser aceptable para un historiador. El historiador de la Iglesia escribe:

> Mas la demasiada libertad nos llevó a la tibieza y negligencia, y los unos envidiaban e injuriaban a los otros, y ya sólo faltaba que nos hiciéramos la guerra a nosotros mismos con las armas en la mano, y bien pudieran llamarse lanzas las palabras que nos dirigíamos; los obispos rompían contra los obispos, los pueblos se sublevaban contra los pueblos, y una hipocresía y ficción sin nombre subía a lo más alto de la maldad. Entonces fue cuando el juicio de Dios, suavemente, según acostumbra hacerlo, en plena libertad para celebrar las reuniones del culto, iba poco a poco y con moderación preparando su visita, empezando la persecución por los fieles que servían en el ejército. Mas, como insensatos, no nos preocupamos de hacernos propicia y misericordiosa la divinidad, sino que, al modo de ateos que piensan que cuanto nos atañe no es objeto de providencia, ni vigilancia alguna, fuimos añadiendo maldades a maldades. Los que parecían pastores entre nosotros, rechazada la regla de la piedad, se encendían en mutuas rivalidades, sin que se viera otro crecimiento sino el de sus contiendas, sus amenazas, sus celos y el mutuo odio y aborrecimiento, vindicando sus honores con el furor con que se asalta una tiranía.

En el año 297 ya había sido promulgado un edicto contra los maniqueos, apoyado en los mismos argumentos que fueron utilizados contra los cristianos.

Lactancio atribuye la persecución a Galerio, que depuró su ejército de oficialidad cristiana y excluyó a los cristianos del servicio público. Al parecer, Diocleciano no pretendía ir más allá e intentó, antes del 303, convencer al César Galerio de que desistiera de su empeño, pero fue éste quien lo logró.

La fecha del edicto del 303 coincidió con la vieja fiesta romana de las *Terminalia,* celebradas el 23 de febrero, lo que denota el influjo del paganismo más conservador, instigado por los adivinos.

Según esta disposición, las Iglesias debían ser destruidas, al igual que las Escrituras, y la capa superior de la sociedad eliminada de cristianos. Se volvía de este modo a los dos edictos de Valeriano: se atacaba a la Iglesia como institución y a aquellos cristianos que ocupaban altos cargos en la administración.

Diocleciano no quería derramamientos de sangre, pero esto no se cumplió. Se obligó a sacrificar a todos los habitantes del Imperio; incluso la esposa y la hija del emperador fueron también obligadas a ello.

Un segundo y un tercer edicto, promulgados poco después, en el mismo año del 303, obligaron a sacrificar también a los eclesiásticos. El cuarto —promulgado en el 304— imponía la realización de sacrificios y libaciones a todos los cristianos.

Los mártires fueron numerosos, sobre todo en Oriente, donde el número de cristianos era mayor. En Occidente, el César Constancio Cloro aplicó más restrictivamente el edicto y, a partir del 305, cesó la persecución en Italia. Majencio devolvió —en el 306— la libertad a los cristianos de Roma y en el 311 les devolvió sus bienes.

Pero en Oriente, Galerio realizó duras persecuciones, particularmente en Asia Menor, Tracia, Grecia y Macedonia. Un cáncer de estómago fue probablemente la causa de que concediese la paz a la Iglesia en el 311; el edicto fue firmado también por los otros dos Augustos.

Por su parte, desde el 306, Maximino impuso el cuarto edicto en su ámbito, pero no tardó en sustituir la pena de muerte por condenas. En el 308 obligó a que los alimentos, antes de ser vendidos, se consagrasen a los dioses. También sabemos que calumnió a los cristianos, pues de esta época datan las actas calumniosas de Pílatos, que circularon por las Iglesias. Procuró igualmente que las ciudades de Tiro, Antioquía y Nicomedia, así como las asambleas provinciales de Panfilia y Licia, le solicitaran atacar a los cristianos. Pero, para entonces, los paganos se habían desentendido ya de la persecución.

9. La victoria cristiana

9.1. La conversión de Constantino

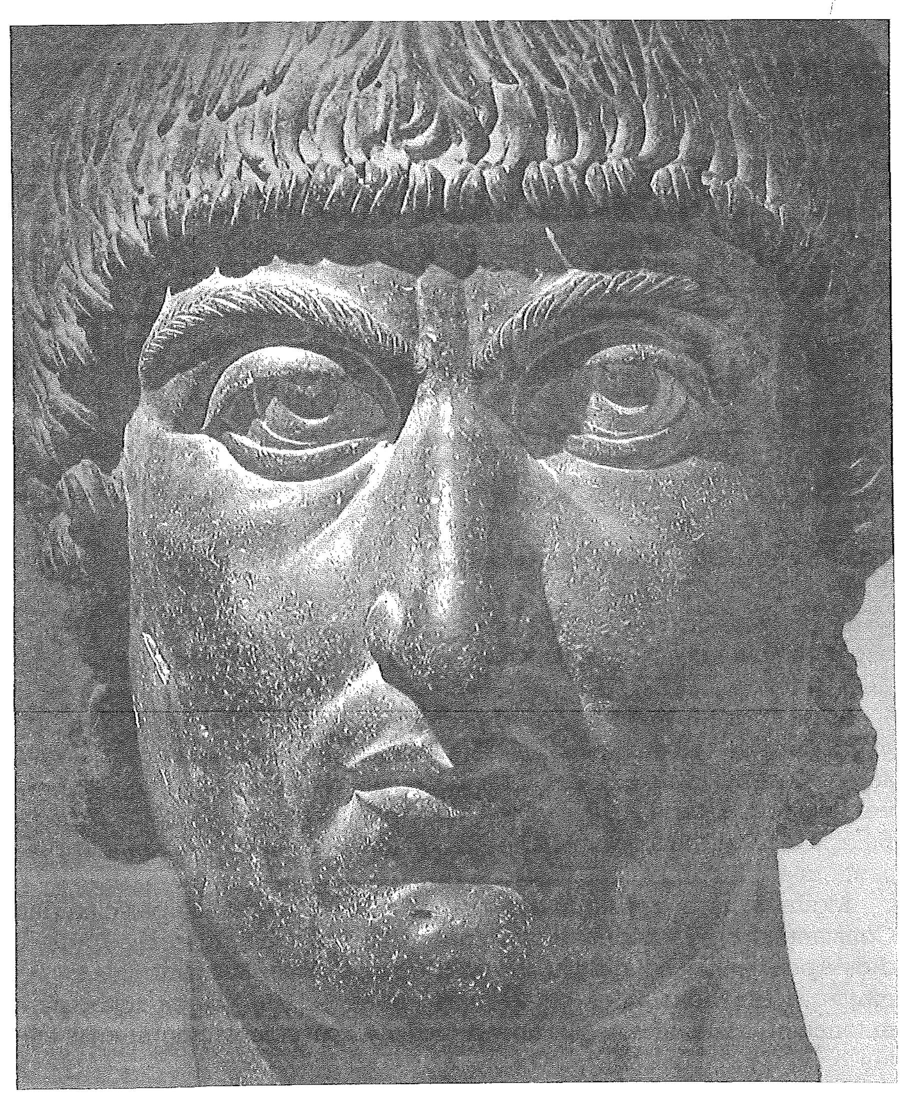
La conversión de Constantino ha sido un tema muy debatido, siendo especialmente motivo de fuertes controversias la sinceridad y la fecha de la conversión.

Los escritores antiguos la situaron cronológicamente en el año 311, en víspera de la batalla contra Majencio, en el puente Milvio de Roma; según Eusebio de Cesarea, autor de una *Vida de Constantino,* la conversión fue debida a una visión de Cristo. Sin embargo, la *Historia Eclesiástica* del mismo autor no menciona esta visión y Lactancio presenta una interpretación diferente de la misma.

Algunos han supuesto que la visión de Cristo repite la aparición que Constantino creyó haber tenido en el 310 en un templo consagrado al dios Apolo en la Galia, pero ello es poco probable. Los símbolos de las monedas acuñadas antes del 311 son, de hecho, de origen solar; para entonces Constantino había abandonado ya su vinculación con Hércules.

Otros autores han señalado que sólo motivos sincretistas estuvieron en la base de la conversión, basándose en el favor dispensado a los paganos aún después del 313 y en el ritual pagano seguido para la fundación de Constantinopla. Constantino fue, inicialmente, un sincretista en materia de religión y el paso de un ser supremo de carácter solar al Dios de los cristianos era fácil de dar. También pudo pesar en su ánimo el deseo de atraerse a los cristianos de Roma —a los que también favoreció Majencio— y a los de Oriente.

El emperador conservó el título pagano de pontífice máximo al



Cabeza del emperador Constantino (Palazzo dei Conservatori, Roma).

tiempo que se proclamaba obispo «de los de fuera», es decir, de los paganos. Confió la educación de su hijo primogénito Crispo a Lactancio.

A partir de los años 315-316, la legislación de Constantino acusa claramente el impacto del cristianismo. Las leyes protegieron desde entonces más a las viudas, a los pobres, a los huérfanos, a los prisione-

ros y a los esclavos. La legislación de Augusto sobre el celibato fue suprimida y se castigaron más severamente las relaciones sexuales fuera del matrimonio. En el año 318 se admitió la jurisdicción episcopal y en el 320 se declaró el domingo fiesta obligatoria. Un año después se autorizó a los sacerdotes a recibir herencias y, en el 323, a conceder la libertad a los esclavos sin ningún tipo de formalidades establecidas.

A partir de este mismo años —el 323— los cristianos pudieron acceder a las más altas magistraturas como la del prefecto del pretorio, la prefectura de Roma o el consulado.

A su vez, ya desde el año 315 aparecieron en las monedas los primeros símbolos cristianos, abandonándose desde el 323 las figuras de culto paganas.

La etapa que corre desde la promulgación del edicto de Milán hasta el año 324 se caracteriza por la política de tolerancia y equilibrio entre paganos y cristianos. Fueron años muy importantes para el afianzamiento del cristianismo en el corazón de Constantino.

A partir del 324, el emperador estaba totalmente ganado por la nueva religión, especialmente tras su victoria sobre su cuñado Licinio que desde el 320 había promulgado leyes hostiles al cristianismo; así, éste prohibió las reuniones de los obispos, la visita del clero a los prisioneros cristianos, el culto cristiano, las reuniones en casas privadas, etc.

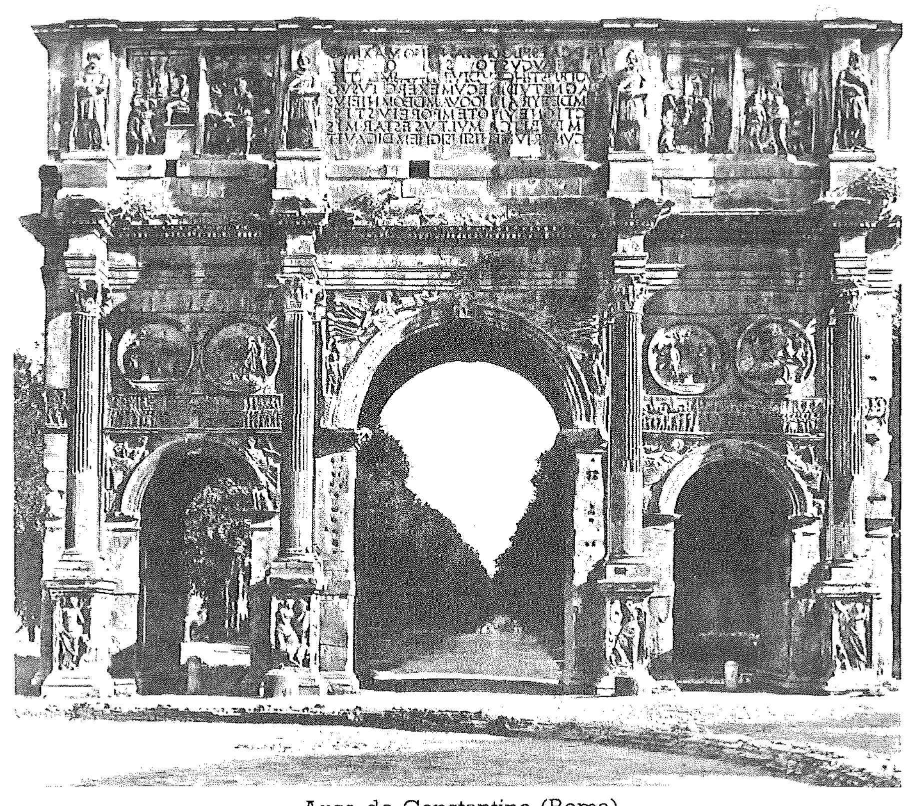
La política de Constantino no dejó de ser, en muchas ocasiones, ambigua; a veces, al tiempo que construía iglesias en Palestina y en otras regiones, pagándolas del tesoro público, o llenaba Constantinopla de iglesias y martirios cristianos, permitía la ampliación de templos paganos en la nueva capital.

La Iglesia, agradecida después de la feroz persecución de la Tetrarquía, aceptó la intervención, el arbitraje y la tutela del emperador. Sulpicio Severo, de origen galo, censura a finales del siglo IV a los obispos —salvo casos excepcionales como los de Atanasio, Juan Crisóstomo o Ambrosio— su servilismo ante el poder público.

Por su parte, el senado de Constantinopla —pagano hasta finales del siglo IV— divinizó al emperador a su muerte, siendo declarado el decimotercer apóstol por los cristianos. Constantino fue enterrado en la Iglesia de los Doce Apóstoles de la nueva capital del Imperio.

9.2. Los sucesores de Constantino y su política religiosa

A la muerte de Constantino le sucedieron sus hijos Constantino II (en Occidente), Constante (en Italia, Grecia y Africa) y Constancio (en las provincias danubianas y el Oriente).



Arco de Constantino (Roma).

A partir del 340, Constante, dueño absoluto entonces de todo el Occidente, murió asesinado. Años después, en el 353, el usurpador Magnencio, que intentaba controlar esta parte del Imperio, se suicidaba en Lyón.

Los cuarenta años que siguen a la muerte de Constantino se caracterizaron, pues, no sólo por disputas en el frente de batalla, sino también en el ámbito de las doctrinas religiosas: Constante apoyó la fe de Nicea, mientras Constancio favoreció a los arrianos. Los años de gobierno de éste coinciden con una dura lucha dentro de la Iglesia con motivo de la crisis arriana.

Los concilios, los símbolos de la fe y las intrigas personales marcaron estos turbulentos años de enconadas luchas religiosas, tan magistralmente descritos por los historiadores Sócrates, Sozomeno y Teodoreto de Ciro. Los emperadores intervinieron en las diversas disputas eclesiásticas más por razones políticas que por motivos religiosos. La continua

LAS IGLESIAS CRISTIANAS EN EL SIGLO IV

ingerencia de los príncipes en los asuntos teológicos vino favorecida también por otros factores: en primer lugar, las partes litigantes buscaron el apoyo de los emperadores, que, de este modo, se convertían en árbitros de la situación; además, aún entonces no se había producido la distinción entre lo temporal y lo espiritual, entre Estado e Iglesia: ambas instituciones estaban, en la mentalidad de la época, íntimamente unidas.

El emperador tenía la obligación de intervenir en la religión de los súbditos. Desde el siglo III se había extendido la idea de que el gobierno del emperador estaba calcado del gobierno divino del universo. Los emperadores eran los representantes de Dios en la tierra, como Diocleciano lo fue de Júpiter, cuyo epíteto llevó, o como Maximiano lo fue de Hércules. El soberano era así una encarnación de la divinidad.

La ingerencia de un emperador pagano en asuntos estrictamente eclesiásticos tenía un precedente en la apelación del obispo Pablo de Samosata al emperador Aureliano por defender una cristología *adopcionista*, lo que le valió su condena por hereje.

Los hijos de Constantino no mantuvieron la tolerancia de su padre respecto al paganismo, si bien tampoco iniciaron la destrucción de templos a gran escala, como pedía el fanático Fírmico Materno. Los emperadores siguieron llevando el título de *Pontifex Maximus* hasta el año 382, lo que les convertía en jefes del paganismo. El título pagano pasó después al obispo de Roma.

En el año 341 se promulgó una ley para acabar con la superstición y abolir los sacrificios. Pero, probablemente, esta ley no iba dirigida tanto contra el paganismo como contra los abusos de ciertos ritos como la magia, los sacrificios clandestinos y la adivinación nocturna.

Esta condena tiene precedentes en lo ordenado por Constantino cuando autorizó a la ciudad de *Hispellum* a construir un santuario en honor de la familia imperial a condición de que no se hicieran en él prácticas supersticiosas.

Poco después del 353 se ordenó el cierre general de todos los templos paganos, amenazándose a quienes se opusiesen a la medida con la pena de muerte; esta ley pretendía, pues, liquidar el paganismo por la fuerza. El rétor Libanio, amigo del emperador Juliano, acusa a Constancio de abolir los sacrificios y arrasar los templos. Sin embargo, la política religiosa de Constancio, con respecto al paganismo, siguió siendo tan ambigua como la de su padre.

Cuenta Símmaco (345-405), miembro de la aristocracia pagana romana y hombre que desempeñó altas magistraturas en el Imperio, que cuando en el 357 Constancio visitó Roma, nombró sacerdotes paganos a numerosos aristócratas, mantuvo los privilegios de las vestales y entregó dinero para el culto pagano. De hecho, la legislación antipagana de Constancio no se debió cumplir.

9.3. Resistencia de la intelectualidad pagana: Juliano

Juliano era hijo de un hermano de Constantino, asesinado a la muerte de este emperador. Recibió una educación cristiana en Capadocia y su preceptor, Mardonio, lo inició en la literatura clásica, escuchando a filósofos y retóricos por las principales ciudades del Oriente y Grecia; en Nicomedia siguió los cursos de Libanio y en Efeso los del neoplatónico Máximo. A los veinte años era un pagano convencido.

Es probable que su apostasía se deba tanto a la formación pagana recibida como al bochornoso espectáculo que dieron los cristianos desde la muerte de Constantino, a la presencia de obispos indignos en la corte imperial, así como al escándalo de las luchas feroces intestinas en las disputas teológicas, a las que alude el pagano Ammiano Marcelino. Uno de los casos más vergonzosos conocidos sucedió con motivo de la elección de Dámaso —muy amigo del dinero, como le censuran sus enemigos— a la rica sede de Roma en competencia con Ursino. Los partidarios de Dámaso, recurriendo a los sepultureros, asesinaron a todos los seguidores de Ursino refugiados en un lugar sagrado. Los acontecimientos obligaron a intervenir al pagano prefecto de Roma, Pretextato.

Juliano era un pagano entusiasta y apasionado que siguió un camino equivocado al querer revitalizar el paganismo. La tradición seguía siendo para él criterio de verdad. Era un grán enamorado de la cultura clásica; conocía el neoplatonismo de la época, ya muy influenciado por el Oriente, (como lo fue el platonismo de Jámblico, muerto hacia el 330, y cuya influencia es determinante en Juliano).

Juliano se inició en los misterios de Eleusis, de Mitra y recibió el taurobolio de Cibeles. En el centro de su teología colocó al Sol, al que tendió todo el monoteísmo imperial del siglo III, y llevó una vida austera, realizando continuamente prácticas religiosas.

La finalidad de su política religiosa fue extirpar el cristianismo y revitalizar el paganismo. En este sentido tuvo un precedente en la política religiosa seguida por Maximino Daya en época de la Tetrarquía.

Al principio de su gobierno proclamó la tolerancia religiosa, permitiendo volver a sus diócesis a los obispos desterrados por Valente. Pero, en el año 362, promulgó una ley represiva contra los cristianos, por la que les prohibía practicar la enseñanza, ya que —según el emperador— no se puede enseñar lo que no se cree. Por vez primera, la autoridad imperial ordenó enseñar lo que ella dispusiera; con esta ley Juliano creaba la primera escuela confesionl de propaganda religiosa.

Paganos y cristianos desaprobaron esta medida. Algunos maestros

cristianos, como el retor Apolinar, que enseñaba en Laodicia de Siria, redactaron historias santas.

Intentó Juliano eliminar a los cristianos de todos los cargos civiles y militares que ocupaban. Demolió los *martyria,* levantados junto a los templos paganos y prohibió los entierros durante el día.

Juliano imitó, sin embargo, algunos aspectos del cristianismo con el fin de renovar el paganismo. A este programa de reforma pagana dedicó dos cartas, dirigidas al sumo sacerdote de Galatia, Arsace, y a Teodoro. Unificó en un cuerpo único a los sacerdotes paganos, situándolos en cada provincia bajo la dirección de un sumo pontífice, a imitación de la figura del obispo. El mismo nombró a estos sumos pontífices, eligiéndoles entre los filósofos neoplatónicos y los sofistas. Los sacerdotes debían recibir una formación especial y estaban obligados a predicar en los templos, lo que constituía una innovación dentro del paganismo.

Juliano organizó, a imitación del cristianismo, obras de beneficencia, práctica que, según él, había sido la que más había contribuido a extender el cristianismo. Se crearon asilos y hospitales junto a los templos, atendidos por los sacerdotes.

Su política religiosa fue, sin embargo, un fracaso quizá por ser una imitación servil de prácticas cristianas; la masa fue indiferente, además, a tales medidas; más aún, se reían de su autoridad, de su ascetismo y de su aspecto. Los templos no se llenaron de fieles y los banquetes separados se convirtieron en escandalosas comilonas.

Juliano fracasó, porque no existía ninguna posibilidad para su triunfo. Plagió al cristianismo pero no supo inyectar nueva savia al paganismo.

9.4. Política religiosa de los sucesores de Juliano

Joviano, como cristiano, prohibió el paganismo y, concretamente, los sacrificios públicos. Valentiniano y su hermano y colega, Valente, siguieron políticas religiosas diferentes. Aquél continuó dentro de la ortodoxia de Nicea, pero se mantuvo estrictamente neutral en materia religiosa y no participó en las disputas doctrinales de la Iglesia. Valente, por razones de oportunismo político, favoreció la causa arriana y privó de sus sedes a los obispos depuestos por Constancio, que habían sido nuevamente repuestos por Juliano.

A Valentiniano sucedió Graciano que compartió el poder en Occidente con su hermano Valentianiano II. A la muerte de Valente asumió el poder en Oriente y proclamó Augusto en el 379 a su general, Teodosio. Graciano y Teodosio eran partidarios del credo de Nicea; sus gobiernos marcaron el ocaso del arrianismo. Ambos tomaron medidas

radicales contra el paganismo, convirtiéndose el cristianismo, a partir de entonces, en la única religión oficial del Imperio.

9.5. Situación del paganismo tras la muerte de Juliano

En los años de gobierno de Valente las ceremonias paganas se celebraban con entera libertad. Valentiniano y Valente sólo persiguieron los sacrificios nocturnos, la adivinación y las prácticas ocultas, todo ello relacionado con la magia.

La parte occidental del Imperio permaneció en gran parte pagana, como se desprende —entre otros testimonios— de la *Vida de Martin* o de las *Actas de Saturnino*. La antigua capital del Imperio también seguía siendo pagana, como paganos eran la casi totalidad de los miembros del Senado y la aristocracia. El amor a la tradición y a la religión, que habían llevado a Roma a su grandeza, explican esta pervivencia del paganismo dentro de las altas clases sociales romanas.

En la segunda parte del siglo IV, el paganismo mantuvo cierta prosperidad como ponen de manifiesto numerosas inscripciones, imágenes de dioses, etc. También los cultos mistéricos mantenían su actividad, como se desprende de las menciones de los taurobolios en época de Graciano. Precisamente el poeta hispano Prudencio (348-410) ha dejado en su obra la mejor descripción que se conoce de un taurobolio.

De igual forma, durante estos años, sobresalió un importante grupo de intelectuales paganos, defensores acérrimos de la antigua religión. Uno de ellos era Quinto Aurelio Símmaco, senador y buen orador, frecuentemente comparado con Cicerón y Plinio el Joven. Aunque era un pagano practicante se mostró tolerante y amigo de los cristianos; iniciado también en los cultos mistéricos, era un hombre convencido de que los dioses hicieron la grandeza de Roma.

Virio Nicómaco Flaviano (334-394), amigo de Símmaco, pasó por ser un excelente conocedor de la haruspicina, un buen filósofo e historiador. Pero el mejor representante de esta aristocracia pagana fue Vettio Agorio Pretextato (320-387), que llegó a desempeñar las más altas magistraturas del Imperio: fue procónsul de Acaya en tiempos de Juliano, prefecto de Roma bajo Valentiniano, etc. También desempeñó cargos religiosos: augur, pontífice de Vesta, sacerdote del Sol, curial de Hércules, etc. Como el anterior, se inició en los misterios de Eleusis y de Líber, siendo hierofante, inspector de templos y padre de los padres, supremo cargo de la jerarquía mitraica.

Pretextato apoyó en el año 392 al partido del usurpador Eugenio, quien trató de restaurar la agonizante religión pagana, pero, al fracasar éste se suicidó.

Todos estos personajes ilustres aparecen como interlocutores en las *Saturnalias* de Macrobio. Los tres fueron conscientes de la situación de gravedad que atravesaba el paganismo. Fueron conservadores en lo religioso y propugnaron una vuelta al pasado. Su filosofía estuvo teñida de neoplatonismo.

Ammiano Marcelino, amigo del emperador Juliano, fue también un pagano convencido aunque de tendencias monoteístas y muy tolerante en materia religiosa. Pretendió llegar a una concordia entre el cristianismo y el paganismo.

Durante el siglo IV circularon panfletos contra la religión cristiana; de éstos sólo se conserva el *Asclepio*, redactado antes del gobierno de Constantino y traducido al latín tras la muerte de Juliano. Pertenece a la literatura hermética, atribuida a Hermes Trismegisto, y se lamenta de la situación creada tras el triunfo del cristianismo.

Durante este siglo, cristianos y paganos convivieron juntos sin problemas en la vida ordinaria. Los cristianos aceptaron cargos religiosos paganos, como se denuncia en el concilio de Elvira. Muchos cristianos eran tibios y no se plantearon problemas teológicos; un ejemplo de ello fue el poeta cristiano Ausonio, originario de Burdeos y amigo de Teodosio. Desempeñó altos cargos, como el de prefecto de Italia, de Africa y de Galia. Algunos de sus poemas son de tema religioso cristiano, pero el cristianismo no impregnó su vida: su formación era clásica y la mitología ocupa un importante lugar en su obra.

Por último, un asunto que, sin embargo, enfrentó a paganos y cristianos durante esta segunda mitad del siglo IV, fue el altar de la Victoria. De él estamos bien informados gracias a los relatos de Símmaco, Ambrosio y Prudencio.

A través de la legislación, promulgada por Graciano, sabemos que el paganismo se convirtió en un culto privado, dejando de percibir los subsidios económicos del Estado. Dichas subvenciones, asignadas al culto, a los colegios sacerdotales, etc., ingresaron en las cajas del Estado y se destinaron a gastos de utilidad pública. En beneficio del fisco se confiscaron también los bienes de los colegios sacerdotales. Esta legislación fue inspirada, probablemente, por Ambrosio, consejero de Graciano en asuntos eclesiásticos y hombre intransigente que llegaría a ser más más tarde obispo de Milán.

Graciano retiró la estatua de la Victoria, que desde Augusto presidía las reuniones de los senadores en Roma. Estos, al entrar en la sala, quemaban unos granos de incienso. La imagen de la diosa había sido retirada por Constancio en el 357, pero fue repuesta por Juliano.

Símmaco, comisionado por el Senado, marchó a Milán con el propósito de lograr la reposición de la estatua en su lugar primitivo; los senadores cristianos, por su parte, enviaron otra embajada a la corte

con opuesta intención. Símmaco no pudo entrevistarse con el emperador, asesinado poco después del 383, pero intervino —sin éxito— ante Valentiniano II en compañía de otros altos funcionarios paganos y aún nuevamente, en 389 ó 390, ante Teodosio.

Es interesante conocer los argumentos esgrimidos por Símmaco y por Ambrosio para conocer cada una de las posiciones. Afirma aquél que la Victoria es diosa para los paganos, pero pura abstracción para los cristianos; la Victoria sería en la Curia un símbolo para todos, al tiempo que se mantenía una costumbre de los antepasados. Ambrosio, por su parte, rebate los argumentos de Simmaco. Fueron las victorias militares las que fraguaron la grandeza de Roma; rechaza Ambrosio que la tradición fuese criterio de verdad, pues toda la historia y la religión evolucionan.

En suma, la neutralidad del Estado en asuntos religiosos era inconcebible. La política religiosa de Graciano, Valentianiano II y Teodosio la inspiraron, en gran parte, hombres de iglesia, como Ambrosio, aunque ello fuera en contra de lo predicado por los apologistas.

9.6. Liquidación del arrianismo

Ya en el año 380, Teodosio animó a los fieles a seguir la religión que Pedro había enseñado a los romanos y que era la seguida por el pontífice Dámaso. Esta exhortación liquidó el arrianismo.

No están claras las razones por las que este emperador se inclinó por la ortodoxia. Se ha supuesto que quizá por creer que la tradición auténtica era la romana. En cualquier caso, con esta intervención terminan muchos años de disputas entre cristianos por un problema cristológico. Un emperador cristiano, pero ignorante en teología, zanjó, pues, la cuestión.

9.7. Las relaciones Iglesia-Estado en el siglo IV

Las grandes líneas del programa religioso de un emperador cristiano las había expuesto Ambrosio en su respuesta a Símmaco: el príncipe cristiano tenía que obedecer a Dios, debía extirpar el paganismo de todo el Imperio, faltaba a su vocación cristiana, si toleraba el paganismo o la idolatría. ¡Qué lejos se encuentra esta actitud de Ambrosio de la libertad de culto que defendieron los apologistas cristianos!

El emperador tenía la obligación de intervenir en los asuntos eclesiásticos y en las disputas teológicas, y la Iglesia en los civiles. Al

príncipe debían obedecer los obispos en tanto que emperador y él, a su vez, a los obispos en tanto que cristiano.

Se conocen dos casos de esta intervención de la Iglesia y, más concretamente, de Ambrosio, en la política de Teodosio. En el año 388, la masa, instigada por los monjes, quemó la sinagoga de Collinicon, situada sobre el Eúfrates. Teodosio ordenó en aquel mismo año al obispo reconstruirla, pero Ambrosio reprendió públicamente al emperador, humillándole, negándose a continuar la misa hasta que hubiese cesado toda persecución contra los cristianos. La actitud de Ambrosio violaba, sin embargo, todo derecho, pues, el judaísmo estaba permitido por la ley.

El segundo conflicto indica también la frecuente intromisión de Ambrosio en los asuntos civiles, aunque en esta ocasión la razón estuviese de su parte. Con motivo de una revuelta de la población de Tesalónica, una de las más importantes ciudades de todo el Oriente, Teodosio ordenó un asesinato en masa. Ambrosio exigió una penitencia pública del emperador —a la que se sometió— y le declaró temporalmente como pecador público.

9.8. Legislación antipagana de Teodosio

La religión pagana decayó rápidamente sin el apoyo económico del Estado. Ya Tertuliano había echado en cara a los paganos que no contribuían al mantenimiento de su religión.

A partir del año 381, Teodosio promulgó sucesivamente una serie de leyes que dieron muerte oficialmente al paganismo. En aquél mismo año, al tiempo que castigaba a los apóstatas cristianos, favoreció a los paganos que se pasasen al cristianismo. También acentuó la lucha de sus predecesores en el poder contra las prácticas máginas y los ritos adivinatorios. En esta lucha contra el paganismo colaboró Cinegio, prefecto del pretorio de Oriente, que lo hizo instigado por su esposa Acantia, fervorosa cristiana, influida por el fanatismo de los monjes.

Numerosos templos de Siria y de Egipto fueron cerrados. Esta medida motivó el discurso de Libanio, *Sobre los Templos* en el que se lamenta de esta disposición; sin embargo, él culpa de la decisión no tanto al emperador como a los monjes, si bien en realidad también se debió a la intolerancia religiosa de Ambrosio.

En el 391, se prohibió en Roma todo tipo de culto. Las simples visitas a los templos o a las imágenes de los dioses se castigaba duramente. Esta medida se extendió poco después a Egipto.

En esta provincia estallaron sangrientas revueltas entre cristianos y paganos. Estos, guiados por el neoplatónico Olimpiodoro, asesinaron a

un gran número de cristianos, quienes, a su vez, capitaneados por el obispo y los monjes, destruyeron numerosos santuarios. Entre ellos figuraba uno de los más famosos del mundo, el Serapeo, consagrado al dios Serapis. La destrucción de este santuario impresionó profundamente a paganos y cristianos: los primeros tuvieron la sensación de que había llegado el fin del mundo, mientras los segundos consideraron que su victoria era ya definitiva.

Un edicto —que se aplicó a todo el Imperio— promulgado en Constantinopla en el año 392, cerró esta serie de disposiciones antipaganas. Prohibía no sólo adorar a los ídolos sino también quemar incienso y ofrecer libaciones y sacrificios a los dioses tutelares de la familia, amenazándose con la confiscación de los bienes a quienes contraviniesen la orden.

Durante el gobierno de Teodosio se produjo, sin embargo, un respiro en su agonía para el paganismo durante la corta usurpación de Eugenio, a la que hemos aludido. Así, el altar de la Victoria fue repuesto en su sede, en el 382, los cultos prohibidos fueron restablecidos por el prefecto de Italia, Nicómaco Flaviano, y muchos cristianos apostataron.

La muerte de Eugenio en Venecia, el 394, dio al traste con esta restauración pagana. El triunfo de Teodosio dio paso a una acentuada legislación antipagana a la que hemos aludido ya.

9.9. Política religiosa de los hijos de Teodosio

Los hijos de Teodosio, Arcadio y Honorio, continuaron la política antipagana de su padre. Arcadio ordenó en el 399 la demolición de los templos rurales; Honorio, en los años 407 y 415, confiscó los ingresos de los templos y suprimió las ceremonias religiosas.

Respecto a los juegos, los *ludi saeculares* habían sido prohibidos en el 298; los olímpicos, por ser juegos rituales en honor de los dioses, se celebraron por última vez en el 394. Los misterios de Eleusis, por su parte, fueron abolidos en el 396.

El paganismo pervivió durante algunos siglos más, refugiado en el campo. Muchas fiestas paganas han llegado hasta nosotros: así, la fiesta de Navidad del 25 de diciembre era la fiesta del natalicio del Sol Invicto.

9.10. Causas del triunfo del cristianismo

La ortodoxia nicena triunfó sobre el arrianismo, que contaba con el apoyo de casi todos los obispos de Oriente y con el sostén de Constan-

cio; ello se debió a que, en el conjunto del Imperio, la posición de la ortodoxia era mucho más sólida y a que en el arrianismo confluían muchos movimientos heréticos anteriores a Nicea que habían quedado en gran parte debilitados o vencidos, como el montanismo y el gnosticismo. La autoridad de una jerarquía sólida —que remontaba a los apóstoles—, la tradición, el canon bíblico, contribuyeron también al triunfo de la ortodoxia. Un papel importante desempeñó el fanatismo de Atanasio, apoyado por los monjes, y la relativa simplicidad de la fe de Nicea.

Por otra parte, el cristianismo triunfó sobre el paganismo, porque éste nunca logró tener una teología coherente ni constituir una Iglesia. El exclusivismo de la Iglesia cristiana, frente al aperturismo pagano, daba una gran seguridad a los fieles.

El cristianismo fue siempre una religión de masas y predicaba la más absoluta igualdad ante Dios, mientras el paganismo de los siglos III y IV y, particularmente, el neoplatonismo, sólo se dirigía a una élite intelectual.

En medio de una crisis profunda que agotó a la sociedad del Bajo Imperio, la Iglesia predicaba la esperanza en la otra vida. Desde el final de la dinastía antonina, a los espíritus religiosos no les satisfacía la antigua religión de la ciudad-estado; buscaban una religión que solucionase los problemas materiales y espirituales del individuo. Esto nunca lo supo hacer la religión pagana que era esencialmente una religión de ritos ya vacíos de significado. Los cultos mistéricos, mejor situados que la religión oficial para satisfacer las necesidades de los fieles, se dejaron ganar por el cristianismo, que en muchos aspectos era muy parecido a ellas, pero en otros muy superior.

Entre la masa empobrecida o miserable contribuyó mucho a extender el cristianismo la asistencia de la Iglesia. También contribuyó mucho a su triunfo su carácter de religión sincretista, al menos desde la mitad del siglo III, asimilando las más diversas corrientes de la época, pero sin perder su carácter exclusivo. Como hemos visto, en Orígenes —y ya antes, en Clemente— la unión del Evangelio con la cultura fue perfecta; el cristianismo asimiló del paganismo todo lo asimilable.

Como tal, se enfrentó a las dos grandes religiones sincretistas del momento: el neoplatonismo y el maniqueísmo. Las tres fueron religiones univerales y no nacionales y se apropiaron de otras religiones más antiguas. En las tres aparecen las ideas de redención, inmortalidad, revelación y ascetismo. El cristianismo se fundó sobre el monoteísmo judío; el neoplatonismo sobre el politeísmo helénico y el maniqueísmo, religión dualística, se mezcló con elementos cristianos y partos.

Las tres religiones aparecieron entre los años 50-250. El cristianismo

tuvo la ventaja sobre el maniqueísmo de contar con un fundador que era hijo de Dios y con una revelación; el neoplatonismo careció de fundador.

A partir del siglo III, los métodos de evangelización cambiaron profundamente. Gregorio el Taumaturgo, discípulo de Orígenes y excelente helenista, se adaptó, siendo ya obispo, a las tendencias paganas de sus fieles. Los mártires protectores fueron incorporados por la Iglesia, supliendo el culto a los héroes del paganismo. Prescindiendo de la concepción panteísta del mundo, los Padres de la Iglesia tuvieron las mismas ideas que Porfirio, de forma que, en el siglo IV, la teología cristiana y la pagana eran muy parecidas. El cristianismo se convirtió, pues, al final de la Antigüedad, en el principal impulsor de la cultura, sustituyendo a la filosofía.

El triunfo del cristianismo no cambió la estructura social y económica de la sociedad del Bajo Imperio; en realidad, la Iglesia nunca llegó a pretenderlo. El régimen político no se transformó radicalmente; la administración continuó siendo la misma y el culto imperial se mantuvo, si bien con una nueva concepción que veía en el régimen imperial una institución divina y en el príncipe el representante de Dios sobre la tierra.

También se mantuvo todo el ceremonial de la corte y su terminología, que, heredada de la Tetrarquía —que a su vez los recibió de la Persia sasánida— pasó luego a Bizancio y ha llegado hasta el siglo XX en el ceremonial del Vaticano y del Negus de Abisinia. Las ceremonias de palacio tuvieron ya durante la Tetraquía —y aún antes— el carácter de una ceremonia litúrgica, muchos de cuyos elementos pasaron a la liturgia cristiana, como el uso de los cirios, del incienso o la práctica de la *adoratio.*

Los títulos honoríficos civiles, las insignias y los privilegios reservados al emperador o a los altos cargos de la administración, como el trono, el incienso, el manípulo, el palio y los retratos oficiales, pasaron poco a poco a los obispos.

A partir de Teodosio, la Iglesia calcó la distribución de los obispados de la administración civil de las provincias. El obispo de Roma, Siricio, muerto en el año 399, adoptó el estilo de las cancillerías imperiales.

El calendario de Filócalo —bibliotecario del obispo de Roma— fechado en el 354, indica magníficamente la mezcla de cristianismo y paganismo, propia de la sociedad del siglo IV. Junto a la enumeración de las fiestas paganas, de los juegos en honor de los dioses y de otras celebraciones de las religiones orientales, se menciona, también la fiesta de la Pascua cristiana y las de los mártires y obispos de Roma.

9.11. El cristianismo y la decadencia del Imperio

El cristianismo no sólo no contribuyó a la caída del Imperio romano, sino que fue su gran heredero. Desde el siglo III se conocía una esclerosis económica y social grande, agudizada por la presión bárbara: la clase media de la época de los Antoninos había desaparecido ya en el siglo III y las reformas monetarias de Constantino trituraron a las clases bajas. Sin el triunfo del cristianismo las características de la crisis hubieran sido las mismas: un Imperio con familias supermillonarias y grandes latifundistas sobre una masa de miserables; Melania la Joven, una asceta radical, de origen hispano, ingresaba anualmente 12.000 sólidos áureos y otros tantos su esposo.

Tampoco es cierto que las sumas de dinero que la Iglesia recibía para el sostenimiento del clero y del culto, así como las exenciones fiscales, agravasen la situación, ya que todo ello había sido resultado del trasvase de los ingresos de la religión pagana.

10. La teología durante el siglo IV

10.1. El arrianismo

El siglo IV estuvo dominado por la disputa arriana. Arrio se había educado en la escuela teológica de Antioquía, partidaria de una exégesis bíblica menos alegórica que la que propugnaban Orígenes y la escuela de Alejandría y más ajustada al sentido histórico. Tras chocar con el obispo de Alejandría —ciudad de la que era sacerdote— a propósito de la naturaleza del Hijo de Dios, fue exilado de ella, pero su doctrina encontró acogida en los numerosos obispos que procedían de la escuela de Orígenes.

Arrio fue origenista radical. Dios era, para él, único, increado e inengendrado; todo lo que se encuentra fuera de Dios es creación. Rechazó la distinción teológica ortodoxa entre creado y engendrado que permitía mantener al *Logos* en la esfera de lo divino; para Arrio ambos términos designaban una misma cosa, de igual forma que el *Logos* era diferente de Dios por no ser de la misma sustancia.

Arrio no negó la Trinidad, pero defendió que existía una rigurosa jerarquización y que dos personas de ella eran criaturas. El papel de la encarnación y de la redención está muy disminuido en la cristología arriana.

La intensidad de estas disputas obligó a Constantino a intervenir en ellas, convocando un concilio ecuménico en el año 325, en la sala del palacio de Nicea, al que asistieron más de 300 obispos, presididos por

Osio de Córdoba en representación del emperador. El propio emperador abrió el concilio con una alocución.

De Occidente sólo participaron tres o cuatro obispos; Liberio, obispo de Roma, que acabaría haciéndose arriano como Osio, envió a dos sacerdotes. La mayoría de los obispos presentes eran de tendencia arriana, debido al influjo de Orígenes.

Eusebio de Cesarea propuso, como base de las definiciones doctrinales, un credo oriental que se modificó en sentido antiarriano. Cristo fue proclamado verdadero Dios, engendrado, pero no creado, consustancial al Padre. Este último término, propuesto por los obispos occidentales e impuesto, probablemente, por Constantino, no tenía base ninguna en las *Sagradas Escrituras* ni en la tradición. Un pagano como Constantino, desconocedor de la teología, que despreciaba las disputas teológicas de los obispos, zanjó esta espinosa cuestión.

Atanasio, que desde el 328 era obispo de Alejandría, se convirtió en el gran campeón del credo niceno.

El concilio de Nicea no apaciguó las disputas cristológicas, como tampoco otros concilios posteriores, pero se estuvo a punto de imponer el celibato al clero como se había legislado ya en el concilio de Elvira. Quienes eran favorables al matrimonio de los clérigos ganaron gracias a que recurrieron a Pafnuncio, personaje especializado en arrojar a los demonios, quien alegó que la Iglesia no tenía poder para imponer el celibato, al no existir ningún mandato de Cristo al respecto.

El concilio concluyó con un banquete ofrecido por el emperador, quien exhortó a los presentes al celo misionero y a la unidad, entregándoles dones y cartas para los funcionarios estatales, a fin de que éstos distribuyesen grano entre los pobres y el clero.

A partir de Nicea, la Iglesia perdió gran parte de su libertad, como vieron claramente los obispos más perspicaces: Constantino desterró a la Galia a aquellos obispos que no quisieron firmar las actas o que se retractaron. Entre ellos figuraban Eusebio de Nicomedia, Teognis de Niceno y Mario de Calcedonia; en las diócesis de Nicea y Calcedonia se nombraron nuevos obispos. Constantino ejerció, pues, el papel de policía de la fe dentro del cuerpo episcopal; a partir de entonces el poder temporal se convirtió en el patrón de la Iglesia.

Sin embargo, —como antes se ha dicho— las disputas cristológicas continuaron en los años siguientes, acusándose a los partidarios del credo de Nicea de sabelianismo y a sus oponentes de subordinacionismo. Esta disputa se agravó con nuevas teorías. Aece, diácono de Antioquía, apoyándose en ideas aristotélicas, defendió que la esencia divina se identifica con el concepto inengendrado, por lo cual el Hijo no puede ser consustancial al Padre, sino diferente de éste. Constancio aceptó esta última propuesta; la disputa arriana se enconó por los

VILLANUEVA DE LORENZANA
OVIEDO
CAMENO
POZA DE LA SAL
BRIVIESCA
SAN JUSTO DE LA VEGA
SAN MILLAN DE LA COGOLLA
AMPURIAS
GERONA
CASTILISCAR
BADALONA
DUME
BRAGA
SANTA ENGRACIA
TARRAGONA
PUEBLA NUEVA
TALAVERA
LAYOS
ERUSTES
TOLEDO
EVORA
VALENCIA
DENIA
HELLIN
CORDOBA
MARTOS
ECIJA
ALCAUDETE
SEVILLA
GADOR
BERJA
LOS PALACIOS
LA PEÑUELA
CADIZ

ESCULTURAS DE BUEN PASTOR
SARCOFAGOS DE TALLER HISPANO
SARCOFAGOS DE TALLER ROMANO
SARCOFAGOS DE TALLER AQUITANO

0 200 KM

SARCOFAGOS Y ESCULTURA PALEOCRISTIANOS, HISPANIA SEGUN P. DE PALOU

enfrentamientos de unos obispos contra otros, según demuestran Sócrates y Sozomeno; a ello también colaboraron el gusto griego por las disputas filosóficas, la falta de una sólida preparación teológica y el recurso a los intérpretes que muchas veces no entendían nada de lo que allí se decía.

La intervención de Teodosio zanjó finalmente la disputa. El Concilio de Constantinopla del 381 condenó el arrianismo; varios edictos imperiales, promulgados entre los años 383 y 391, lograron unir a la Iglesia. Desde entonces la herejía se convirtió en un crimen contra el Estado, a pesar de las protestas expresadas por Tertuliano, Cipriano, Orígenes, Lactancio y otros contra los ataques a cristianos de opinión diferente a la de la mayoría.

10.2. Vida religiosa

10.2.1. El culto a las reliquias

En la segunda mitad del siglo IV, se propagó mucho el culto a las reliquias, generalizándose el traslado de reliquias de una ciudad a otra. En su mayor parte eran falsas. Las iglesias y ciudades principales contaban con reliquias de santos. Así, Constantinopla se gloriaba de tener los cuerpos del evangelista Lucas, del apóstol Andrés y de Timoteo, discípulo de Pablo.

Con frecuencia, un sueño o una visión indicaban el lugar donde se encontraban depositadas las reliquias. Pronto se organizó así un gigantesco comercio y negocio de reliquias que las autoridades civiles y religiosas intentaron frenar sin éxito.



La Eucaristía. Detalle de la catacumba de Priscila (Roma).

Entre las reliquias se hicieron famosas las relacionadas con la pasión de Cristo: Helena, la madre de Constantino, creyó descubrir la cruz en la que murió; ésta se expuso a la veneración de los fieles el Viernes Santo.

Los intelectuales paganos del Bajo Imperio se burlaron del culto a los mártires. El sofista neoplatónico Eunapio (345-420) acusó a los monjes de presentar como dioses a los miserables condenados por sus crímenes; Juliano censuró igualmente la veneración a los mártires.

La *Peregrinación de Egeria,* asceta, probablemente galaica, describe la visita hecha por la protagonista de la obra a Palestina, Siria, Mesopotamia, Asia Menor y Constantinopla hacia el año 400, recogiendo muchos datos sobre el culto a las reliquias.

10.2.2. Las peregrinaciones

En el siglo IV, se pusieron de moda las peregrinaciones. Helena, la madre de Constantino, inauguró esta costumbre con su visita a Jerusalén. La costumbre cristiana tenía, sin embargo, precedentes judíos: los judíos de la diáspora, que se sentían en la obligación de visitar el Santuario de Jerusalén al menos una vez en la vida; con ocasión de las grandes fiestas judías, principalmente la celebración de la Pascua, acudían judíos de todo el mundo a Jerusalén.

Los griegos también conocieron las peregrinaciones a los grandes santuarios panhelenos, como Delfos, Delos, Dodona, Olimpia... que siguieron gozando de gran prestigio durante la época imperial. Centros de peregrinación fueron también las tumbas de los héroes, los santuarios que emitían oráculos o aquellos otros de los dioses que curaban como el de *Asklepios* en Epiaduro, que conoció un florecimiento del culto a partir de los Antoninos y fue visitado hasta finales del siglo IV.

En Occidente el templo más famoso fue el *Heracleion* gaditano que conservaba las cenizas del héroe y cuyo culto trajeron, a finales del primer milenio antes de Cristo, los fenicios, fundadores de la ciudad. El culto semita de este santuario era el mismo que el celebrado en el templo de Melqart de Tiro. El poeta Avieno visitó este templo hacia el año 400 d. de C.

Los fieles hacían peregrinaciones no sólo para cubrir sus necesidades espirituales, sino para obtener curaciones milagrosas o el favor divino, logrado a través de la intercesión del mártir. El lugar de peregrinaje preferido fue, como es lógico, Jerusalén, la ciudad santa de judíos y cristianos que conoció la crucifixión y resurrección de Cristo.

Estamos bien informador de las peregrinaciones a Palestina a través de obras como *el Itinerario de Burdeos a Jerusalén* (del año 333), la

correspondencia dirigida por Jerónimo a Paula y Eustaquia, ascetas de la aristocracia romana, y por la citada *Peregrinación de Egeria*.

En las peregrinaciones se mezclaba la curiosidad con una piedad sincera; solían recorrerse los lugares más famosos del *Antiguo y Nuevo Testamento*, se leían los relatos bíblicos, se oraba y se participaba en la celebración de la Eucaristía, etc.

En Jerusalén, junto a la cruz, se veneraban la ampolla que contenía el aceite con el que se ungían los reyes judíos y el anillo de Salomón; en el monte Horeb, la zarza que ardía sin consumirse; en Haran, los pozos de Jacob; y en Mambré, el encinar en el que Abraham recibió a los mensajeros enviados por Jahvé.

Estos lugares de culto eran centro de peregrinación para judíos y cristianos. Se celebraba en ellos un culto sincretístico vinculado a los árboles, las piedras y las fuentes. Las peregrinaciones y el culto a las reliquias degeneraron frecuentemente en prácticas supersticiosas.

10.2.3. Asistencia pública

La Iglesia desarrolló durante el siglo IV una política de asistencia pública más intensa aún que la de siglos anteriores. Se generalizaron así los hospitales, orfanatos y casas de recogida de enfermos, ancianos abandonados y extranjeros.

Basilio, obispo de Cesarea, fundó un hospital en su ciudad con una concepción muy avanzada de este tipo de centros. En Roma fue famoso el hospital abierto por Pammaquio, en la desembocadura del Tíber, en *Portus Romanus*. La Iglesia de Antioquía mantenía en la segunda mitad del siglo IV a 3000 pobres y Constantinopla a 50.000.

10.3. Oposición cristiana: el donatismo

En el siglo IV se asiste a una oposición dentro de la comunidad cristiana contra una Iglesia apoyada en el poder estatal y en gran parte aseglada. También se produjo una oposición nacional o étnica al centralismo imperial y eclesiástico. Muchos de estos movimientos cristianos reforzaron la originalidad cultural y nacional de los pueblos, generalmente de la periferia del Imperio.

Los donatistas fueron los seguidores, en el siglo IV, de Cipriano, que se extendieron por el norte de Africa. Fue condenado primero en un concilio celebrado en Roma, después por otro celebrado en Arlés, en el 314, y por un tribunal popular. En el año 316 Constantino promulgó un decreto por el que los donatistas tenían que entregar sus iglesias, lo que solivianto aún más a los seguidores.

El donatismo arraigó sobre todo entre las masas campesinas arruinadas que estaban escasamente romanizadas. La rama más radical de este movimiento la integraban los circumceliones, un proletariado agrícola oprimido que atacaba a los grandes terratenientes; se consideraban los auténticos soldados de Cristo, enfrentándose en general con el poder civil y la Iglesia que lo apoyaba.

Sin embargo, hoy no se ve en el donatismo tanto un movimiento social como religioso y, particularmente, disciplinar. La persecución de Diocleciano hizo muchos apóstatas y hubo obispos, llamados traidores, que fueron acusados de entregar los *Libros Sagrados*. En el año 312, el presbítero Ceciliano fue consagrado obispo de Cartago; el grupo rigorista rechazó la validez de la consagración porque uno de los consagrantes era, precisamente, uno de estos obispos traidores. Ceciliano fue reemplazado por Donato, fundador de este movimiento.

10.4. El monacato en el siglo IV

Los orígenes del monacato hay que situarlos poco antes del gobierno de Aureliano (hacia el 270), según se ha indicado ya. Su florecimiento data de los siglo IV y siguientes.

Constituye una protesta radical contra la mundanidad de la Iglesia en un momento en que era frecuente, según el testimonio de Juan Crisóstomo, que muchos obispos se dedicaban a oficios civiles, como tutores, administradores, agentes del fisco, contables, etc. En el concilio de Elvira se menciona a obispos y presbíteros, dedicados al comercio. Constituye, pues, el monacato un cristianismo radical en un época en la que ya no había mártires.

El monacato tuvo precedentes y paralelos entre los budistas e incluso entre los propios paganos, quienes desarrollaron una ascética individual a la que tendieron algunas escuelas filosóficas como la neoplatónica, cínica o pitagórica. Luciano de Samosata, en su opúsculo *Sobre la muerte de Peregrino*, 17, cuenta de su protagonista: «Allí realizó prácticas extraordinarias de ascetismo, llevaba la mitad de la cabeza rapada, el rostro embadurnado de barro, y se masturbaba ante la mucha gente que le rodeaba, para hacer una demostración de lo que llaman el acto indiferente. Luego se azotaba y se hacía azotar en las nalgas con una férula, y cometía otros actos desvergonzados.»

Pero el ascetismo cristiano era totalmente diferente; difícilmente pudieron influir en él las ideas ascéticas paganas, ya que los primeros ascetas cristianos eran analfabetos. Tampoco los esenios o los terapeutas de Egipto pueden ser los prototipos del ascetismo cristiano; pues el monacato cristiano aparece dos siglos después.

De esta forma, el monacato cristiano fue un fenómeno específico de esta religión que arranca del ejemplo y las enseñanzas de Jesús.

La documentación sobre el monacato es relativamente abundante; la *Vida de Antonio,* escrita por Atanasio; la *Vida de Pacomio* (290-346), antiguo fundador de los cenobitas egipcios en 323, a los que dio una regla, los *Apophethgmata patrum*, florilegio de las máximas morales de los primeros monjes de Egipto, redactada por autor anónimo hacia el 400; la *Historia Lausiaca* de Palladio, publicada en el año 420; la *Historia de Hilarión de Gaza,* fundador del monacato palestino y las *Reglas de Pacomio y Basilio.* Para el monacato de Occidente disponemos de la *Vida de Martín,* de Sulpicio Severo.

El monacato apareció en el Egipto copto. Su fundador —como ya se ha indicado— fue Antonio, quien, refugiado en la Tebaida, vivió en la más absoluta soledad. Sólo abandonó su retiro en una ocasión para buscar el martirio durante la persecución de Diocleciano y en una segunda para defender la ortodoxia contra los arrianos.

Los anacoretas realizaban penitencias terribles: apenas comían o bebían, castigaban continuamente su cuerpo, no hablaban nunca, tenían piojos y sarna, etc. Los que sabían leer, sabían la Biblia de memoria. Sólo muy excepcionalmente asistían a los oficios divinos. Luchaban contra el diablo, que se les aparecía bajo la forma de bellas mujeres o de los más increíbles animales.

En tiempos de Antonio, los eremitas vivían en sus celdas —que frecuentemente eran sepulcros— formando colonias. Pacomio, a comienzos del siglo IV, agrupó a los eremitas en cenobios que disponían de cocina, comedor, hostelería, capilla y celdas. Los cenobitas trabajaban y vivían de su trabajo. Estos conventos eran de hombres o de mujeres; los conventos mixtos de los que habla Atanasio, Jerónimo o Crisóstomo fueron un rotundo fracaso, pues los ascetas de ambos sexos se amancebaban pronto. Pacomio, al morir en 346, dejó nueve conventos de hombres y dos de mujeres.

El desierto egipcio se cubrió así de monasterios que eran visitados por los cristianos, que buscaban favores espirituales. Incluso las altas magistraturas civiles acudían a pedir consejo a los monjes en asuntos particulares. Muchos enfermos, tenidos por endemoniados que padecían enfermedades psíquicas, eran también llevados a los monjes. De esta forma el influjo del monacato en la sociedad fue enorme, como lo fue también sobre la Iglesia.

Desde Egipto el monacato se extendió pronto a Palestina y Asia Menor. En esta región el monacato arranca de la figura de Basilio de Cesarea —hacia el 357— que dictó una regla inspirada en la de Pacomio, que es conocida hoy día. Basilio reforzó la autoridad del superior, fortaleció la vida comunitaria y organizó los monasterios.

En Roma se desarrolló un ascetismo entre las damas de la alta sociedad en casas particulares. Cuando Jerónimo llegó a esta ciudad en el año 382, existían células ascéticas de muchas familias de la aristocracia senatorial. Un grupo de damas se reunía en torno a Marcela en su casa del Aventino; Jerónimo consideraba a esta mujer la iniciadora de la vida monástica en Roma, lo que no es exacto: Marcela y su madre, Albina, habían iniciado en la ascesis a Paula, descendiente de Escipión Emiliano, quien reunía en su casa a un grupo de vírgenes y viudas. Ya antes, Melania la Antigua, de la *gens Antonia*, se retiró a hacer penitencia a la ciudad de Jerusalén, tras enviudar a los 22 años.

El fundador del monacato galo fue Martín, obispo de Tours. En Marmoutier fundó un monasterio con 20 discípulos.

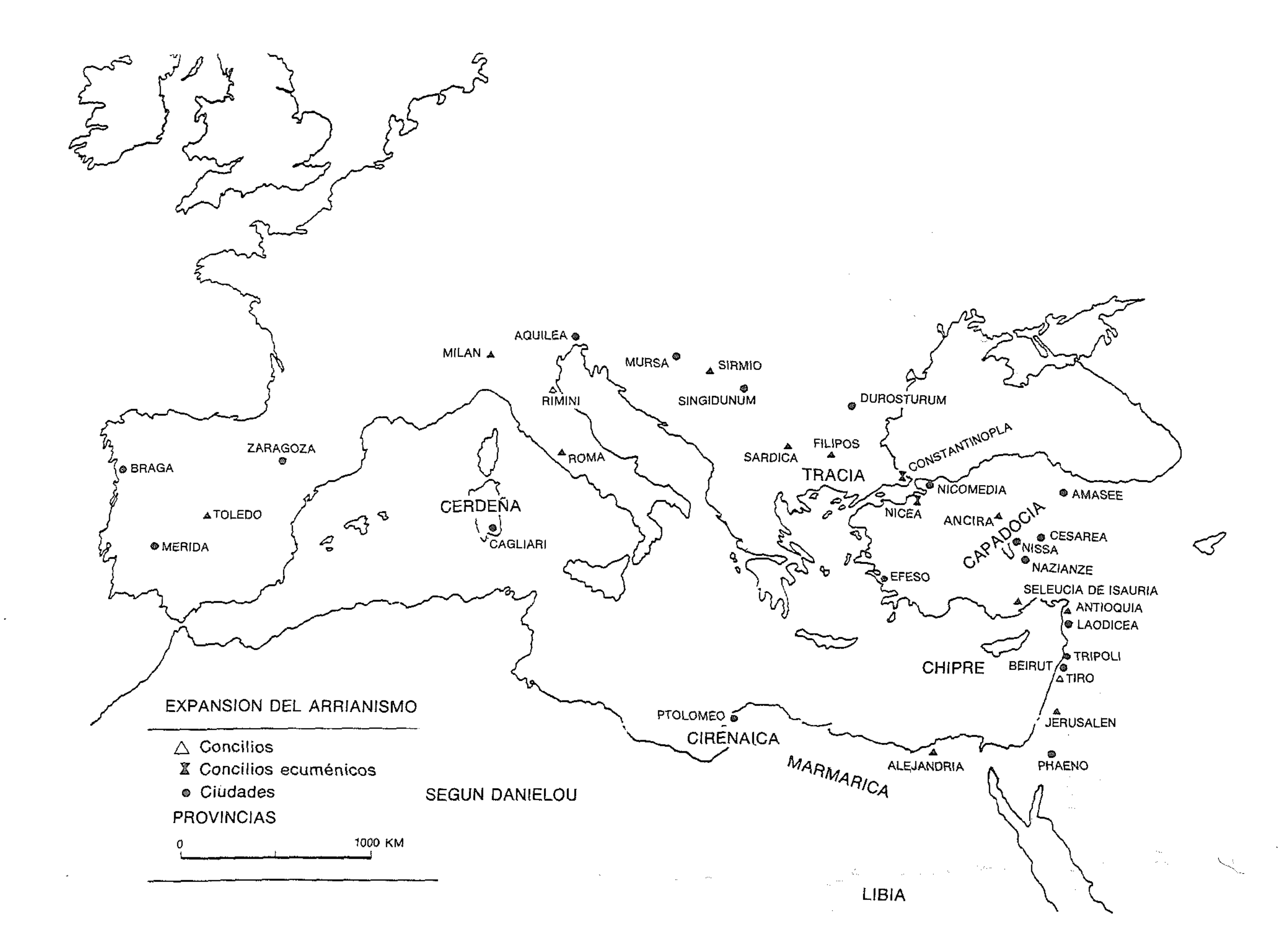
En Hispania fue Prisciliano quien introdujo la vida monástica. Prisciliano siguió una teología demasiado tradicionalista después de Nicea; chocó con el metropolitano de Mérida, pues, su ascetismo escapaba al control de los obispos. Ordenado obispo de Avila, acudió a Dámaso y a Ambrosio, quienes no le pudieron ayudar para no inmiscuirse en los asuntos de un obispo con su metropolitano. Más tarde fue acusado de tendencias gnósticas y maniqueas, por lo que apeló al poder civil, siendo condenado a muerte. Se trata de la primera condena dictada por el emperador —o mejor, usurpador— Máximo, en un asunto eclesiástico. Prisciliano pertenecía a la aristocracia hispana y contó con seguidores entre la gente culta y las mujeres. Su movimiento se propagó principalmente en Galicia.

10.5. El monacato ante la opinión de cristianos y paganos

El monacato contó con acérrimos defensores y furibundos detractores. Atanasio, Basilio, Crisóstomo y, después, Agustín, fueron favorables al monacato. El primero, Atanasio, se refugió entre los monjes de la Tebaida, donde escribió la *Vida de Antonio,* tras ser expulsado de su sede de Alejandría. En general, el episcopado de Oriente estuvo en buenas relaciones con el monacato. Por el contrario, Martin de Tours no parece haberlas mantenido con sus obispos, si creemos a su biógrafo.

Jerónimo, que dirigió a ascetas en Roma y en Belén, fue contrario a los ascetas sirios, según cuenta en sus *Cartas.* En una de ellas —la 22— ataca duramente a los monjes que bajo apariencia de ascetismo eran en realidad unos vividores, glotones y corrompidos. También censura duramente los monasterios mixtos que, en la práctica, se convertían en lupanares.

Los intelectuales paganos fueron adversarios de los monjes, probablemente, debido a que éstos habían destacado por su fanatismo, por la



MILAN
AQUILEA
MURSA
SIRMIO
RIMINI
SINGIDUNUM
DUROSTURUM
ZARAGOZA
BRAGA
ROMA
SARDICA
FILIPOS
CONSTANTINOPLA
TRACIA
NICOMEDIA
AMASEE
TOLEDO
CERDEÑA
NICEA
ANCIRA
CAPADOCIA
CESAREA
NISSA
MERIDA
CAGLIARI
NAZIANZE
EFESO
SELEUCIA DE ISAURIA
ANTIOQUIA
LAODICEA
TRIPOLI
CHIPRE
BEIRUT
TIRO
EXPANSION DEL ARRIANISMO
PTOLOMEO
JERUSALEN
CIRENAICA
△ Concilios
⧗ Concilios ecuménicos
ALEJANDRIA
PHAENO
MARMARICA
● Ciudades
SEGUN DANIELOU
PROVINCIAS
0
1000 KM
LIBIA

destrucción de los templos, etc. Juliano y Libanio denunciaron expresamente su fanatismo, por la destrucción de los templos, etc.: les acusan de comedores, hipócritas, misántropos, y de esquivar las responsabilidades de la vida civil. Sin duda estas acusaciones eran, en muchos casos, verdad.

El poeta Rutilio Namaciano dio un juicio adverso a los monjes y el de Eunapio no puede ser más demoledor sobre los vicios de éstos. El historiador Zósimo tampoco fue partidario de ellos.

Algunos emperadores cristianos frenaron las actividades de los monjes que planteban frecuentemente problemas de orden público. Valente les obligó al servicio militar en el año 375. Teodosio evitó las intervenciones de los monjes contra la pena de muerte, promulgando un edito en el año 390, por el que les prohibía permanecer en las ciudades; el edito fue derogado dos años después.

Incluso no faltaron protestas, dentro de los mismos monjes, contra las riquezas que se acumulaban poco a poco en los monasterios. Así, Nilo de Ancira, abad de un monasterio cercano a Ankara, que vivió a finales del siglo IV, afirma en su tratado *Sobre la pobreza voluntaria* que cada vez es más frecuente en los monasterios el deseo de posesión de tierras, lo que constituía una apostasía del primitivo ideal del monje.

10.6. Arte cristiano

10.6.1. Arquitectura cristiana del siglo III

Celso se asombró de que los cristianos no tuvieran ni templos ni altares ni realizaran sacrificios. Las reuniones litúrgicas o la enseñanza se hacían en casas particulares, como en tiempos de Pablo. Sin embargo, a partir de finales del siglo II, según se desprende de los escritos de Tertuliano, Hipólito, Cipriano, Minucio Félix y Orígenes, existen ya edificios dedicados al culto que se conocen como iglesias o casas de Dios. La aparición de estos edificios coincide con la formación de la jerarquía sacerdotal en tiempos de Cómmodo.

La iglesia de Edessa, destruida por una inundación en el año 201, es el más antiguo edificio de este tipo del que se tiene noticia. En Dura Europos se conserva la más antigua iglesia, fechada en el año 232: se trata de una casa-iglesia; en realidad es una sala dentro de una casa dedicada al culto, con baptisterio y pinturas con escenas del *Nuevo Testamento* (el tema del Buen Pastor, las santas mujeres dirigiéndose al sepulcro, la curación del paralítico, Pedro marchando sobre las aguas, etc.). El *Antiguo Testamento* sólo está presente en las figuras de Adán y Eva. Los paralelos más cercanos a estas pinturas son las del mitreo y la sinagoga de Dura Europos.

Estas primitivas iglesias eran pequeñas. Desde los años del gobierno de Galieno, según el testimonio de Eusebio, se construyeron grandes basílicas en consonancia con el aumento del número de cristianos. Los prototipos de las basílicas son las basílicas civiles de uso judicial o añadidas a los palacios. Pero también existieron en el Imperio basílicas dedicadas al culto; recordemos la basílica pitagórica de Porta Maiore en Roma, de época julio-claudia, y la basílica de Cafarnaún, del siglo III.

10.6.2. Imágenes religiosas

El gnóstico Carpócrates, al decir de Ireneo, fue el primero que hizo una imagen de Cristo, situada entre las estatuas de Pitágoras, Platón y Aristóteles. Alejandro Severo emplazó en un larario la imagen de Cristo, junto a Abraham, Orfeo, Apolonio de Tiana, etc.; se trata en este caso de un culto sincrético del emperador. En Cesarea de Filipo, Palestina, Eusebio contempló una estatua de Jesús que tenía el poder de curar.

El propio Eusebio es contrario a este tipo de imágenes; la Iglesia primitiva las condenó repetidamente, como en el concilio de Elvira, pero estas disposiciones no se cumplieron.

10.6.3. Catacumbas. Pinturas

Las catacumbas no son anteriores a la época de los Severos. Calixto, el futuro obispo de Roma, estuvo al frente de la catacumba que lleva su nombre. Las más antiguas son, probablemente: el hipogeo de los Flavios, en la catacumba de Domitila; el hipogeo *in Lucina* en la *Via Appia;* las cámaras de los sacramentos de la catacumba de Calixto y la capilla griega del cementerio de Priscila. Todas ellas son fechadas en el siglo III.

En la cripta de Luciana se encuentra ya el tema del Buen Pastor, que también aparece en la catacumba de Domitila. El pez y los panes eucarísticos se encuentran representados en la catacumba de Calixto, junto al tema de Jonás arrojado al monstruo marino. En la catacumba de Priscila se pintó a Balaam o Isaías mostrando la estrella ante la Virgen, que sostiene al niño. En esta misma catacumba hay una obra de alta calidad artística, auténtico retrato, como es la mujer velada. De carácter impresionista son los tres hebreos en el horno de la catacumba de Priscila. En la Capilla Griega se pintó el banquete eucarístico, que se repite con un estilo totalmente diferente en la capilla del sacramento de la catacumba de Calixto y en el banquete celestial de la de Pedro y Marcelino.

Sin embargo, las catacumbas más importantes son las de Pedro y

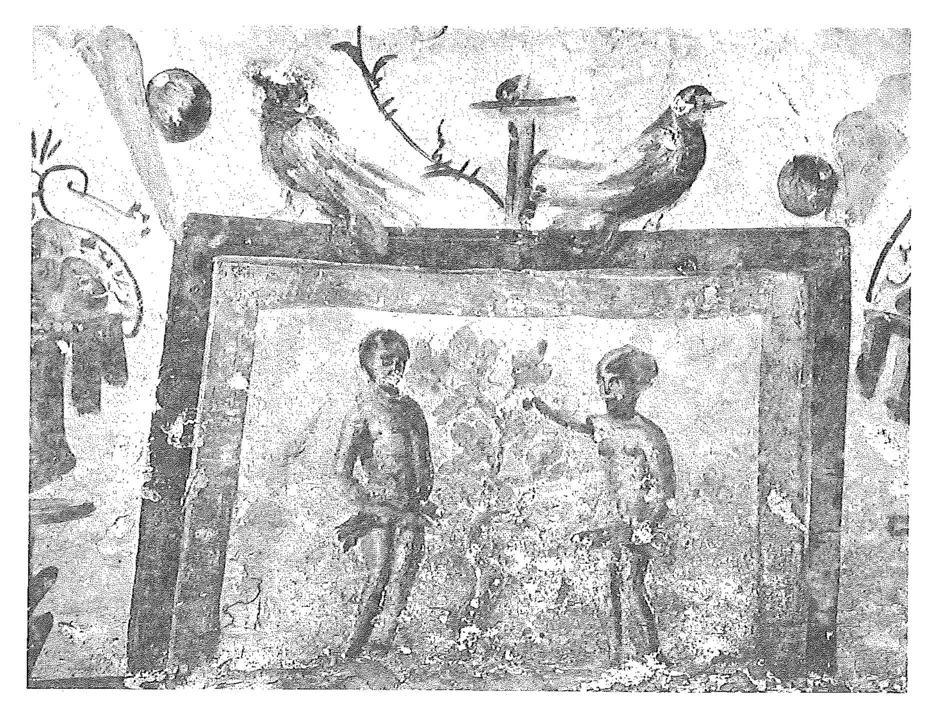


Escena bautismal. Sarcófago del Museo delle Terme (Roma).

Marcelino, la de Commodila y la del *Coemeterium Maius,* todas ellas en Roma. En sus pinturas se representan verdaderos retratos, incluso cuando se pintan personajes de la *Historia Sagrada.* Estas escenas, por su estilo, parecen reflejar el arte de los mosaicos que decoraban los ábsides de las iglesias. Pinturas bien significativas de este arte son las de Adán y Eva del *Coemeterium maius,* bien diferentes de las del mismo tema de la catacumba de la Vía Latina; de la orante entre los



Detalle de uno de los trabajos de Hércules. Catacumba de Vía Latina (Roma).



Adán y Eva en el Paraíso. Catacumba del «Coemeterium Maius» (Roma).

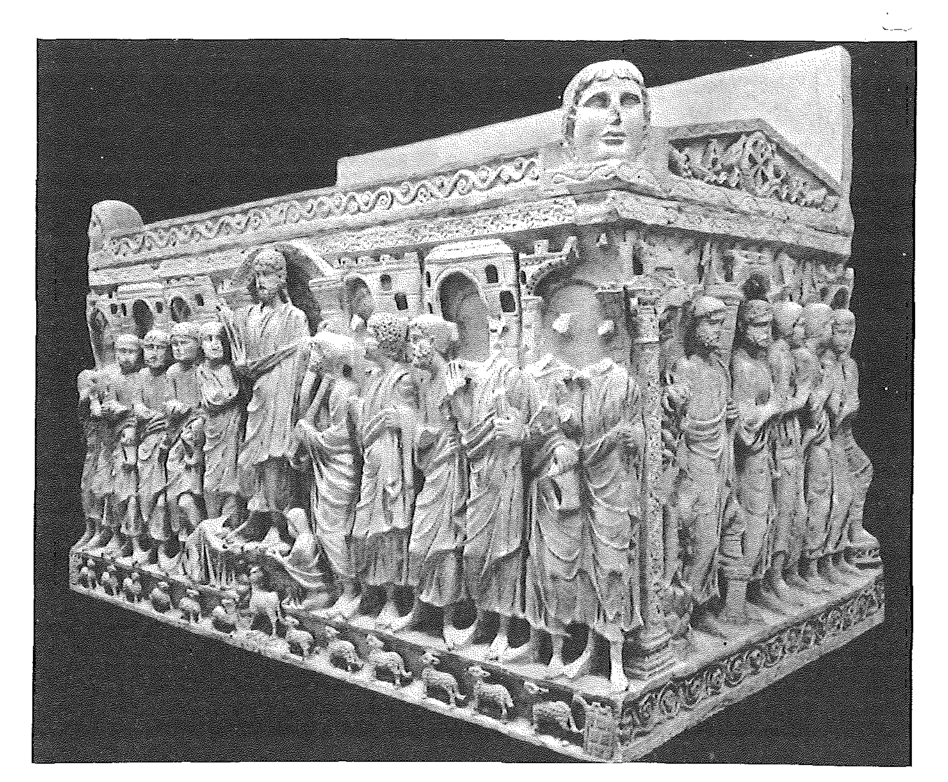
pastores y del bautismo de éste mismo cementerio; o de Jonás arrojado a la ballena, de la catacumba de Pedro y Marcelino.

La catacumba de la Vía Latina es importante por la mezcla de escenas del *Antiguo Testamento:* ascensión del profeta Elías, sacrificio de Isaac, Jacob con la escala que llega al cielo, Abraham bajo el encinar de Mambre, el paso del Mar Rojo, etc. También las hay del *Nuevo Testamento* mezcladas con temas de origen pagano (trabajos de Hércules, la muerte de Cleopatra, la concepción de Alejandro Magno o de Sabacio, etc.). Los temas paganos están, no obstante, en cubículos diferentes, lo que indica, quizá, que en la catacumba se enterraba a paganos y cristianos.

10.6.4. Escultura paleocristiana

Como ocurre con la pintura, la más antigua escultura paleocristiana conservada es de carácter funerario. Las composiciones son idénticas pero están vinculadas a los talleres paganos.

La escultura se conoce a través de los relieves de los sarcófagos



Escena de Cristo con los Apóstoles. Sarcófago de la Basílica de San Ambrosio (Milán).

cristianos, los cuales reciben del repertorio pagano los temas. En los de estrígilos, la decoración se limita al medallón central, a las esquinas y a los laterales. Hay en ellos yuxtaposición de motivos y presentan paralelos notables con la pintura paleocristiana. Uno de los primeros sarcófagos con estrígilos y retrato en el centro es el hallado en la necrópolis paleocristiana de Tarragona, fechado entre los años 230-240.

En origen, las composiciones son de significado pagano, pero poco a poco se fueron cristianizando. Es entonces cuando aparecen escenas marinas o pastorales y figuras aisladas, como las del pescador, el filósofo en actitud de enseñar o el pastor con la oveja a sus hombros. En algunos sarcófagos no es posible conocer con precisión si se trata de piezas cristianas o paganas, como sucede con el sarcófago de Ravenna.

Cristianas, con casi entera seguridad, son las escenas de un sarcófago hallado en la Vía Salaria, decorado con el Buen Pastor y con una orante en el centro, rodeados por un filósofo y una mujer sentada, acompañada por otra de pie. En el sarcófago de Gayole (Francia) se

representa a un filósofo enseñando, una orante, el Buen Pastor y el pescador; todos ellos son temas de origen pagano que fueron luego cristianizados.

Los motivos del Buen Pastor y del pescador, aunque existían ya en el arte pagano, responden a temas de los evangelios. La misma cristianización se observa en otras composiciones tomadas del arte pagano funerario, como la de la barca o del viaje por Mar del sarcófago de Sta. María Antigua de Roma.

Un caso aparte lo constituye el sarcófago de Junio Basso, fechado en el 359, en el que se esculpió de izquierda a derecha y de arriba a abajo: el sacrificio de Isaac, el arresto de Pedro, Cristo triunfante entronizado, Jesús ante Pilato y, en el friso inferior, Job y su esposa, Adán y Eva, Cristo en su entrada triunfal en Jerusalén, Daniel en el foso de los leones y la ejecución de Pablo.

En Roma trabajaban talleres paleocristianos que enviaban las piezas también a Hispania ya en época de la Tetrarquía. De esta época es la tendencia a escoger escenas del *Antiguo Testamento* que se consideraban que prefiguran las del Nuevo. La orante tiende a desaparecer y el medallón central está ocupado por un retrato.

Una nueva etapa del arte de los sarcófagos cristianos viene marcada por los sarcófagos de columnas en los que las escenas se hallan flanqueadas por dos columnas. A este tipo pertenece el mencionado de Junio Basso. Generalmente se esculpieron a partir de mediados del siglo IV y derivan de los sarcófagos paganos de columnas, y se extendieron por Roma, el norte de Italia y el sur de la Galia.

De época de Teodosio datan los sarcófagos con puertas de ciudades, fabricados en Italia, cuyos mejores ejemplares, de gran calidad artística, proceden de Milán, Arlés, Tarragona, etc. La iconografía es la misma que la de los sarcófagos de columnas.

10.6.5. El desnudo en el arte paleocristiano

Los artistas cristianos no tuvieron ningún reparo en representar diferentes personajes desnudos con un carácter heroico en muchos casos. Jonás bien arrojado al mar, bien durmiendo debajo de la calabacera, aparece siempre sin vestidos, como en el mosaico de la catedral del obispo Teodoro, en Aquileya; en el hipogeo de los Aurelios; en un vidrio del Museo Vaticano; en las pinturas de las catacumbas de San Pedro y Marcelino, o de Calixto de Roma; o en el sarcófago de Santa María Antigua en Roma, igualmente.

Desnudos completamente van Eros y los erotes de las catacumbas de Domitila y de Pretextato en Roma. El propio Cristo está totalmente

desnudo en la escena del baustimo en la catacumba de San Pedro y Marcelino, o en el relieve del sarcófago del Museo de las Termas en Roma.

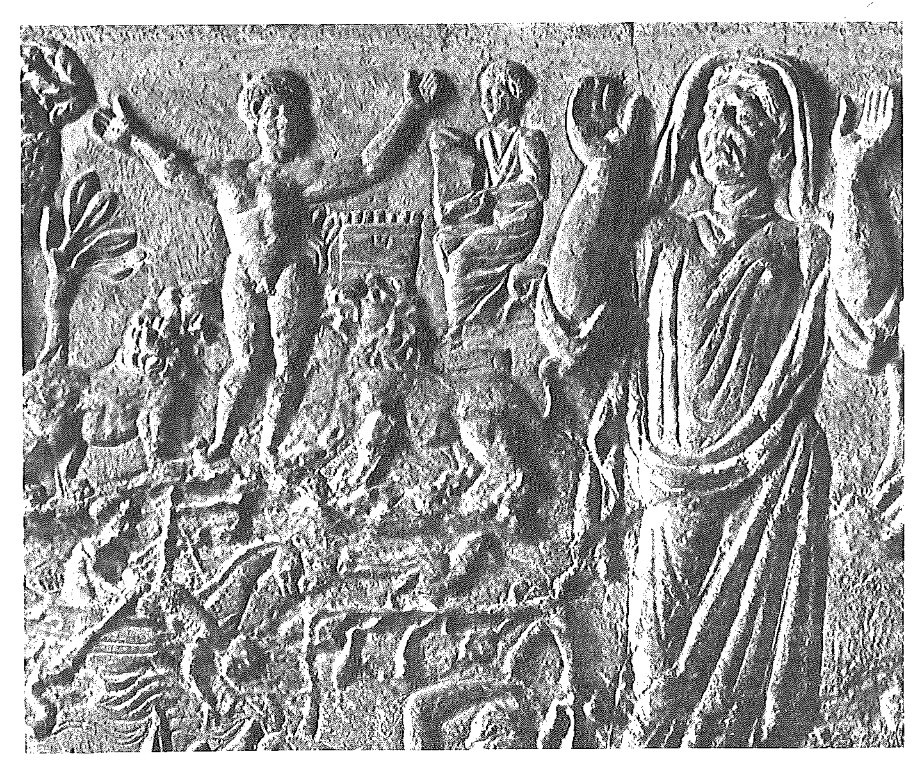
Daniel, entre los leones, siempre se representó sin ropa, como en los sarcófagos del Museo Laterano de Roma o del Museo Velletri.

En la catacumba de la Vía Latina en Roma se pintó a Hércules totalmente desnudo en diferentes trabajos.

Adán y Eva están desnudos, tapándose únicamente el sexo, según el relato bíblico, en la catacumba de *Coemeterium Maius*.

10.6.6. Basílicas constantinianas.

Las basílicas se generalizaron a partir de la política eclesiástica seguida por Constantino. De época de este emperador son: la basílica de la Resurrección junto a la rotonda del Santo Sepulcro y la de la Natividad, levantada por la madre de Constantino. Este levantó también



Daniel y Jonás. Detalle de un sarcófago. Museo de Velletri (Italia).

una basílica en honor de Pedro y el emperador Teodosio y una segunda en honor de Pablo.

La basílica del Laterano estaba adosada al palacio imperial. Una disposición gemela a la del Santo Sepulcro de Jerusalén es la de la basílica de Sta. Agnes, junto al mausoleo circular de Sta. Constanza.

Sólo la basílica de la Natividad ha llegado hasta nosotros. Es de planta rectangular y consta de cinco naves, la central de mayores dimensiones. Esta planta fue seguida, generalmente, en las basílicas del siglo IV.

La basílica de la Resurrección, con la del Santo Sepulcro están bien descritas en la *Vida de Constantino*. Ocupaban el lugar de la crucifixión y de la sepultura de Cristo. Una rotonda cubría el lugar del sepulcro y de la resurrección. La basílica consta de cinco naves con ábside, precedidas de un atrio con tres puertas y una escalinata.

Muy parecida a ésta era la iglesia constantiniana de Pedro en Roma: tenía también cinco naves con ábside; el altar se encontraba delante de éste. Un gran atrio rectangular abría el ingreso a la basílica.

En realidad dicha disposición responde al arte imperial, en el que ya aparece el ábside. Las basílicas solían ser decoradas con pinturas y mosaicos que representaban escenas del *Antiguo y Nuevo Testamento* que acusan claros influjos del arte imperial. Cristo ocupa el lugar central; las escenas simbolizan a Cristo y a la Iglesia. Desgraciadamente todo este arte monumental cristiano ha desaparecido, salvo los mosaicos de Santa Constanza en Roma.

La bóveda iba decorada con zarzas de vid y pájaros entre ellas, así, como un medallón en el centro. En las esquinas, escenas del transporte y prensa de la vid, tema típicamente dionisíaco, que aludía a la inmortalidad que el dios prometía a los iniciados en sus misterios. El tema de la prensa de la vid era frecuente en los mosaicos (Mérida, Duratón, Alcalá de Henares, etc.) y en los sarcófagos, en éstos con un carácter funerario.

10.7. La intelectualidad cristiana

El cristianismo contó en el siglo IV con muchos y excelentes pensadores cuyo influjo fue enorme aún en siglos posteriores. A continuación se señalarán algunos de los más destacados.

10.7.1. Los historiadores: Eusebio de Cesarea

Había nacido Eusebio hacia el año 263, siendo en el año 313 nombrado obispo de Cesarea, ciudad donde se había educado en la tradición



Busto de Constantina. Santa Constanza (Roma).

de las enseñanzas de Orígenes. Era arriano y partidario de llegar a un entendimiento con el grupo opuesto.

Fue también el mayor escritor griego eclesiástico, después de Orígenes y un gran conocedor tanto de la literatura cristiana como de la pagana. Tenía amplios conocimientos de filosofía, geografía, filología, historia, cronología y exégesis.

Su fama se debe, sobre todo, a su *Historia Eclesiástica,* a su *Vida de Constantino* y a su *Crónica.* Esta última la escribió en torno al 303 y es un resumen de la historia de Josefo, Diodoro Sículo, Clemente de Alejandría, etc. La segunda parte de esta obra contiene cuadros sincrónicos. Su influjo fue grande en toda la Edad Media, siendo una obra fundamental para la historiografía.

La *Historia Eclesiástica* comprende 10 libros, desde los orígenes del cristianismo hasta la derrota de Licinio. Es una colección rica en hechos históricos y en documentos. Toda ella tiene un carácter marcadamente apologético.

La *Vida de Constantino,* obra muy discutida, no es propiamente una biografía histórica, sino una alabanza del emperador que trajo la paz para la Iglesia. Sólo refiere aquellos aspectos encomiables de su biografiado.

10.7.2. La teología: Atanasio

Fue el gran defensor del credo de Nicea contra los arríanos. En el año 328 fue nombrado obispo de Alejandría; tras haber sido expulsado de su diócesis cinco veces; pasó 17 años de su vida en el destierro, muriendo en el 373.

La mayoría de sus numerosos escritos se relacionan con las disputas teológicas, originadas con la aparición del arrianismo. Creó un nuevo género literario con sus *Apologías* y con su *Vida de Antonio.* Su tratado *Contra los paganos* constituye una refutación de las mitologías y un ataque contra el politeísmo popular y el panteísmo filosófico.

En su *Apología contra los arrianos* defiende su postura teológica; es ésta una obra fundamental para conocer la doctrina arriana. La *Vida de Antonio* es, como ya se ha dicho, el documento más importante sobre el monacato antiguo; escrita hacia el 357, su influjo fue enorme en épocas posteriores. Dedica gran atención en ella a la demonología, recogiendo las ideas populares que circulaban sobre los demonios.

Atanasio escribió también tratados exegéticos sobre los *Salmos,* el *Eclesiastés,* el *Cantar de los Cantares* y el *Génesis*; también otros de carácter exegético: *Sobre la virginidad, etc.*

10.7.3. Los capadocios

Capadocia fue la patria de tres grandes teólogos que continuaron la obra de Atanasio: Basilio de Cesarea, su hermano Gregorio de Nisa y su amigo Gregorio de Nazianzo. Los tres contribuyeron a solucionar muchos problemas existentes entre el helenismo y el cristianismo.

Basilio nació en el seno de una familia rica, hacia el año 330: su padre era un rétor en Neocesarea del Ponto. Amplió estudios en Constantinopla y en Atenas, ejerciendo más tarde en Cesarea como abogado. Fue el fundador del monacato oriental, creando numerosos hospitales; su preocupación por lo social queda bien reflejada en su correspondencia.

Ante el poder civil fue valiente y, al mismo tiempo, hábil. Estuvo siempre muy preocupado por la unidad de la Iglesia, dividida en facciones, siempre en lucha. Fue también un gran teólogo, inclinándose por los aspectos éticos del mensaje del cristianismo. Escribió gran cantidad de cartas, sermones, tratados dogmáticos, pedagógicos, ascéticos y litúrgicos. Particularmente famosa es su *Exhortación a los jóvenes sobre la manera de aprovecharse mejor de los escritos de los autores paganos* en la que se muestra partidario de utilizar la literatura pagana en la educación de los adolescentes, seleccionando siempre las obras de los poetas, historiadores o retores. En este tratado Basilio se presenta como un gran admirador de los valores permanentes del helenismo, defendiendo la combinación de la verdad cristiana con la cultura tradicional.

Su obra como comentarista de los *Libros Sagrados* —Génesis, Salmos e Isaías— es igualmente importante. Basilio reformó la liturgia, la cual, como su regla monástica, ha llegado hasta hoy. Murió en el año 379.

10.7.4. Epifanio de Salamina.

Había nacido cerca de la ciudad de Gaza en Palestina, hacia el año 315. Durante unos 30 años fue abad de un monasterio situado en las proximidades de su ciudad natal, siendo hacia el año 367 nombrado metropolitano de Chipre.

Epifanio fue conocido como acérrimo enemigo de Orígenes, al que consideró padre de todas las herejías. También fue un famoso antiarriano y adversario de Juan Crisóstomo.

Sin embargo, sus obras fueron muy leídas por todo el mundo, a pesar de estar redactadas en un deficiente estilo literario. Sus dos obras más famosas son el *Ancoratus*, redactado en el año 374, que es un compendio del dogma cristiano y el *Panarion*, tratado de todas las herejías, entre las que incluye al helenismo y judaísmo. Para su redacción Epifanio utilizó como fuente las obras de Justino, Ireneo e Hipólito, siendo hoy el tratado más extenso de la Antigüedad sobre las herejías cristianas de cuantas se hayan conservado. Su valor es grande por la gran cantidad de citas que intercala.

También redactó tres panfletos contra el uso de las imágenes, que considera idolatría, muy interesantes para la historia del arte cristiano.

10.7.5 Sinesio de Cirene

Sinesio es otra figura importante, a caballo entre el helenismo y el cristianismo. Nació entre los años 370-375, recibiendo educación en Alejandría, donde fue discípulo de la filósofa Hipacia. Más tarde viajó a Atenas, ciudad que le defraudó.

En el año 410 fue elegido obispo por el pueblo y el clero, en agradecimiento a la defensa que había dirigido contra las hordas de bárbaros; aceptó el cargo con la condición de poder seguir defendiendo sus ideas filosóficas sobre la creación, la preexistencia de las almas y el concepto alegórico de la resurrección de la carne.

Sus escritos demuestran una gran erudición clásica y un gran talento filosófico; su estilo es excelente. Su crítica a la vida que se lleva en la corte imperial de Constantinopla es de una gran franqueza y valentía, como se pone de manifiesto particularmente en su *Discurso sobre la realeza*. Sus *Cartas,* en número de 156, son importantes para conocer sus opiniones teológicas y filosóficas, sus creencias sincréticas y la buena educación recibida.

10.7.6. La oratoria sagrada: Juan Crisóstomo

En la oratoria sagrada descolló la figura de Juan Crisóstomo, es decir, «boca de oro», llamado así por la calidad de su estilo ático.

Nació entre los años 344-354, en el seno de una familia rica. Fue alumno del famoso rétor, amigo de Juliano, Libanio, practicando más tarde la vida eremítica durante años cerca de Antioquía.

Ordenado sacerdote en 386, predicó la homilía en Antioquía, convirtiéndose en el mayor orador sagrado de la cristiandad. En el año 398 fue nombrado patriarca de Constantinopla: se dedicó a partir de entonces a la reforma del clero —muy corrompido— lo que le ocasionó graves disgustos y le granjeó numerosos enemigos. Con los cuantiosos ingresos de que disponía, levantó hospitales y socorrió a los pobres.

En el sínodo de Efeso, del 401, depuso a seis obispos, acusados de simonía. Atacó valientemente el lujo y la depravación de la emperatriz Eudoxia. Los numerosos obispos, enemigos suyos, lograron su destitución en el año 403, y el destierro a Bitinia; sin embargo, fue pronto reintegrado a su puesto, hasta que en el año 404 fue nuevamente enviado a Armenia, muriendo tres años después.

Escribió tratados y cartas, pero las obras que le han dado fama imperecedera son sus homilías, cantera inagotable de datos sobre la vida de Constantinopla y Antioquía.

Predicó sermones de carácter exegético sobre el *Génesis*, los *Salmos*, *Isaías* y también sobre varios libros de *Nuevo Testamento*. Otros son de carácter dogmático y polémico. Las homilías más famosas son las que se refieren a las estatuas del emperador, destruidas por el pueblo de Antioquía con motivo de una extraordinaria recogida de impuestos.

10.7.7. La exégesis bíblica: Jerónimo

Jerónimo nació en Estridón, una aldea situada entre Dalmacia y Panonia, hacia el 376. Recibió una correcta educación en Roma del orador pagano Elio Donato; el influjo de Cicerón y de Virgilio fue siempre notable en su obra.

Fue, ante todo, un intelectual como lo demuestra el hecho de que transportase su biblioteca al desierto de Calcis, en el norte de Siria, cuando se hizo monje. Era de temperamento apasionado y contó con excelentes amigos, pero también con acérrimos enemigos.

Vinculado al obispo de Roma, Dámaso, viajó a la muerte de éste a Belén para practicar el ascetismo en compañía de algunas damas de la alta aristocracia romana.

Intervino activamente en las grandes disputas teológicas de su tiempo, como el problema relacionado con la ortodoxia de Orígenes. Pero su nombre va unido a la traducción de la Biblia al latín; dicha traducción, conocida como la *Vulgata*, se impuso en todo el Occidente y fue usada hasta nuestros días.

Sus cartas son también importantes para conocer la sociedad del Bajo Imperio; en ellas fustiga sin piedad los vicios de la alta sociedad de su tiempo y la vida de ciertos clérigos.

En el año 392, redactó su tratado *De viris illustribus* para defender al cristianismo de quienes se burlaban de la escasa capacidad intelectual de los cristianos; abarca desde la figura de San Pedro hasta el año 392. Utilizó en su redacción, como fuente, la *Historia Eclesiástica* y la *Crónica*, de Eusebio, pero cometió en ella frecuentes inexactitudes, dejando además traslucir en ella sus simpatías y antipatías personales. En cualquier caso constituye una fuente básica para el conocimiento de la literatura cristiana antigua.

10.7.8. La poesía cristiana: Prudencio.

Prudencio fue el más grande poeta cristiano del siglo IV. Nació en Calagurris (Calahorra) en el año 348 y debió morir poco después del 405. Poseía grandes conocimientos de los poetas latinos como Horacio y Virgilio, siendo su estilo poético excelente. También fue abogado y se dedicó a la administración pública.

Sus poemas van precedidos de un título griego, según una costumbre de la época. El *Cathemerinon* o *Libro de la Jornada* es una colección de poemas sobre las horas de la jornada; es de inspiración litúrgica y queda patente en él su alta calidad poética de tipo clásico. En la *Apotheosis* celebra el triunfo de Cristo y refuta algunas herejías. Al género épico dedicó su *Psychomachia*. El *Contra Symmachum* se redactó 20 años después del asunto del altar de la Victoria; en él se expresa su amor sincero a Roma, trasvasando algunos temas de la literatura pagana de época augustea, como la eternidad de Roma, al cristianismo. El *Peristephanon* lo constituyen 14 himnos en honor de los mártires cristianos; tiene excelentes descripciones poéticas, aunque su estilo es, en ocasiones, ampuloso y retórico. Finalmente, el *Dittochaeon* representa una obra importante para la historia del arte cristiano, pues, se describen en ella escenas del *Antiguo* y del *Nuevo Testamento,* relacionadas con pinturas.

Apéndices

A.1. Textos comentados

A.1.1. Las relaciones entre el cristianismo y el emperador

> Tú, Señor, les diste la potestad regia, por tu fuerza magnífica e inefable, para que, conociendo nosotros el honor y la gloria que por Ti les fue dada, nos sometamos a ellos, sin oponernos en nada a tu voluntad. Dales, Señor, salud, paz, concordia y constancia, para que sin tropiezo ejerzan la potestad que por Ti les fue dada. Porque Tú, Señor, rey celeste de los siglos, das a los hijos de los hombres gloria y honor y potestad sobre las cosas de la tierra. Endereza Tú, Señor, sus consejos, conforme a lo bueno y acepto en tu presencia, para que, ejerciendo en paz y mansedumbre y piadosamente la potestad que por Ti les fue dada, alcancen de Ti misericordia.
>
> (Clem. *Epist.* 61, 1-2)

La carta de Clemente Romano —posible pariente cercano del emperador Domiciano— dirigida a los fieles de Corinto y escrita hacia el año 95, es importante por poner de relieve la idea que el cristianismo primitivo tenía del Estado.

Reconoce su autor que todo poder viene de Dios y que a él hay que someterse aunque se trate de emperadores perseguidores de los cristianos como Nerón o Domiciano.

Los cristianos deben pedir continuamente por el emperador en sus oraciones para que Dios le colme de beneficios que traigan la paz y

prosperidad al Imperio. Tal fue el criterio que defendió también la Iglesia.

Sin embargo, los cristianos no deben adorar al emperador, que es un simple mortal. Así, lo manifiestan otros muchos textos como las *Actas de los mártires escilitanos* (condenados en Africa en el 180) o la *Apología* de Tertuliano (30-35), obra escrita en el año 197.

Con esta actitud los cristianos no eran peligrosos para el Imperio, como admite Plinio el joven en su carta a Trajano, y como también subrayan los apologistas de la segunda mitad del siglo II, como Melitón, Atenágoras, Apolinar y Milcíades.

Bibliografía: Sánchez Salor: 1986, 397-405.

A.1.2. Rescripto del emperador Trajano sobre los cristianos

> Trajano a Plinio. Has seguido, Segundo mío, el procedimiento que debiste en el despacho de las causas de los cristianos que te han sido delatados. Efectivamente, no puede establecerse una norma general, que haya de tener como una forma fija. No se los debe buscar; si son delatados y quedan convictos, deben ser castigados; de modo, sin embargo, que quien negare ser cristiano y lo ponga de manifiesto por obra, es decir, rindiendo culto a nuestros dioses, por más que ofrezca sospechas por lo pasado, debe alcanzar perdón en gracia de su arrepentimiento. Los memoriales, en cambio, que se presenten sin firma, no deben admitirse en ningún género de acusación, pues es cosa de pésimo ejemplo e impropia de nuestro tiempo.
>
> (Plinio, X, 97) [trad. D. Ruiz Bueno]

Este rescripto responde a la carta que Plinio el Joven dirigió a su amigo el emperador Trajano, consultándole qué actitud debía tomar respecto a aquellos cristianos —en Bitinia— a los que no se había hallado culpables.

Este decreto del emperador sentó la base jurídica sobre funcionamiento legal de la persecución anticristiana hasta los tiempos de Valeriano. El cristianismo fue probablemente perseguido en aplicación de las leyes ordinarias referentes a las culpas religiosas.

La respuesta de Trajano es de gran ambigüedad y no responde a ninguna de las preguntas formuladas por Plinio.

Trajano permite la absolución de los apóstatas y felicita a Plinio por su actuación en los procesos, al tiempo que le sugiere que no se formulen preguntas sobre el pasado de los acusados y que limite la prueba requerida al sacrificio a los dioses.

Trajano afirma tajantemente que los cristianos no deben ser buscados sino sólo perseguidos por denuncias privadas y no anónimas.

Este rescripto permitió a los cristianos y a los paganos de los años siguientes interpretarlo —dada su ambigüedad— según los intereses del momento.

Bibliografía: M. Sordi: 1988, 62-68.

A.1.3. Relaciones entre la filosofía pagana y el cristianismo

> ... Porque cuanto de bueno dijeron y hallaron jamás filósofos y legisladores, fue por ellos elaborado, según la parte de Verbo que les cupo, por la investigación e intuición; mas como no conocieron al Verbo entero, que es Cristo, se contradijeron también con frecuencia unos a otros. Y los que antes de Cristo intentaron, conforme a las fuerzas humanas, investigar y demostrar las cosas por razón, fueron llevados a los tribunales como impíos y amigos de novedades. Y el que más empeño puso en ello, Sócrates, fue acusado de los mismos crímenes que nosotros, pues decían que introducía nuevos demonios y que no reconocía a los que la ciudad tenía por dioses... Que fue justamente lo que nuestro Cristo hizo por su propia virtud. Porque a Sócrates nadie le creyó hasta dar su vida por esta doctrina, pero sí a Cristo —que en parte fue conocido por Sócrates— porque Él era y es el Verbo que está en todo hombre.
>
> (Apol., II, 10, 2-8)
>
> ....
>
> Ahora bien, cuanto de bueno está dicho en todos ellos nos pertenece a nosotros los cristianos, porque nosotros adoramos y amamos, después de Dios, el Verbo, que procede del mismo Dios ingénito e inegable; pues Él, por amor nuestro, se hizo hombre para ser particionero de nuestros sufrimientos y curarlos. Y es que los escritores todos sólo oscuramente pudieron ver la realidad gracias a la semilla del Verbo en ellos ingénita. Una cosa es, en efecto, el germen e imitación de algo que se da conforme a la capacidad, y otra aquello mismo cuya participación e imitación se da, según la gracia que de aquél también procede
>
> (Just., II 13, 4 6) [trad. D. Ruiz Bueno]

El apologista Justino, martirizado en torno al año 165 en Roma, asentó un criterio con respecto a la filosofía pagana que iba a ser de enorme trascendencia para la asimilación de ésta por parte de los pensadores cristianos, como Clemente u Orígenes, cual es que todo lo bueno que han dicho los filósofos pertenece a los cristianos, pues en ellos estaba depositada la semilla del *Logos*.

Así, afirma con rotundidad que filósofos tenidos por ateos, como Heráclito y Sócrates, fueron cristianos. En su *Apología,* Justino defiende también la tesis, cara a la apología judeo-alejandrina, de que los filósofos paganos dijeron muchas verdades porque las tomaron del *Antiguo Testamento,* lo cual no es, evidentemente, cierto.

Ante esta actitud tan abierta, existió otra entre los pensadores cristianos, de rechazo hacia la filosofía pagana, que vino representada por autores como Ireneo, Taciano o Tertuliano.

Bibliografía: Quasten: 1978, 205, 209-211.

A.1.4. Todas las herejías proceden de la filosofía pagana

> Probaremos que (los herejes) son ateos, tanto en sus opiniones como en su modo (de tratar una cuestión). Mostraremos cuál es el origen de sus empresas y cómo han tratado de establecer sus creencias, sin tomar nada de las Sagradas Escrituras. No ha sido tampoco por respetar la tradición de un santo que ellos se lanzaron de cabeza a todas estas teorías. Antes bien, probaremos que sus doctrinas las sacaron de la sabiduría de los griegos, de las conclusiones de los autores de sistemas filosóficos, de los pretendidos misterior y de las divagaciones de los astrólogos. Parécenos, pues, oportuno exponer en primer lugar las opiniones que emitieron los filósofos griegos y probar a nuestros lectores que son más antiguas que aquéllas (las herejías) y más dignas de respeto sus ideas sobre la divinidad. Compararemos luego cada herejía con el sistema del respectivo filósofo, con lo que se echará de ver que el primer autor de la herejía se sirvió de estos esbozos y los adaptó para su provecho, apropiándose sus principios. Empujado por ellos hacia lo peor, ha construido su propia doctrina. La empresa, es verdad, exige gran trabajo y largas investigaciones. No nos debe, pues, faltar el valor... Para comenzar, pues, declararemos quiénes fueron entre los griegos los primeros en señalar los principios de la filosofía natural. De ellos especialmente tomaron furtivamente sus opiniones los que comenzaron a propagar estas teorías. Lo probaremos luego, cuando comparemos los unos con los otros. Asignaremos a cada uno de los que han jugado papel del jefe entre los filósofos las doctrinas que les son propias y pondremos de manifiesto la desnudez e indicencia de estos heresiarcas.
>
> (Hip. *Philos.* proem) [trad. I. Oñatibia]

Este párrafo es de gran importancia, ya que los escritores cristianos que lucharon contra los gnósticos, asentaron el criterio de que este sistema era una contaminación del cristianismo con la filosofía pagana,

según puntualiza e intenta demostrar Hipólito de Roma en esta obra que lleva por título *Philosophumena* o *Refutación de todas las herejías*, escrita después del 222.

El escritor romano dedica en ella sólo los primeros libros de su escrito a este tema para criticar luego, en los siguientes, las diferentes creencias paganas.

Es interesante observar que Hipólito también señala —al igual que hicieron Justino, Clemente de Alejandría o Minucio Félix— el parentesco entre las religiones mistéricas y el ritual cristiano. Esta tesis había sido expuesta ya por el maestro de Hipólito, Ireneo de Lyon, en su *Adversus Haereses*.

Una postura parecida defenderá Epifanio de Salamina en el siglo IV en su obra titulada *Panarion*, que en buena medida depende de los autores anteriormente citados.

Bibliografía: Simón, 1972, 175-190.

A.1.5. Oposición de los cristianos al servicio militar

> Todos empezaron a señalarlo con el dedo, burlándose de él desde lejos. Cuando estuvo cerca le mostraron su indignación. El clamoreo llega hasta la tribuna. El soldado sale de sus filas. El tribuno le pregunta inmediatamente: ¿Por qué te distingues de los demás? No me está permitido —responde él— llevar la corona como los otros. Y como el tribuno pide que explique sus razones, responde: Porque soy cristiano... Se examina su causa y se delibera; se instruye el proceso; se lleva la causa al perfecto y, coronado por la blanca corona del martirio, más gloriosa que la otra, aguarda ahora en el calabozo el *donativum* de Cristo. En seguida empezaron a oírse juicios desfavorables sobre su proceder. ¿Vienen de los cristianos o de los paganos? No lo sé; en todo caso, los paganos no hablarían de otro modo. Se habla de él como de un atolondrado, un temerario, un hombre impaciente por morir. Interrogado sobre su porte exterior, acababa de poner en peligro a los que llevan el nombre (de Cristo)... Contentémonos hoy con contestar a su objeción: ¿Quién nos ha prohibido llevar una corona? Voy a comenzar por este punto, que es, en resumidas cuentas, el meollo de toda la cuestión, que nos ocupa.
>
> (Tert., *De cor.* 1) [trad. I. Oñatibia]

Este párrafo, extraído del *De corona* de Tertuliano y escrito hacia el año 211, es fundamental para conocer el criterio de ciertos cristianos respecto al serivicio militar.

Se indica en él que un cristiano por razones de conciencia —en este caso por no cometer un pecado de idolatría— rechazó el servicio militar. El gran apologista Tertuliano, antes de su conversión al montanismo, admitió que un cristiano se dedicara a la milicia, pero después —siguiendo quizá el criterio de los montanistas— cambió de opinión, justificando tal rechazo. Hipólito, Orígenes y Lactancio también compartieron este criterio; el cristiano, según puntualiza Minucio Félix, no podía matar. El primer testimonio de esta oposición cristiana al servicio militar se halla en el *Discurso Verdadero* del pagano Celso.

El criterio no fue, sin embargo, uniforme entre todos los pensadores cristianos: Clemente de Alejandría aceptó la participación de los cristianos en las milicias.

La Iglesia primitiva fue siempre pacifista, como ponen de manifiesto Justino, Atenágoras y Arnobio.

Se ha supuesto que la más antigua presencia de cristianos en el ejército, remonta a la *Legio XII Fulminata;* éstos obtuvieron una lluvia milagrosa de Dios, tal y como se representa en la columna de Marco Aurelio, durante la guerra germánica del 174.

Dion Cassio, que vivió en época de los Severos, atribuye el prodigio al mago egipcio Arnufis; sin embargo, Apolinar de Gerápolis, autor cristiano contemporáneo del suceso, y más tarde Tertuliano y Eusebio lo relacionan con la presencia de cristianos en la legión.

En el siglo III seguían figurando cristianos en el ejército, aunque es difícil precisar su número. Según Eusebio, durante la persecución de Decio fueron condenados varios soldados. A las órdenes de Galerio servían muchos cristianos en el ejército y otros muchos murieron bajo la persecución de la tetrarquía.

En las *Actas de los mártires* de estos años, así como en las de Maximiliano o en las falsas del centurión Marcelo, figuran soldados que se oponían al servicio militar por razones de conciencia.

Bibliografía: Pucciarelli: 1987.

A.1.6. Las penas de los condenados en el infierno

> Vi también otro lugar frente a éste, terriblemente triste, y era un lugar de castigo, y los que eran castigados y los ángeles que los castigaban vestían de negro, en consonancia con el ambiente del lugar.
>
> Y algunos de los que estaban allí estaban colgados por la lengua: éstos eran los que habían blasfemado del camino de la justicia; debajo de ellos había un fuego llameante y los atormentaba.

Y había un gran lago, lleno de cieno ardiente, donde se encontraban algunos hombres que se habían apartado de la justicia; y los ángeles encargados de atormentarles estaban encima de ellos.

También hacía otros, mujeres, que colgaban de sus cabellos por encima de este cieno incandescente; éstas eran las que se habían adornado para el adulterio.

Y los hombres que se habían unido a ellas en la impureza del adulterio pendían de los pies y tenían sus cabezas suspendidas encima del fango, y decían: No creíamos que tendríamos que venir a parar a este lugar.

Y vi a los asesinos y a sus cómplices echados en un lugar estrecho, lleno de ponzoñosos reptiles, y eran mordidos por estas bestias, y se revolvían en aquel tormento. Y encima de ellos había gusanos que semejaban nubes negras. Y las almas de los que habían sido asesinados estaban allí y miraban al tormento de aquellos asesinos y decían: ¡Oh Dios!, rectos son tus juicios.

Muy cerca de allí vi otro lugar angosto, donde iban a parar el desagüe y la hediondez de los que allí sufrían tormento, y se formaba allí como un lago. Y allí había mujeres sentadas, sumergidas en aquel albañal hasta la garganta; y frente a ellas, sentados y llorando, muchos niños que habían nacido antes de tiempo; y de ellos salían unos rayos de fuego que herían los ojos de las mujeres; éstas eran las que habían concebido fuera del matrimonio y se habían procurado aborto.

Y otros hombres y mujeres estaban en pie, cubiertos de llamas hasta la cintura; y habían sido arrojados a un tenebroso lugar, y eran azotados por malos espíritus y sus entrañas devoradas sin pausa por gusanos. Eran los que persiguieron a los justos y les denunciaron traidoramente.

Y no lejos de ellos se hallaban más mujeres y hombres que se rasgaban los labios con los dientes y recibían hierro ardiente en los ojos, como tormenta. Eran aquellos que habían blasfemado y hablaron perversamente contra el camino de la justicia.

Y frente a ellos había otros hombres y mujeres más, que con los dientes se rasgaban sus labios y tenían llameante fuego dentro de la boca. Eran los testigos falsos. Y en otro lugar había pedernales puntiagudos como espadas o dardos, y estaban incandescentes; y sobre ellos se revolcaban, como tormenta, mujeres y hombres cubiertos de mugrientos harapos. Eran los que habían sido ricos, pero se abandonaron a su riqueza y no se compadecieron de las viudas ni los huérfanos, sino que desatendieron el mandamiento de Dios.

Y en otro gran mar repleto de pus y sangre e hirviente cieno se enguían hombres y mujeres (metidos allí) hasta la rodilla. Eran los usureros y los que exigieron interés compuesto. Otros hombres y mujeres eran despeñados por fortísimo precipicio; y tan pronto llegaban abajo, eran arrastrados hacia arriba y precipitados nueva-

mente por sus torturadores; y su tormento no conocía reposo. Eran los que mancharon sus cuerpos entregándose como mujeres; y las mujeres que con ellos estaban, eran las que yacieron unas con otras como hombre con mujer.

Y junto a aquel precipicio había un lugar repleto de poderoso fuego y allí se erguían hombres que se fabricaron con su propia mano ídolos, en lugar de Dios.

Y al lado de éstos había otros hombres y mujeres que tenían barras de rusiente hierro y se golpeaban unos a otros, y no podían detener aquel fustigamiento... Y, cerca, más hombres y mujeres que eran quemados y asados y dados vuelta (sobre el fuego). Eran los que habían abandonado el camino de Dios.

(*Apocal. Petr.*) [trad. I. Oñatibia]

El *Nuevo Testamento* no describe las penas de los condenados en el infierno; tan sólo afirma que hay fuego y que el castigo es eterno. Tales penas sí son descritas por el *Apocalipsis de Pedro,* obra redactada entre los años 125 y 150, considerada como escrito canónico por Clemente de Alejandría y otros autores.

En este texto se pone de manifiesto el castigo por fuego, en el cieno incandescente, en un lugar estrecho, etc. Existen también castigos corporales, como estar colgados de los cabellos o de los pies. El castigo era infligido por reptiles o nubes de gusanos. Los atormentados podían ser pecadores, preferentemente de tres tipos: quienes cometieron injusticias, quienes asesinaron y quienes abortaron.

La justicia era una virtud fundamental para la vida cristiana; por ella se consideraba a todos los hombres iguales. Lactancio destaca su importancia en sus *Instituciones divinas.*

El asesinato estuvo siempre condenado por la Iglesia, al igual que el aborto, equiparado por Atenágoras con el homicidio. Éste aparece prohibido en la *Carta de Bernabé,* considerada por varios autores como obra canónica.

La Iglesia antigua consideró otros tres pecados como muy graves: la idolatría, la fornicación y el homicidio. Se condenan en este escrito también los perseguidores de los justos, los blasfemos, los testigos falsos, los ricos que no habían socorrido a los pobres, los usureros, los homosexuales, las lesbianas, los fabricantes de ídolos, y los apóstatas.

El *Apocalipsis de Pablo,* obra redactada en griego y publicada entre los años 240 y 250, describe también el fuego y las penas de los condenados, entre los que menciona a los obispos y a los clérigos.

Bibliografía: Bauer, 1971, 145-149.

A.1.7. El ritual del bautismo en la Iglesia de Roma durante el siglo III

Que baje al agua y que el que le bautiza le imponga la mano sobre la cabeza diciendo: ¿Crees en Dios Padre todopoderoso? Y el que es bautizado responda: Creo. Que le bautice entonces una vez teniendo la mano puesta sobre su cabeza. Que después de esto diga: ¿Crees en Jesucristo, el Hijo de Dios, que nació por el Espíritu Santo de la Virgen María, que fue crucificado en los días de Poncio Pilato, murió y fue sepultado, resucitó al tercer día vivo de entre los muertos, subió a los cielos, está sentado a la diestra del Padre, vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos? Y cuando él haya dicho: Creo, que le bautice por segunda vez. Que diga otra vez: ¿Crees en el Espíritu Santo y en la santa Iglesia y en la resurrección de la carne? Que el que es bautizado diga: creo. Y que le bautice por tercera vez. Después de esto, cuando sube del agua, que sea ungido por un presbítero con el óleo que ha sido santificado, diciendo: Yo te unjo con óleo santo en el nombre de Jesucristo. Y luego cada cual se enjuga con una toalla y se ponen sus vestidos, y hecho esto, que entren a la iglesia.

(Hyp. *Trad. Apost.*, 10)

Hipólito, nos describe en este pasaje el ritual del bautismo y de la *confirmación*, que entonces se celebraban juntos, conforme a la liturgia de la iglesia de Roma del siglo III.

El bautismo se realizaba por inmersión; el catecúmeno se sumergía en el agua, desnudo, en tres ocasiones y hacía una profesión de fe, respondiendo afirmativamente a las preguntas que se le hacían. Dichas preguntas constituyen la base del credo posterior.

Bibliografía: Kelly: 1972, 140-147.

A.2. Textos a comentar

A.2.1. El perdón de los pecados según el Obispo de Roma Calixto

El impositor Calixto, habiéndose embarcado en tales opiniones [a propósito del Logos], fundó una escuela en oposición a la Iglesia [o sea, la de Hipólito], adoptando el sistema de enseñanza que ya hemos dicho. Y lo primero que inventó fue autorizar a los hombres a entregarse a los placeres sensuales. Les dijo, en efecto, que todos recibirían de él el perdón de sus pecados. Si algún cristiano se ha dejado seducir por otro, si lleva el título de cristiano y

cometiera cualquier transgresión, dicen que el pecado no se le imputa con tal que se apresure a adherirse a la escuela de Calixto. Y muchas son las personas que se han beneficiado de esta disposición, sintiéndose agobiadas bajo el peso de su conciencia y habiendo sido sido rechazadas por muchas sectas. Algunos de ellos, de acuerdo con nuestra sentencia condenatoria, habían sido enérgicamente expulsados de la Iglesia (la de Hipólito); se pasaron a los seguidores de Calixto y llenaron su escuela. Este hombre decidió que no se depusiera a un obispo culpable de pecado, aunque sea de pecado mortal. En su tiempo se empezó a conservar en su rango en el clero a los obispos, sacerdotes y diáconos que se habían casado dos y tres veces. Y su alguno ya ordenado se casara, Calixto le permitía continuar en los órdenes sagrados como si no hubiera pecado... Afirma asimismo que la parábola de la cizaña se había pronunciado para este caso: «Dejad que la cizaña creca con el trigo» (Mt. 13, 30), o sea, en otras palabras, dejad que los miembros de la Iglesia que son culpables de pecado permanezcan en ella. También decían que el arca de Noé fue un símbolo de la Iglesia: se encontraban juntos en ella perros, lobos y cuervos y toda clase de seres puros e impuros; pretende que lo mismo sucede en la Iglesia... Permitió a las mujeres que, aunque solteras, ardían en deseos pasionales, y a las que no estaban dispuestas a perder su rango con un matrimonio legal, que se unieran en concubinato con el hombre que ellas escogieran, esclavo o libre, y que tal mujer, aunque no legalmente casada, pudiera considerar a su compañero como legítimo esposo. De lo cual resultó que mujeres reputadas como buenas cristianas empezaron a recurrir a drogas para producir la esterilidad y a ceñirse el cuerpo a fin de expulsar el fruto de la concepción. No querían tener un hijo de un esclavo o de un hombre de clase despreciable, a causa de su familia o del exceso de sus riquezas. ¡Ved, pues, en qué impiedad ha caído ese hombre desaforado, aconsejando a la vez el adulterio y el homicidio! A pesar de eso, después de cometer tales audacias, abandonando todo sentido de vergüenza, pretenden llamarse una Iglesia católica.

(Hipol. *Phil.* 9, 12) [trad. I. Oñatibia]

Comentar:

— Política seguida por el obispo Calixto.
— Importancia social de las disposiciones de Calixto sobre el matrimonio.
— El aborto en el cristianismo primitivo.

A.2.2. Carta de Plinio el Joven al emperador Trajano sobre los cristianos

Cayo Plinio a Trajano, emperador. Es costumbre en mí, señor, darte cuenta de todo asunto que me ofrece dudas. ¿Quién, en efecto, puede mejor dirigirme en mis vacilaciones o instruirme en mi ignorancia? Nunca he asistido a procesos de cristianos. De ahí que ignore qué sea costumbre y hasta qué grado castigar o investigar en tales casos. Ni fue tampoco mediana mi perplejidad sobre si debe hacerse alguna diferencia de las edades, o nada tenga que ver tratarse de muchachos de tierna edad o de gentes más robustas; si se puede perdonar al que se arrepiente, o nada le valga quien en absoluto fue cristiano haber dejado de serlo; si hay, en fin, que castigar el nombre mismo, aun cuando ningún hecho vergonzoso le acompaña, o sólo los crímenes que pueden ir anejos al nombre. Por de pronto, respecto a los que me eran delatados como cristianos, he seguido el procedimiento siguiente: empecé por interrogarles a ellos mismos. Si confesaban ser cristianos, los volvía a interrogar segunda y tercera vez con amenaza de suplicio. A los persistían, los mandé ejecutar. Pues fuera lo que se fuere lo que confesaban, lo que no ofrecía duda es que su pertinacia y obstinación inflexible tenía que ser castigada. Otros hubo, atacados de semejante locura, de los que, por ser ciudadanos romanos, tomé nota para ser remitidos a la Urbe. Luego, a lo largo del proceso, como suele suceder, al complicarse la causa, se presentaron varios casos particulares. Se me presentó un memorial, sin firma, con una larga lista de nombres. A los que negaban ser o haber sido cristianos, y lo probaban invocando, con fórmula por mí propuesta, a los dioses y ofreciendo incienso y vino a tu estatua, que para este fin mandé traer al tribunal con las imágenes de las divinidades, y maldiciendo por último a Cristo —cosas todas que se dice ser imposible forzar a hacer a los que son de verdad cristianos—, juzgué que debían ser puestos en libertad. Otros, incluidos en las listas del delator, dijeron sí ser cristianos, pero inmediatamente lo negaron; es decir, que lo habían sido, pero habían dejado de serlo, unos desde hacía tres años, otros desde más, y aun hubo quien desde veinte. Estos también, todos, adoraron tu estatua y la de los dioses y blasfemaron de Cristo.

Ahora bien, afirmaban éstos que, en suma, su crimen o, si se quiere, su error se había reducido a haber tenido por costumbre, en días señalados, reunirse antes de rayar el sol y cantar, alternando entre sí a coro, un himno a Cristo como a Dios y obligarse por solemne juramento no a crimen alguno, sino a no cometer hurtos, ni latrocinios, ni adulterios, a no faltar la palabra dada, a no negar, al reclamárseles, el depósito confiado. Terminado todo eso, decían que la costumbre era retirarse cada uno a su casa y reunirse nuevamente para tomar una comida, ordinaria, empero, e inofensi-

va; y aun eso mismo, lo habían dejado de hacer después de mi edicto por el que, conforme a tu mandato, había prohibido las asociaciones secretas *(heterias)*.

Con estos informes, me pareció todavía más necesario inquirir qué hubiera en todo ello de verdad, aun por la aplicación del tormento a dos esclavas que se decían «ministras» o diaconisas. Ninguna otra cosa hallé, sino una superstición perversa y desmedida. Por ello, suspendidos los procesos, he acudido a consultarte. El asunto, efectivamente, me ha parecido que valía la pena de ser consultado, atendido, sobre todo, el número de los que están acusados. Porque es el caso que muchos, de toda edad, de toda condición, de uno y otro sexo, son todavía llamados en justicia, y lo serán en adelante. Y es que el contagio de esta superstición ha invadido no sólo al parecer, aun puede detenerse y remediarse. Lo cierto es que, como puede fácilmente comprobarse, los templos, antes ya casi desolados, han empezado a frecuentarse y las solemnidades sagradas, por largo tiempo interrumpidas, nuevamente se celebran, y que, en fin, las carnes de las víctimas, para las que no se hallaba antes sino un rarísimo comprador, tienen ahora excelente mercado. De ahí puede conjeturarse qué muchedumbre de hombre pudiera enmendarse con sólo dar lugar al arrepentimiento.

(Plin. Epist. 1, 10, 96) [trad. de D. Ruiz Bueno]

Comentar:

— Cuestiones que plantea Plinio el Joven al emperador.
— Política seguida por Plinio.
— Descripción de la vida de los cristianos.
— Opinión de Plinio sobre los cristianos.

Bibliografía

Alvar, J., Blázquez, J. M., (ed. 1995): *Cristianismo primitivo y religiones mistéricas,* Cátedra, Madrid.

Bauer, J. (1971): *Los apócrifos neotestamentarios,* Actualidad bíblica, Madrid.

Berardino, A. (1981): *Patrología III La edad de oro de la literatura patrística,* Biblioteca de autores cristianos, Madrid.

Bornkamm, G. (1975): *El Nuevo Testamento y la historia del cristianismo primitivo,* Sígueme, Salamanca.

— (1979): *Pablo de Tarso,* Sígueme, Salamanca.

Brox, N. (1986): *Historia de la Iglesia primitiva,* Herder, Barcelona.

Brown, P. (1982): *Society and the Holy in Late Antiquity*, Faber and Faber, Londres.

— (1992): *Il corpo e la società, Uomini, donne e astinenza sessuale nei primi secoli cristiani,* Einaudi, Turín.

Bultmann, R. (1969): *Le cristianisme primitif dans le cadre des religions antiques,* Payot, París.

— (1980): *Teología del Nuevo Testamento,* Sígueme, Salamanca.

Burckhardt, J. (1982): *Del paganismo al cristianismo, La época de Constantino el Grande,* Fondo de Cultura Económica, México.

Cochrane, C. N. (1969): *Cristianesimo e cultura classica,* Mulino, Bolonia.

Cullmann, O. (1970): *Cristología del Nuevo Testamento,* Mulino, Bolonia.

— (1971): *La fe y el culto en la Iglesia primitiva,* Stadium, Madrid.

— (1977): *Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico-social del mundo del Nuevo Testamento,* Ediciones Cristiandad, Madrid.

Danielou, J. (1958): *Théologie du Judeo-christianisme, I, Desdée, Tournai.*

— (1961): *Message évangélique et culture hellenistique aux II et III siècles,* Desdée, Tournai.

Díez Macho, A. (1984-1987): *Apócrifos del Antiguo Testamento,* I-V, Ediciones Cristiandad, Madrid.

Doods, E. R. (1975): *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino,* Ediciones Cristiandad, Madrid.

Eichholz, G. (1977): *El evangelio de Pablo. Esbozo de la teología paulina,* Sígueme, Salamanca.

Frend, W. H. C. (1986): *The Rise of Christianity,* Darton, Lolgman and Todd, Londres.

Grant, R. M. (1964): *La Gnose et les origines chrétiennes,* Editions du Seuil, París.

Hamerton-Kelly, R. (1976): *Jews, Greeks and Christians, Religions cultures in Late Antiquity,* Brill, Leiden.
Harnack, A. (1912-1913): *Manuale di Storia del dogma,* Cultura Moderna, Mendrisio.
— (1954): *Missione e propagazione del cristianimo nei primi tre secoli,* Fratelli, Bocca.
Jaeger, W. (1956): *Cristianismo primitivo y paideia griega,* Fondo de Cultura Económica, México.
Jonas, H. (1978) *La religion gnostique,* Flammarion, París.
Kelly, J. N. D. (1975): *Jerome. His Life. Writings and Controversies,* Duckworth, Londres.
— (1980): *Primitivos credos cristianos,* Koinonia, Salamanca.
Leipoldt, J. y Grundmann, W. (1973): *El mundo del Nuevo Testamento,* I-III, Ediciones cristiandad, Madrid.
Lohse, E. (1978): *Teología del Nuevo Testamento,* Ediciones Cristiandad, Madrid.
Mac Mullen, R. (1984): *Christianizing the Roman Empire A. D.* 100-400, Yale University Press, New Haven, Londres.
Mitre, E. (1980): *Judaísmo y Cristianismo. Raíces de un gran conflicto histórico,* Ed. Istmo, Madrid.
Momigliano, A. (1968): *Il conflitto tra paganesimo e cristianesimo nel IV secolo,* Einaudi, Turín.
Munier, Ch. (1979): *L'Eglise dans l'Empire Romain (II-III siècles),* Ed. Cujas, París.
Nautim, P. (1977): *Origene, Sa vie et son oeuvre,* Beauchesne, París.
Orbe, A. (1976): *Cristología gnóstica. Introducción a la soteriología de los siglos II y III,* Biblioteca de Aurores cristianos, Madrid.
— (1985): *Teología de San Ireneo. I. Comentario al libro V del Adversus haereses,* Biblioteca de autores cristianos, Madrid.
Piganiol, A. (1972): *L'empire chrètien,* Presses Universitaire de France, París.
Piñero, A. (1991): *Orígenes del cristianismo. Antecedentes y primeros pasos,* Ediciones El Almendro-Universidad Complutense, Córdoba, Madrid.
— (1993): *Fuentes del cristianismo. Tradiciones primitivas sobre Jesús,* Ediciones El Almendro-Universidad Complutense, Córdoba, Madrid.
Piñero, A. y Peláez, J. (1995): *El Nuevo Testamento. Introducción al estudio de los primeros escritos cristianos,* Ediciones El Almendro-Fundación Epilón, Córdoba, Madrid.
Pucciarelli, E. (1987): *I cristiani e il servizio militare. Testimonianze dei primi tre secoli,* Biblioteca patrística, Florencia.
Quasten, J. (1973): *Patrología. II. La edad de oro de la literatura patrística griega,* Biblioteca de autores cristianos, Madrid.
— (1978): *Patrología. I. Hasta el concilio de Nicea,* Biblioteca de autores cristianos, Madrid.

Rahner, H. (1971): *Miti greci nell'interpretazione cristiane,* Mulino, Bolonia.
Ruiz Bueno, D. (1951): *Actas de los mártires,* Biblioteca de autores cristianos, Madrid.
— (1954): *Padres apostólicos,* Biblioteca de autores cristianos, Madrid.
— (1954): *Pares apologistas griegos (siglo II),* Biblioteca de autores cristianos, Madrid.
Sánchez Salor, E. (1986): *Polémica entre cristianos y paganos,* Akal, Madrid.
Santos Otero, A. de (1963): *Los evangelios apócrifos,* Biblioteca de autores cristianos, Madrid.
Schurer, E. (1985): *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús: 175 a. de C.-135 d. de C.,* Cristiandad, Madrid.
Simón, M. y Benoit, A. (1972): *El judaísmo y el cristianismo primitivo,* Labor, Barcelona.
Simon, M. (1972): *La civilisation de l'Antiquité et le Christianisme,* Arrhaud, París.
Siniscalco, P. (1983): *Il camino di Cristo nell'Impero Romano,* Laterza, Bari.
Sordi, M. (1988): *Los cristianos y el Imperio Romano,* Encuentros, Madrid.
Wiles, M. (1974): *Del evangelio al dogma. Evolución doctrinal de la Iglesia antigua,* Cristiandad, Madrid.